LA ÚLTIMA HISTORIA

1

A Pedro Benítez, conocido en su terruño con el apodo de kilovatio, debido a su locuacidad y a su gracia para contar historias, nadie le entendió las que quiso contar a su regreso, después de una larga ausencia, iniciada una tarde cuando sugestionado por unas personas venidas de otra parte se dejó arrastrar por la ilusión de conocer un centro de formación de contadores de historias, adonde le enseñarían a manejar las manos, a controlar los gestos, a pararse y a moverse frente al público y a domesticar la voz, para convertirse en un contador de historias profesional.

Kilovatio era lo que entre nosotros se denomina un buen conversador, es decir, un hombre capaz de sacarle partido a cualquier circunstancia hasta convertirla en un cuento. Aparte su memoria individual, conservaba también la colectiva, porque había dedicado su vida a hurtar historias para luego contarlas con voluntad, regocijo y algo de picardía en las reuniones sociales.

Kilovatio asistía por derecho propio a todo cuanto festejo social ocurría en su pueblo, incluidos los velorios, que son fiestas clandestinas a las cuales acude la gente vestida de negro, a evaluar, desde su personal punto de vista las consecuencias de la muerte del sujeto en cuestión, y era en estas disimuladas fiestas donde él daba verdaderas muestras de su capacidad de contador de historias, porque tejía en cada ocasión la historia del pueblo en directa relación con la vivida por quien estaban velando, sin dejar un solo cabo suelto.

Cuando Kilovatio contaba una historia, solo hablaba. No asumía poses diferentes a las habituales suyas, y lo mismo le daba empezar a contar en cualquier sitio sin importarle si lo estaban viendo o no, porque siempre se sentía escuchado y estaba seguro del encantamiento producido por sus palabras y de que por su peculiar forma de contar lo entendían todos.

Nunca hacía preparativos, porque siempre estaba dispuesto a contar una historia. Eso era lo de él: contar historias. No cambiaba de vestido para contar, y sus manos y su cuerpo se movían sin que él influyera sobre unas y otro con movimientos estudiados. Para él, lo fundamental era ese momento de la historia durante el cual

se encontraba con todos, a través de un gesto o de una risa, porque era cuando se daba cuenta de la importancia de su oficio y de la necesidad de contar cada vez con más naturalidad y convicción para conservar el respeto de su gente.

A kilovatio todos en el pueblo lo veían como un enviado especial para contar historias, porque era capaz de tenerlos a todos con la boca abierta, escuchando, durante mucho tiempo.

Todos se habituaron a no verlo, pero nunca a no escucharlo. Por eso, una mañana se armó en el pueblo un gran alboroto y entusiasmo cuando alguien en el mercado oyó hablar de su retorno y difundió la noticia. El recuerdo de sus historias, a las cuales de algún modo se referían todos en las reuniones sociales cuando se mencionaba su nombre, porque la mención de la palabra kilovatio era inevitable, había impedido el olvido. Nadie había logrado ocupar hasta ese momento el vacío de historias dejado por él, y todos sintieron como si hubiese resucitado la palabra, muerta durante su ausencia. Algunos habían querido ocupar ese vacío, sin éxito, porque no cuenta historias el que puede sino el que quiere.

Se hicieron muchos comentarios acerca de los triunfos obtenidos por él, y se quiso dar una prueba de los mismos, proyectando un video, aquella noche en una pantalla gigante, en la plaza, para que todo el pueblo lo viera. No obstante el impacto producido por el video, la gente sintió que ese no era kilovatio.

Al día siguiente nadie lo vio caminando por la calle con su naturalidad de siempre, porque estaba siendo objeto de homenajes por parte de los principales del pueblo. A quienes preguntaron si iba a contar historias les dijeron que de eso se estaba encargando la municipalidad, porque Pedro Benítez (ya no le decían kilovatio) haría una función nocturna en el teatro local, en desuso durante mucho tiempo y ahora sometido a una limpieza profunda.

No todos pudieron entrar a ver el espectáculo que iba a presentar Pedro Benítez, porque esa noche se cobró un abono, pero quienes entraron, estuvieron poco tiempo adentro, porque cuando lo vieron salir, acompañado de un ceremonioso silencio, de detrás de bambalinas, luego recorrer la sala con la mirada como si

estuviese descubriendo un mundo nuevo, y elevar las manos como si fuera a tocar el cielo, dudaron de que ese fuera kilovatio y abandonaron la sala.

2

A Pedro Benítez, conocido con el remoquete de kilovatio, por las razones ya dichas, lo entrevisté por vez primera hace cinco años, después de lo cual he vuelto a verlo en tres ocasiones. La primera vez conversé con él durante varios días, y fui testigo de cómo la gente lo seguía a todas partes, porque contaba historias a quienes las requerían y se paraba en cualquier lugar a hacerlo, y de cómo se lo disputaban para invitarlo a amenizar veladas, porque allí donde vivía él las fiestas no se celebraban con música y baile sino con ruedas de oyentes que permanecían hasta el amanecer escuchando historias.

Tuve la suerte de conocer a kilovatio cuando aún pertenecía a la vida cotidiana y cuando todavía contaba historias por el solo gusto de contarlas, y por eso intenté convencerlo de hacer caso omiso a la invitación de quienes querían convertirlo en un profesional, contándole varios ejemplos de personas que, como él, habían terminado incomprendidas por su gente. Pero quienes se habían dedicado a meterle la idea en la cabeza ya le habían inoculado la ambición de público.

Cuando kilovatio llegó al centro de formación en donde le enseñarían las técnicas para “contar bien un cuento”, y convertirse en un profesional lo recibió una voz oculta, grave, y lenta, procedente del fondo de la sala de recibo, ordenándole:

-Debes hacer una limpieza ideológica antes de empezar.

Qué quiere decir esto? -le preguntó kilovatio a quien lo conducía, y éste le respondió:

-Quiere decir que aquí empiezas de cero. Tenemos varios salones de trabajo – siguió explicando el hombre -, cada uno dedicado a la transformación de una parte específica del cuerpo, porque cuando cuentas una historia, cada pedazo de tu cuerpo debe moverse de acuerdo con el significado de cada palabra. Es una especie de ciencia de la coordinación lo que se quiere lograr con este proceso.

Entraron en un salón sobre cuya puerta de acceso se leía: El Movimiento de las Manos, y el hombre explicó:

-Está el salón de las manos, el del tronco, el de la cabeza, el de los ojos, el de las extremidades inferiores y el de la voz. El tiempo que debe permanecer un aspirante a contador de historias en cada sección o salón depende de cuantos resabios tenga cada parte de su cuerpo.

En las paredes había colgada una exposición fotográfica con la representación de una secuencia expresando diferentes movimientos de mano, cada una con un pie de foto explicando en qué momento de la narración de una historia debía producirse éste, para ayudarle a la voz a enfatizar una demostración de alegría, de tristeza, de preocupación, etc. Quien acompañaba a kilovatio le pidió que pusiera sus manos sobre unas plantillas y al ver que coincidían con su tamaño y forma, le dijo:

-Tienes manos de contador de historias.

-Y, ¿cómo son las manos de los contadores de historias? –preguntó kilovatio.

- Así, como las tuyas – dijo el hombre.

Mientras kilovatio se miraba las manos acuciado por una curiosidad nueva, y murmuraba, así como las tuyas, el hombre sentenció:

- claro que les falta pulimento.

Esta era la primera vez que kilovatio se asomaba a sus manos con la idea de descubrir algo distinto a cuanto siempre había visto en ellas, es decir, una útil prolongación del cuerpo, porque nunca había pensado que las manos sirvieran para algo distinto a asir cosas, y pareció no encontrarlo porque se quedó en silencio.

-La mano es el principal elemento de comunicación del cuerpo –dijo su acompañante. Dentro de este salón permanecerás el tiempo necesario para aprender el manejo de ellas – aclaró.

-Y los demás salones – intervino kilovatio - ¿cuándo los veremos?

-Cuando ya controles tus manos – respondió el hombre.

-Siempre he controlado mis manos – replicó kilovatio, moviéndolas en toda dirección, para demostrarlo.

- Les falta ritmo – aseveró el hombre, y kilovatio, preguntó: -¿qué es eso de ritmo?

-Es lo que vas a aprender a manejar aquí, a voluntad. A partir de este momento serás tú el inventor de tu propio cuerpo.

Antes de que el hombre partiera y lo dejara a merced de quien habría de instruirlo en la forma de mover las manos en correlación con las palabras y los sentimientos, kilovatio le preguntó:

-¿Es usted el director de este centro?

-No - dijo – el director es el de la voz grave y pausada que te habló cuando entramos.

-Y, ¿cuándo podré hablar con él?

-Cuando estés preparado espiritualmente, es decir, cuando ya conozcas los preceptos del contador de historias y puedas entender cómo comportarte entre ellos.

3

Kilovatio debía poner en remojo sus manos una vez al día, para suavizarlas, porque el cultivo de la tierra, que era su actividad laboral cuando vivía en su pueblo, se las había maltratado, y, según uno de los preceptos de la narración oral, éstas deben presentarse siempre impecables porque es la parte del cuerpo más activa y visible durante una narración.

Todos los días, a primera hora, asistía a una clase de anatomía de la mano, durante la cual el instructor trataba de hacerle explicable la composición de un complejo y altamente interrelacionado sistema de huesos, ligamentos, poleas, tendones flexores y extensores extrínsecos, músculos intrínsecos con sus respectivos tendones, nervios y vasos, además de 27 huesos distribuidos así: ocho en el metacarpo, 5 metacarpianos y un total de 14 falanges. También trataba de hacerle comprensible la estructura de la muñeca, considerada casi siempre como una sola articulación, siendo en realidad una articulación compuesta, por fortuna –afirmaba el instructor-, porque permite ese juego de movimientos artísticos elaborados por la mano mientras la boca habla, y lo cual se produce debido a las interacciones entre los huesos individuales del carpo, así como interacciones distales con las bases de los metacarpianos y en dirección proximal con la superficie articular distal de cubito y radio.

De esta manera kilovatio memorizó la mano, considerada en su conjunto, como una articulación condilea, con movimientos de flexión, extensión, aducción, abducción y circunducción, mas no de rotación.

También se esforzó en entender la mano como una composición de múltiples articulaciones, caracterizadas por tener cada una su propio movimiento, a saber: La muñeca, los de flexión, extensión, abducción y aducción, y los dedos, los de flexión, extensión, abducción y aducción. El pulgar, además los de oposición y reposición. En un video proyectado en cámara lenta, kilovatio pudo apreciar la gran cantidad de movimientos de la mano, y la autonomía de cada uno.

La inexistencia de una identidad pasiva entre las manos, a pesar de su parecido, fue también un concepto invocado en una de dichas sesiones, pues –

explicó el instructor -, casi siempre una mano ejecuta funciones con más énfasis que la otra.

-Por poner un ejemplo – decía éste – la mano izquierda y la derecha no aprietan lo mismo, debido a un cierto estado de debilidad y baja autoestima de la primera, como consecuencia de su poco uso en hacer presión o en asir cosas. Además, casi siempre se la coteja con situaciones de dudoso origen y mala intención. Puedes observar – seguía diciendo el instructor – la pereza de la izquierda para actuar. Eso se debe a su poca confianza, a que nunca ha tomado la decisión de volverse práctica o útil, y a que se deja manosear mucho de la derecha, permitiendo que ésta la convoque a cooperar sólo cuando tiene que sostener algo cuyo peso la derecha sola no puede sostener. ¿Has visto como suelen pararse algunas personas, uniendo sus manos a la altura de la ingle, y cómo la derecha está casi siempre sobre la izquierda? –preguntó el instructor a kilovatio, y en vista de su silencio, continuó diciendo:

-En materia de narración oral, un tema tan relacionado con el público, es muy importante para el contador de historias saber que, para evitar ineficiencia en el manejo de las manos y la prevalencia de una sobre la otra, debe hacer intercambios constantes de postura de manera que ambas experimenten la posición arriba abajo, por tiempos, y se habitúen a convivir sin disputar los espacios.

-Cada mano tiene su personalidad –explicó el instructor – sin embargo, una y otra pueden ponerse de acuerdo, por decirlo así, para actuar y sacar adelante un buen cuento.

Kilovatio seguía lelo, en silencio, intimidado con tanto descubrimiento.

-Y es cuando logra por igual el control de su izquierda y su derecha, cuando el contador de historias consigue ese equilibrio necesario para convencer, porque son las manos las que dan comienzo a toda historia – remató el instructor.

Después de esta breve explicación a kilovatio le fue entregado, para volver hábil su mano izquierda, un adminículo conocido como agilizador, cuya utilidad es apoyar la práctica y el estudio de todas las técnicas de la guitarra española, para “volver diestra la izquierda”, fabricado de un material duro (de madera en este caso),

con las medidas necesarias para poder estudiar o practicar arpegios, rasgueados, picados, ritmos, y demás técnicas. Este aparato tiene la característica de no emitir sonido cuando se pulsan las cuerdas, pues incorpora unos elementos absorbentes de vibraciones, ayudando de esta manera a facilitar el momento de la meditación, imprescindible para memorizar el movimiento.

-No puedes servirte de un mecanismo cuya estructura interna desconoces -le decía a kilovatio el instructor, cuando advertía su desgano por el dispendioso aprendizaje teórico, pues él era muy diestro en aprender a partir de las experiencias.

-Si desconoces, por ejemplo, cómo el tendón del flexor *carpi ulnaris* envuelve al pisiforme –seguía hablando el instructor-, nunca podrás comprender sus ventajas biomecánicas como flexor de la muñeca y desviador cubital. ¿Entiendes ahora porqué es importante aprender la estructura de la mano?

Kilovatio apenas asentía. En ocasiones pensaba seriamente en fugarse de aquél lugar, en donde se sentía empequeñecido por la aparición frecuente de términos bastante extraños para su lenguaje, pero se lo impedían dos situaciones: la voz grave y atemorizadora del director, a quien aún no veía, pero imaginaba, y su deseo, cada vez más creciente de público, pues kilovatio se iba quedando dormido por las noches, arrullado por videos en donde mostraban ejemplos de personas como él, que habían terminado cosechando muchos aplausos.

A media mañana escuchaba conferencias explicativas de la mano, tales como “La mano y el aire”, “Una mano y la otra”, “Mente y mano”, “Palabra y mano”, “Mano sobre mano”, etc, y después entraba en un pequeño salón de proyecciones donde veía la repetición de cada conferencia, en imágenes.

Kilovatio debió leer una investigación del gesto de la mano en el arte, a través de la cual hizo un recorrido sobre su variedad formal y simbólica desde las más antiguas culturas hasta las actuales. Una investigación a partir de la cual debía hacer el esfuerzo de entender mejor la capacidad expresiva de la mano, cuya multiplicidad gestual muestra los estados internos del hombre.

-A volver conscientes los gestos de la mano es adonde debemos llegar en este proceso – enfatizó el instructor.

Kilovatio tardaba en salir del asombro ante tanto conocimiento viniendo a su encuentro, en tumulto. Sentía admiración, sí, pero no a la manera de quien advierte cuánto hay por aprender, sino de quien descubre su carencia absoluta de saber y por ende se siente inferior. Sin embargo se esforzaba, porque su deseo de convertirse en un contador de historias profesional, crecía sin remedio.

-Los gestos de la mano en el arte de la antigüedad clásica son muy narrativos y, en ocasiones, están influidos por la afectación propia del teatro griego –dijo una mañana uno de los conferencistas, y kilovatio, que seguía alimentado su vergüenza por su ignorancia, empezó a sufrir por el tiempo perdido y a reconocer entre sus compañeros de formación su desconocimiento acerca del mundo y de su antigüedad y de todo cuanto se había hecho antes de que él viniera a ocupar un espacio dentro de él.

Los ejercicios orientados a ajustar teoría con práctica se desarrollaban cuando el sol empezaba a declinar, y consistían en una especie de trance durante el cual a través de la meditación el aspirante a contador de historias memorizaba cada movimiento de la mano. De esta manera, movimiento y pensamiento eran simultáneos, y era norma que ninguno debía anticiparse al otro si la intención era conseguir la coordinación perfecta. Si el alumno pensaba, por ejemplo, en una fuga manual con dirección al cielo, era porque ya la mano iba en dicha dirección, pues de otra forma, es decir, pensar primero en el movimiento y luego empezar a ejecutarlo llevaba a la descoordinación y en consecuencia a la malformación del contador de historias.

A las cinco de la tarde de cada día, hora en punto, kilovatio debía acercarse a una mampara, detrás de la cual se encontraba el director del centro, e introducir sus manos a través de dos perforaciones para que éste las analizara, y dictaminara cuánto tiempo les faltaba para su purificación. En ese momento el director del centro decidía si el alumno podía entrar en una nueva etapa e iniciar la transformación de otra parte del cuerpo.

4

A los quince días de iniciado el curso kilovatio sufrió la primera prueba. Y digo sufrió, porque aunque había memorizado con juicio cada uno de los movimientos de las manos, no tuvo en cuenta durante el examen algo acerca de lo cual sus preceptores le habían hecho énfasis, y es la responsabilidad moral sobre el movimiento, y por eso el examinador advirtió algunas deficiencias en la coordinación de los mismos.

-Los movimientos manuales de un contador de historias no son cualquier cosa – dijo éste, un poco alterado. Sobre éstos debe existir una responsabilidad moral – aclaró.

-Creo que lo estoy haciendo bien – reclamó kilovatio, envalentonado, porque le produjo rabia el tono altanero del examinador.

-¿Ves?, ¡no tienes paciencia! – protestó éste -, y esa es una muestra de debilidad vocacional.

-¿Qué es eso de debilidad vocacional? – preguntó kilovatio.

- pues que no parece abrasarte aún la pasión de contar historias.

- Es lo que he hecho toda la vida, desde cuando aprendí a hablar –reclamó kilovatio.

- Pero…

-Cuento historias hace mucho tiempo, señor, desde antes de conocerlos a ustedes- encaramó sus palabras sobre las del examinador, con la intención de atizar el fuego y generar un debate.

-¡Ah!, pero te falta formación – respondió el otro, bajando las palabras de kilovatio de un golpe, para debilitarlo moralmente. No es lo mismo contar para gente de provincias, que poco o nada sabe de técnicas escénicas, a contar para un público cuyo conocimiento en artes escénicas le permite valorar la forma como cuentas – agregó éste.

Kilovatio guardó silencio y recordó una vez más los videos que mostraban a los triunfadores, y empezó a imaginarse en uno de esos escenarios tan bonitos, en donde el color rojo intenso del telón combina muy bien con la luz mortecina, que apoya a casi todo lo escénico, dándole ese aire de intimidad y misterio que tanto gusta al espectador.

-Si no quieres triunfar, puedes marcharte – le espetó el examinador, y kilovatio, seguro de haber ofendido a éste haciendo ostentación de veteranía, le ofreció disculpas, usando términos recién aprendidos allí, para demostrarle su disposición de continuar enfrentando ese reto.

-Somos sinuosos los seres humanos, y existen días tan profundos como superficiales – manifestó kilovatio, abriendo las manos con las palmas hacia arriba y moviéndolas de arriba abajo como si estuviera sopesando algo. La susceptibilidad nos lleva a veces a interpretar erróneamente un mensaje – siguió diciendo. Reciba, por favor, mil disculpas -concluyó.

Nunca antes kilovatio había sido tan medido para hablar, ni había empleado para hacerlo términos tan exquisitos, y él mismo se admiró de la fineza de su oratoria.

El examinador quiso poner de relieve ese cambio de posición, pero detuvo las palabras que iba a decir, y le preguntó:

-¿Eres consciente de tus palabras?

-Kilovatio creyó que había dicho algo mal, y respondió:

-No entiendo.

- Me refiero a si sabes cuáles son las implicaciones de éstas?

-¡Implicaciones, implicaciones! – repetía kilovatio en voz baja y el examinador comprendió que éste no sabía el significado de dicha palabra, y saltó en su ayuda:

-Implicación quiere decir consecuencia, resultado...

¡Ah!, claro; si estoy reconociendo que las personas no somos las mismas todos los días… pero además le estoy ofreciendo disculpas por haberlo molestado… la consecuencia es el reconocimiento del error.

-No me has molestado –mintió el examinador. Miró a kilovatio de frente, y le explicó:

-Te hice la pregunta, para averiguar tu grado actual de conciencia, porque para ser un buen contador de historias es muy importante aprender a ponerles nombres a las cosas y también a volver conscientes las palabras y los movimientos.

-¿Nos hemos desviado del tema? – preguntó kilovatio. Decía usted algo sobre la moral del movimiento manual – le recordó al examinador con el ánimo de agradarlo.

-Allá es adonde llegaremos con este diálogo, y quiero hacerlo aplicando el método de la mayéutica.

-Mayéutica, mayéutica – repetía, azarado, kilovatio.

-Es un método creado por Sócrates –explicó rápido el examinador para sacar a su interlocutor del atolladero -, mediante el cual el maestro, en este caso yo, a través de preguntas, haré que tú, el discípulo, descubra nociones o conocimientos que están latentes en ti…, es decir, que vienen contigo, pero está oculto – decidió explicar de una vez el examinador antes de que kilovatio empezara a decir: latente, latente, pero éste empezó a decir:

-¡Sócrates!, ¡Sócrates!...

-Síííííí, un filósofo griego que vivió antes de Cristo – dijo, ofuscado, el examinador, mientras kilovatio recordaba a un amigo del pueblo que llevaba dicho nombre y a quien nunca le había escuchado palabras de esas, pero con quien había compartido muchas historias.

-¡Mayéutica! – trató de imaginar una representación física de esta palabra, para evaluar su utilidad, pero no lo consiguió. Después, pensó: Esa palabra está buena para meterla en una historia. Es rara, ¿no?, pero suena bien.

Kilovatio llevaba un cuaderno de notas donde apuntaba las palabras cuya escritura y pronunciación lo deslumbraban, porque pensaba introducirlas en las historias, cuando estuviera contando frente al gran público y cumpliendo su sueño. Anotó la palabra mayéutica en el cuaderno. Al principio se sentía extraño pronunciando las palabras consignadas, pero se fue acostumbrando a su sonido, porque las repasaba todas las mañanas, cuando despertaba, experimentado con cada una un cierto desapego de su vida anterior. Tal vez fue ese instinto de conservación del recuerdo, para evitar quedar algún día sin órbita, la razón por la cual kilovatio decidió iniciar una especie de diario de ésta, que le fue confiscado poco después por orden de la dirección del Centro, con el argumento de que este ejercicio mental lo iba a mantener atado a un pasado, de cuyo olvido él debía encargarse, si quería convertirse en un profesional de la narración oral.

-¿Qué entiendes por moral? – se atravesó el examinador en la contemplación de kilovatio de la palabra mayéutica.

-¿Comportarse correctamente?

-Supongamos –dijo el examinador – pero, ¿qué es comportarse correctamente?

-¿Hacer las cosas bien?

-Y, cuál es la razón por la que queremos hacer las cosas bien?

-¿Para tener la conciencia en paz?

-¡Eso es! ¡La conciencia! –dijo el examinador con aire triunfal, porque había conseguido hacer reflexionar a su alumno, al cual, en cierto sentido consideraba de pocas luces por la forma ruda como se comportaba en algunas ocasiones. Luego agregó:

-En el trascendental oficio de contar historias cada movimiento debe ser consecuencia de un acto de conciencia, porque los provocados por el inconsciente son de orden primario, y, si se quiere, un tanto salvajes. Los movimientos de mano, y de cualquier otra parte del cuerpo de un contador de historias deben ser necesariamente dirigidos por la conciencia.

-Todo cuanto he hecho en la vida ha sido consciente – explicó kilovatio.

-¿sabes definir la inconsciencia?

Kilovatio guardó silencio.

-Bueno, veo que no lo entiendes muy bien, y no lo vamos a remediar en este momento. Más adelante oirás hablar del asunto, si abordan el tema “conciencia y movimiento general”, y por eso no nos vamos a detener – dijo el examinador. En todo caso es muy importante comprender por qué un movimiento no dirigido por la conciencia carece de responsabilidad moral, y dicho entendimiento vendrá con el fortalecimiento de ésta.

El examinador abandonó el cuarto de examen y pocos minutos después regresó trayendo una especie de girasol metálico montado sobre un eje, que sobresalía por la parte superior de una peana, de cuya base se desprendía un cable con conexión final USB. El examinador conectó éste en uno de los puertos de un computador.

-Cada día es menos necesario complicarse la vida con definiciones – dijo el examinador mientras observaba por todos lados la peana para encontrar un interruptor y encender una luz -, porque ya existen medios para hallar cuanto buscamos sin necesidad de definirlo. Basta con mencionarlo –remató el examinador.

Kilovatio se asomó, por partes, al mecanismo, y no halló ninguna coincidencia entre el aparato y el examen de que estaba siendo objeto.

-¿Has oído hablar de la conciencia de la coordinación a la cual aspiramos llegar en este Centro?

-Sí.

-¿La has aplicado?

- Sólo hemos visto las nociones.

- ¡No señor! – cada ejercicio que has hecho durante estos quince días es una aplicación de esa conciencia.

-¿y?

- pues, o nos dedicamos a definir, o a practicar. ¡Eh ahí el problema! –sentenció el examinador.

-¿Cuál problema?

-Que no has aceptado aún que cada movimiento de la mano debe ejecutarse a conciencia. Mejor dicho, no has conseguido romper con el pasado y sigues moviendo las manos, sin ningún plan, tal como lo hacías cuando le contabas historias a la gente de tu pueblo.

Kilovatio le confesó al examinador su incapacidad de comprender este discurso.

-En el mundo de la narración oral todos mueven las manos, porque han oído hablar mucho acerca de la fuerza que dan al discurso –comenzó a explicar el examinador -, pero son pocos los conocedores, o mejor, quienes tienen consciencia de su responsabilidad moral sobre estos movimientos, porque no sucede lo mismo en el ánimo del ser humano cuando sus manos se mueven al ritmo de un cuento a cuando a éstas las mueve una acción de cálculo.

Kilovatio seguía con la vista puesta en el mecanismo recién conectado al computador, y el examinador respondió la pregunta antes de que éste la hiciera:

-Es un probador de la intensidad del movimiento de las manos.

Kilovatio seguía observando el aparato, tratando de entender la definición que del mismo había hecho el examinador.

-No te lo explicarás a simple vista –dijo éste, adivinando el deseo de entender de Kilovatio. Además no es necesario comprender nada. Cada día, el qué, prevalece sobre el porqué y el paraqué, porque sólo importa la función de las cosas. Si quieres estar satisfecho, conténtate con saber que algo funciona, y no te pongas a averiguar de dónde viene ni para dónde va.

Kilovatio no entendía cómo el examinador hablaba de esa manera, invitándolo a perder de vista los asuntos de la conciencia, cuando había dicho todo lo contrario

durante el examen. Quiso manifestarlo, pero desistió de hacerlo para no contrariar al examinador.

-El estado de transitoriedad del conocimiento, característica fundamental de la vida actual, te convencerá poco a poco de la inutilidad del saber- continuó hablando el examinador. Cada día se fortalece el imperio de la acción -recalcó- estamos viviendo una época cuyo símbolo es la velocidad, mi querido amigo, y, te lo digo: cuenta más la rapidez de acción que de pensamiento. Por eso hoy en día el arte es un producto de generación espontánea.

-¡Generación espontánea! –repitió Kilovatio.

-Algo así como de improviso, sin pensarlo, sin planearlo –explicó el examinador.

-¿Cómo es esto? – se preguntó. A veces me dicen que todo debe ser controlado por la conciencia, y otras veces lo niegan. ¿No me dicen a cada instante que contar historias es un arte? ¿Para qué, entonces, tanta preparación? Se sintió nuevamente confundido y emergió en él la duda de si debía seguir allí, o mandar al diablo al examinador y sus extrañas teorías y marcharse.

El examinador advirtió su disgusto:

-¿Tienes alguna duda?

-¿Qué debo responder? – preguntó, molesto.

-Lo que dicte tu conciencia.

Otra vez ese cuento de la conciencia - pensó, agobiado, y se atrevió a responder, con altanería, decidido a enfrentar las consecuencias:

-¡No tengo dudas!

-y, entonces, ¿porqué cuando miras hacia ese aparato –y señaló el girasol- pones cara de preocupado?

-No estoy preocupado.

-No lo niegues.

-No lo niego.

¿Acaso tienes miedo?

-¿Miedo a qué?

-A que se descubra que aún no has logrado sintonizar tu conciencia con tu nueva vida?

-¡Me está usted provocando?

-No, sólo estoy probando tu paciencia.

-Y, ¿qué gana con eso?

-Averiguar si en medio de todo eres tolerante.

-Y, ¿para qué?

-Para saber si estás preparado para soportar humildemente las pruebas que impone el camino al éxito.

Kilovatio se quedó en silencio.

En realidad si estaba siendo provocado, porque la provocación es parte del proceso de examen, y se inicia cuando se va a llevar al alumno a la prueba con el **Himawari**, un robot de girasol, que en lugar de avanzar hacia el sol, cumpliendo con su instinto básico de heliotropismo, sigue el movimiento de la mano, cuando la energía irradiada por ésta es plácida y estable, como consecuencia de un absoluto estado de concentración del sujeto examinado.

Hacer mover el girasol con un simple movimiento de mano es imposible, si éste no es consciente –reza el manual de funcionamiento. Y sigue diciendo éste: cuando la conciencia está atendiendo a varias situaciones al tiempo, se produce una alteración energética y se bloquea el movimiento del girasol.

-Ven – llamó el examinador a kilovatio– empecemos esta prueba porque se hace tarde.

Esa expresión “se hace tarde” lo molestó aún más, porque él no estaba manejando el tiempo, y empezó a hacer movimientos desganados.

-Acércate al girasol – pidió el examinador.

-¡No tan cerca!, - lo contuvo -retrocede un poco. Ahora recoge los brazos, pon tus antebrazos en posición horizontal, hacia adelante, y abre las manos, sin desplegar los dedos.

Kilovatio atendió la orden. Él examinador se puso frente a él, a distancia de observador, y comenzó a estudiar su postura.

-Se nota en ti cierto desgano – dijo. Después le ordenó:

-Tira un poco atrás los codos y haz con los brazos una aducción.

Kilovatio hizo manifiesta su incomodidad y el examinador entró, explicativo:

-Sabemos lo incómodo de esta posición para el libre movimiento de las manos, porque cada brazo está pegado a su costado, pero con este tipo de ejercicio queremos decirle al cuerpo que está a merced nuestra.

Kilovatio estaba a punto de estallar, y decidió hablar:

-¿cómo diablos es este examen?

-No te exasperes – le pidió el examinador -, porque de esa manera puedes alterar los resultados.

Kilovatio recompuso la posición de sus codos.

-Ahora, abre un poco los dedos y haz movimientos de vaivén con tus manos, de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda – pidió el examinador, mirando simultáneamente hacia el girasol y advirtiendo que permanecía quieto.

-Repite el movimiento, sin mover los brazos.

-Es difícil.

-Lo entiendo – concedió el examinador – pero es parte primordial de la formación aprender a dominar cada parte del cuerpo.

-Es imposible no mover los brazos cuando mueves las manos –suplicó Kilovatio, pero su ruego fue ignorado.

-Ahora, con los codos en la misma posición levanta los antebrazos y pon las manos como si las fueras a mostrar al público.

Kilovatio atendió la nueva orden y el examinador advirtió que tampoco en esta ocasión se movía el girasol.

-Ahora, levanta los brazos y haz con las manos movimientos de supinación y pronación, despacio, muy despacio, como si estuvieses representando un acto de magia.

El examinador viajaba con la mirada entre las manos de Kilovatio y el girasol inmóvil. Caminó pensativo alrededor de la sala de exámenes, con la cabeza baja y las manos entrelazadas a la altura de los glúteos. Cuando se detuvo miró de frente a su discípulo, y expresando compasión, le dijo:

-Tienes un bloqueo emocional.

-¡Bloqueo emocional! –repitió en voz baja Kilovatio, e inclinó la cabeza.

-Hombre, que estás desordenado por dentro, que no estás seguro de nada. Eso quiere decir un bloqueo emocional – se anticipó a explicar el examinador.

-Y, ¿usted cómo sabe eso?

-Es que no lo digo yo, lo dice el girasol. Como has visto, no se ha movido un milímetro.

Kilovatio entró en un silencio del cual debió sustraerlo pronto el examinador, cuando para reanudar el diálogo, le preguntó, ¿qué te pasa?

-¡No puede ser!… ¡no puede ser! –repetía Kilovatio, angustiado.

-Pero, ¿qué te pasa? – preguntó de nuevo el examinador.

-¡No puede ser!… ¡no puede ser! – siguió diciendo, Kilovatio.

El examinador insistió en averiguar qué quería decir con su insistente ¡no puede ser!, pero no lo consiguió y pasó de confundidor a confundido, cuando después de hacer un rápido análisis de la situación comprobó que se había excedido en la provocación. Se acercó al alumno, estiró los brazos, posó las manos sobre los hombros de éste, y le dijo:

-Estás a un paso de convertirte en uno de los nuestros. Abandona tus dudas, respira profundo y piensa sólo en cumplir tu sueño de contador de historias. Por nada del mundo vayas a claudicar. Tómate tu tiempo – dijo, conciliador.

Kilovatio puso cara de enternecimiento.

El examinador abandonó el recinto por espacio de media hora y cuando regresó el alumno estaba haciendo los ejercicios que él le había recomendado antes, además de otros que había visto en los videos, y sonriendo como un niño porque veía al girasol rotando sobre su eje, a diferentes velocidades.

Lo sustrajo de su ensimismamiento un aplauso colectivo desde la puerta de acceso al salón. Cuando volvió la mirada para averiguar quiénes lo aplaudían descubrió, emocionado, que entre las personas se encontraba el director del centro. No podía ser otro, porque era tal como se lo habían descrito: medianamente robusto, vestía totalmente de negro y llevaba sus manos embutidas en guantes blancos. Su cabeza estaba cubierta con una cachucha de visera que ocultaba buena parte de su rostro, porque estaba tirada hacia abajo. Convencido de que había llegado el momento de estrechar su mano, según lo había sugerido el examinador cuando le dijo, estás a punto de convertirte en uno de nosotros, empezó a caminar con dirección a la puerta, pero en ese momento, aquél a quien estaba identificando como el director, levantó su brazo derecho, movió la mano en el aire en son de despedida y despareció.

Cuando llegó a la puerta sólo estaban el examinador y un pasante.

-Me dijo usted que estaba a un paso de convertirme en uno de ustedes; ¿no es ese el momento de hablar con el director?- le preguntó al examinador.

-Ese acercamiento se produce poco a poco –explicó el examinador. El hecho de que haya venido a verte es un símbolo de aceptación. De ahora en adelante

depende de que mantengas el tono, porque ya no tengo dudas de que saldrás de aquí convertido en un gran contador de historias.

A partir de aquél momento Kilovatio se sintió más cómodo en su nueva situación. Cada noche, antes de hacerle concesiones al sueño se estiraba en su cama y comenzaba a imitar los juegos de manos que le mostraban los videos que en dicho momento veía como parte de su disciplina de estudio. Cuando el sueño comenzaba a apoderarse de él y ya había terminado el video, surgía un concierto de aplausos pregrabados que lo ayudaban a escalar la cima de éste y lo devolvían al despertar del día siguiente henchido de optimismo.

5

Las demostraciones de reconocimiento, aunque precarizadas a última hora por la imprevista partida del director, le ayudaron a disminuir las tensiones producidas durante el examen del movimiento de las manos. Los residuos de desesperanza fueron aplacados por los reiterados aplausos nocturnos pregrabados, que incrustaron en su conciencia la idea de la perseverancia, y prepararon su ánimo para afrontar con estoicismo las etapas ulteriores del proceso formativo, que intuía difíciles, comparándolas con las ya transcurridas.

Cumplida la etapa del examen, comenzó a sentir a su alrededor la apertura de espacios afectivos, que le permitieron caminar con cierta libertad por las instalaciones del Centro de Formación Profesional de Contadores de Historias, saludar con alguna familiaridad a empleados, instructores, institutrices y catedráticos, y mitigar su obsesión de acercarse al director, porque se le permitió llegar al biombo detrás del cual se instalaba éste para estudiar el avance en el perfeccionamiento del aspecto de las manos de los alumnos.

Kilovatio sintió una extraña felicidad cuando escuchó al otro lado del biombo la voz del director. Esta era aplomada y parecía como si degustara cada sílaba que iba brotando de su boca, porque pronunciaba las palabras con énfasis. Entusiasmado con la proximidad de ese ser enigmático y por eso tan deseable, intentó establecer un diálogo con él, pero fue imposible porque después de los saludos de rigor lo felicitó por haber aprobado el examen y se despidió.

Un hálito de frustración le quedó de aquél truncado diálogo con el director, y así se lo comentó a otro contador de historias que llevaba un poco más de tiempo en el Centro, durante una ligera conversación, porque a los alumnos no les era permitido hablar largamente entre ellos, para evitar la influencia del uno sobre el otro, e impedir que alguien hiciera escuela dentro de la escuela, pues, ordenaba el director: - es indispensable cuidarse de las influencias, porque un contador de historias debe ser único e irrepetible.

Cuando Kilovatio le habló sobre esa especie de frustración que le había producido la pronta partida del director, su interlocutor, le dijo:

-Aquí se usa mucho ese procedimiento.

-¿Y eso?

-Para estudiar la reacción del desairado - le explicó, y advirtiendo que estaba siendo muy confidente con Kilovatio, porque les tenían prohibido a los alumnos avanzados hablar con los nuevos sobre ciertas intimidades de la vida en el Centro, remató:

-Oye; esfuérzate por seguir adelante y por sacar el mejor provecho de cada una de las partes del curso, y cuanto más rápido y mejor lo hagas, más pronto tendrás el honor de conocer al director, porque esta gracia se concede sólo a quienes logran ciertos niveles de calidad.

Kilovatio miró a su interlocutor, con curiosidad.

-Al director se le llama aquí “El Maestro” – continuó contando el compañero de formación. Se dice mucho acerca de cómo viste, de cómo habla, y hasta de su sapiencia, pero estoy seguro de que no abundan quienes han tenido la gloria de sentirlo, porque llegar al director, te repito, es una gracia.

Kilovatio seguía atónito y su compañero aprovechaba con avaricia la oportunidad que le ofrecía éste de hablar sobre el enigmático director y por eso se esforzaba en decir todo cuanto pudiera interpretarse como solvencia de conocimiento y muestras de intimidad.

-¿Lo ha visto de cerca, alguna vez? – preguntó Kilovatio con deseos de conocer detalles sobre la apariencia del director.

-No, pero sí lo he sentido, que es quizás mejor que verlo –respondió el compañero, orgulloso.

-¿Cómo?- preguntó Kilovatio con su curiosidad en creciente, porque la expresión sentir era para él sinónimo de intimidad suprema.

-He sentido su mano – dijo el compañero de curso. Ayer tuve la oportunidad de estrechar una de ellas.

-¿De qué color es su piel? – tuvo Kilovatio una curiosidad extraña, como si el color de la piel dijera algo.

-No lo se.

-¿No entiendo –reclamó Kilovatio. No dice usted que estrechó una de sus manos?

-Sí, pero fue a través de uno de los orificios del biombo.

-¡Ah!

-Sentí una corriente recorriendo todo mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Era felicidad lo que sentía en ese momento – dijo el compañero de curso. Fue como compartir con un predestinado.

-¿Se puede sentir tanto palpando a una persona que no estamos viendo? – preguntó Kilovatio, confundido, volviendo a experimentar ese estado de intimidación que le producía la consciencia de su ignorancia, pero la respuesta nunca llegó, porque en ese momento pasó por su lado un guardián de palabras, como se conoce en el Centro de Formación de Contadores de Historias a quienes tienen la misión de impedir los diálogos prolongados entre alumnos, y los separó:

-Señor Herrán (tal era el apellido del otro), por favor, vuelva a sus estudios; recuerde su compromiso con los ejercicios nemotécnicos. Y Usted – se dirigió a Kilovatio – prepárese para la iniciación de las jornadas en todo lo relacionado con el tronco.

A Kilovatio se le disparó el inconsciente con la mención de la palabra tronco y se le vino en cascada el recuerdo de parte de su pasada vida agreste, hasta poner en su cabeza la idea de un gran árbol debajo del cual solía sentarse de tarde en tarde a recordar las historias que muchos de los viejos de su pueblo le habían contado, y con los cuales se había comprometido a no olvidarlas para seguirlas contando. Tuvo la mala idea de contarle al guardián de las palabras algunos de esos recuerdos, porque cuando empezó a hacerlo éste lo amonestó:

-Si no desistes de esos recuerdos, jamás adquirirás una formación efectiva. Cuando oigas a alguien pronunciar la palabra tronco, automáticamente tu cerebro debe remitirte a la figura del tronco humano, ¡y nada más! ¿Entendido?

-¡Entendido! – respondió, sumiso.

-Cuando tal cosa te suceda podrás saltar de alegría, porque entonces tu proceso de transformación habrá comenzado – dijo, finalmente, el guardián de las palabras. Y ya iba a marcharse, pero se detuvo porque pareció recordar algo:

-¿Ya te has instalado en tu nueva habitación? –le preguntó a Kilovatio.

-No – respondió éste. Estoy esperando las llaves.

Ya vas a ver cómo recompensamos aquí a quienes se adaptan y cumplen con las normas del Centro – le dijo, sonriendo. Te va a gustar; y jamás volverá a pasar por tu cabeza la idea de abandonarnos.

Cuando Kilovatio entró en la habitación, después de haber recibido de manos de un conserje la llave, quedó anonadado, porque desde cuando había ingresado al Centro siempre había tenido la idea de que allí todo era sacrificio, humildad y pobreza. A partir de ese momento iba a descansar en una ancha cama, tendría colgada en una de las paredes una galería con fotos de importantes contadores de historias en diferentes poses, en otra, una secuencia fotográfica sobre los movimientos de las manos y sus posibles combinaciones con base en frases escritas al pie de cada foto, en otra, un espejo de cuerpo entero que compartía espacio con la puerta de entrada, y en la última pared, justo en la que estaba al frente de la cama había, empotrada, una pantalla de televisión de treinta y dos pulgadas, en la que podría ver toda clase de videos, pero sobre todo los relacionados con “el movimiento de las partes fundamentales del cuerpo al contar una historia”, a voluntad, porque a diferencia de las circunstancias anteriores en que el video era manejado desde un circuito cerrado, ahora tenía él la potestad de encenderlo cuando le viniera en gana, porque estaba a su disposición, sobre la mesa de noche, el mando a distancia. Completaba el cuadro del cuarto un pequeño estante con dos libros, cuyos títulos: “Contar historias es más que un oficio”, y “El contador de historias es más que un hombre”, instruirían a Kilovatio sobre las

diferencias que hay entre el hombre de a pie y el que sube al escenario, según decía un aparte del prólogo del primero, y sobre el hablar y el contar, que según un aparte del prólogo del segundo, son cosas muy distintas. Ambos libros de la autoría del director del centro: “El Maestro” Rodolfo Sueva. También había en dicho estante una colección completa de videos, titulada: “Aprende a mover el cuerpo cuando cuentes historias”, y otra, dedicada exclusivamente a la mano, titulada: “El papel de la mano en la contada de una historia”.

El guardián de las palabras se quedó un momento parado a la puerta del cuarto, observando la reacción de Kilovatio a medida que descubría cada cosa dentro de éste, y al notar su satisfacción, le preguntó:

-¿Te gusta?

Kilovatio asintió, tímido.

-Es un premio al fortalecimiento de tu voluntad- dijo el guardián de las palabras. Como puedes ver, ahora tendrás tú mismo la oportunidad de decidir cuándo practicar y estudiar.

Kilovatio se asomó discretamente al rostro del guardián de las palabras, porque lo miró de soslayo, y le preguntó:

-¿A cuánto estamos de poder sentir a “El Maestro”?

Este esperaba la pregunta, porque esta obsesión se apoderaba pronto de los contadores de historias que aspiraban a profesionalizarse, debido a la gran cantidad de comentarios sueltos que andaban por todo lado, hablando maravillas del enigmático director, y ya tenía la respuesta:

-Herrán debió hablarte de eso.

-Estábamos hablando del asunto cuando usted llegó – explicó Kilovatio, abandonando el soslayo y mirando de frente a su interlocutor, que seguía de pie en la puerta.

-Pero debió decirte cuáles son los pasos previos a un contacto con el director.

-Sí, me animó a esforzarme.

-Bueno, pues eso es lo que vas a hacer a partir de este momento: esforzarte. Ya veremos cómo se comportan tu voluntad y tu consciencia- dijo el guardián de las palabras levantando su mano derecha en símbolo de despedida y marchándose.

Kilovatio se tendió sobre la cama, entrelazó sus manos en la nuca y trató de imaginar su futuro, sobre el cual, en todo caso, su deseo ya había hecho un diseño.

Pero quería verificar primero si esa nueva realidad en la cual estaba entrando era real, y se durmió pensando en eso.

6

El repentino cambio de cuarto fue para Kilovatio un impacto estético difícil de asumir al primer golpe de pensamiento, y por eso, para entender cómo digería éste la nueva experiencia mientras conseguía el sueño, es necesario detenerse un momento en el relato, y escudriñar algunos antecedentes sobre la vida de Kilovatio en su pueblo y su relación con las primeras etapas de formación en el Centro.

Por eso considero necesario hablar un poco más de Kilovatio, antes de su ingreso formal en el Centro, es decir, antes del comienzo de sus actividades internas, porque todo cuanto se diga ahora nos será de utilidad para comprender cómo fue ese proceso de transformación al que lo sometieron, o para entender también qué sucede con las personas cuando se altera su naturaleza.

Para hacerlo más comprensible, es mi deber aclarar en este punto del relato, que el ingreso de Kilovatio en el Centro estuvo precedido de un minucioso examen, para definir su sicología, medir su nivel de conocimiento, investigar su concepción de la vida, conocer sus opiniones sobre las relaciones interpersonales y medir su voluntad y el grado de conciencia sobre sí mismo, examen cuyos resultados les servirían a las autoridades académicas del Centro para determinar las asignaturas a las cuales debía aplicarse el nuevo alumno, y cumplir con el primer compromiso cual es la demostración de voluntad de estar allí y de ajustarse a las normas impuestas.

Parte de ese cuestionario fue resuelto a través de una averiguación in situ de la vida cotidiana de Kilovatio, y para conseguir lo cual el Centro desplazó al pueblo de donde provenía éste, a un ejército de pasantes en diferentes disciplinas del conocimiento, a quienes les encargó el acopio de información sobre nuestro personaje.

El informe elaborado por dichos pasantes, cuyo original reposa en los archivos del Centro de formación Profesional de contadores de Historias, y del cual obtuve una copia con la complicidad de una secretaria, dice, entre muchas otras cosas, lo siguiente:

“Kilovatio proviene de una estirpe de andariegos, que han sentado cabeza y echado raíces después de caminar medio mundo, escuchar a mucha gente, ver muchas cosas y vivir experiencias inimaginables. En su pueblo, es un hombre reputado como contador de historias, y respetado por su temperamento fuerte y la firmeza de su carácter. Aseguran que es un hombre sin variables. Es lo que aquí llaman un hombre de una sola pieza. Para él, lo maravilloso es admirable, pero no perturba su sueño, porque cree en el destino y tiene por cierto que el suyo ya ha sido trazado, luego el deseo de las cosas no incluidas en éste lo considera una pérdida de tiempo. No se anticipa a los acontecimientos, ni convierte en escalera a los demás para subir a la cima de sus propósitos, ni involucra en sus actos el criterio de competencia, porque tiene fe en la eficacia de su trabajo. Algunos lo catalogan como un hombre plano y desprovisto de pasiones, pero quienes alguna vez han compartido con él aseguran que las involucra en las historias, para amansarlas y evitar su intromisión en sus relaciones con las personas. Cuando cuenta las historias se vuelve espectador de sí mismo y comparte con su público las consecuencias festivas y emocionales de sus relatos. Tiene la creencia de que contar historias forma parte de su destino. Dicen de él que es capaz de mirar de frente a un interlocutor durante mucho rato, y que es irreductible cuando se le ofende”.

Dentro del informe hay una especie de análisis de comportamiento, y finalmente unas recomendaciones acerca de cómo introducir paulatinamente a Kilovatio en las disciplinas del Centro de Formación Profesional de Contadores de Historias, entre las cuales se destaca la, llamada por el mismo informe, “reducción de alas”, justificada por el siguiente comentario: “es un hombre con muchas posibilidades, a quien es indispensable definirle límites espaciales, porque debido a su condición de campesino tiene muy arraigada la idea de libertad de movimiento. Debe diseñarse, exclusivamente para él, un trabajo de pulimento estético, porque no tiene conciencia de los movimientos del cuerpo desde el punto de vista de la estética. Debe instruírsele en el ejercicio de la competencia, para evitar que su acto de contar historias siga siendo el fruto de un impulso emocional, y también para inducirlo a actuar aplicando la razón y el cálculo. Es necesario hacerle entender que un contador de historias que se mezcla con el público para compartir las consecuencias emocionales de sus relatos, pierde autoridad, porque no es lo mismo

cuando éste usa al público para hacer simple recreación o suplir las deficiencias del relato. Es, también necesario hacerle comprender que un contador de historias es más que un hombre" –terminaba la redacción de las recomendaciones del informe.

Y, para empezar a ejecutar la primera parte de las recomendaciones, a Kilovatio le asignaron a su llegada al Centro de Formación una especie de celda de novicio, cuya estrechez y desnudez bien podía entenderse como un convite a la resignación. No había nada llamativo en su interior aparte de un viejo televisor en cuya pantalla aparecían de cuando en cuando estímulos dirigidos desde la administración. Las paredes tenían pintura vieja y descascarada. Los demás enseres consistían en una cama sobre la cual no podía darse vuelta quien dormía porque podía caer al suelo, una pequeña mesa de noche dispuesta para poner un vaso de agua y una diminuta lámpara, que emitía una luz mortecina.

Durante los primeros días a Kilovatio le dieron un trato verbal descortés, para probar su tolerancia. Pero además de eso, como parte de la estrategia de hostigamiento le truncaron varias oportunidades de hablar con el director del Centro, ofendieron la dignidad de su pasado hablando con malicia de su estirpe y refiriéndose de ella como gente que va por el mundo recogiendo estiércol, calificaron mal muchos de sus ejercicios a pesar de que él era consciente de haberlos ejecutado con eficiencia, y todos los días, sin falta, le repitieron a la hora de los ejercicios físicos de la mañana su obligación de abandonar las bruscas maneras campesinas si quería convertirse en un verdadero contador de historias.

Bajo las condiciones antes descritas se pretendía doblegar cualquier residuo de voluntad y de orgullo de su habitante, y convertir su conciencia en una tabla rasa para luego llenarla con los requisitos conductuales del Centro. No son mis palabras sino las de otro aparte de las recomendaciones del informe.

Kilovatio, convencido como estaba de que su destino era contar historias, soportó con resignación y estoicismo los embates de esa primera etapa en el Centro, aunque no escasearon las ocasiones en que estuvo a punto de tirarlo todo y marcharse.

7

Las nuevas comodidades generaron en Kilovatio un cambio de percepción que lo llevaron a suponer a la mañana siguiente, cuando despertó, que esa era la vida que siempre había llevado. Simultáneamente con su despertar se escucharon en la puerta tres toques suaves. Cuando se levantó y abrió se encontró cara a cara con alguien a quien nunca había visto antes en el Centro, y quien sin mediar palabra, se presentó:

-Soy, lo que aquí se conoce con el nombre de guardián de conciencia.

Kilovatio no sintió molestia con la pronunciación de esa palabra. El hombre, siguió hablando:

-Creo que ya debieron decirte que en las próximas sesiones físicas vas a trabajar con el tronco.

Kilovatio empezó a hacer movimientos de cadera para demostrar que su conciencia ya se había aplicado a la expresión y el hombre sonrió, complaciente, porque había hecho la pregunta para conocer la reacción de éste.

-¡Cómo has aprovechado el tiempo! –exclamó, condescendiente. Luego, mirando de pies a cabeza a Kilovatio, le preguntó:

-¿Cómo estamos en materia de conciencia?

-Bien, bien – respondió éste, con acento seguro, y algo festivo, porque estaba aprendiendo a ser amable, sin hacer muchos esfuerzos, sugerido por una parte del prólogo del libro, “el contador de historias es más que un hombre”, en donde se hacía alusión especial al capítulo titulado “el papel de la simpatía en el éxito”. Nunca me había sentido tan bien de la conciencia - remarcó.

-Con la conciencia – rectificó el hombre – porque una cosa es sentirse bien de la conciencia y otra muy diferente es sentirse bien con la conciencia.

-Otra vez con el mismo asun…

Kilovatio no alcanzó a protestar mentalmente, porque el guardián de conciencia subió sus palabras sobre la última parte de su réplica:

-La conciencia no deja de ser un peso –explicó éste. Por eso no es lo mismo decir me siento bien de conciencia a decir me siento bien con la conciencia.

-Así es – concedió Kilovatio, satisfecho de no haber terminado su pensamiento, porque de alguna manera lo iba a expresar en sus gestos, y ese hombre parecía experto en analizarlos. Después quedó en silencio.

-¿Te hace falta algo? –le preguntó el guardián de conciencia, con la intención de averiguar si el silencio era indicio de inseguridad.

-Nunca me había sentido en medio de tanta abundancia –reconoció Kilovatio. Tanto, que me parece que siempre ha sido así.

-siempre ha sido así, ¿qué? – preguntó el guardián de la conciencia, cuya tarea principal consistía en desmembrar las respuestas de su interlocutor para buscar inconsistencias.

-Quiero decir que tengo la impresión de no haber vivido otra vida distinta a ésta.

-Puedes comparar entre tu vida actual y la pasada?

-No estoy muy seguro –respondió Kilovatio, después de pensar un poco, para responder con acierto. Es como si esta hubiera sido siempre la mía.

-A lo mejor es la que siempre deseaste.

-Quizás.

-Esta es la vida deseada por todos –dijo el guardián de conciencia. Por eso, cuando la conseguimos olvidamos pronto las peripecias de la pasada. ¿No es cierto?

-Puede ser – habló Kilovatio, por hablar. Él no estaba muy seguro de haber tenido arraigado el deseo de esa vida, sencillamente porque no tenía noticia de su existencia. Sin embargo, como intuía una intención detrás de la pregunta (Kilovatio ya había pasado más de una experiencia que le sugería que en el Centro todo tenía, como mínimo, dos intencionalidades), decidió responder abriéndole un espacio al beneficio de la duda:

-En realidad no estoy muy seguro de poder hacer comparaciones, porque, insisto, siento esta nueva vida como si fuera la de siempre.

La expresión “esta nueva vida” puso a dudar al guardián de conciencia de la solidez conceptual de Kilovatio, porque el término “nueva vida”, demostraba la existencia de residuos de una conciencia anterior, luego todavía quedaban conectores emocionales con el pasado, que era necesario develar para interrumpirlos y asegurarse de que la conciencia de Kilovatio se vaciara del todo para empezar a llenarla con los contenidos del Centro.

Esta pesquisa siempre se hacía cuando un alumno ascendía de categoría dentro del Centro, y en vista de que esta pregunta era definitiva, porque con base en los resultados se les permitía a los alumnos continuar el curso, o devolverlos a las sesiones de revisión de conciencia para eliminar los residuos de vida pasada, las autoridades académicas no se contentaban con la respuesta, e iniciaban un proceso de verificación en terrenos simulados en donde se encontraban toda clase de estímulos que podrían hacer aflorar recónditos sentimientos que las respuestas verbales hubiesen podido mantener en la clandestinidad. Cada alumno era llevado a un campo dotado con características similares a las del medio donde había transcurrido su vida anterior, y como es apenas lógico, a Kilovatio le hicieron el examen final de conciencia en un lugar en donde todo lo dispuesto convidaba a recordar lo agreste.

-Veamos cómo está el recuerdo auditivo – dijo el guardián de conciencia cuando estuvieron dentro del campo.

A Kilovatio le pidieron que emulara el gorjeo de un canario, el mugido de una vaca, el relincho de un caballo, el bramido de un toro, el maullido de un gato, el ladrido de un perro, el graznido de un ganso, el gruñido de un cerdo, el cacareo de una gallina y el canto de un gallo, y lo hizo, poniendo empeño en demostrar que no había compromiso afectivo, porque no estaba recordando, sino imitando.

El guardián de conciencia hizo anotaciones en un cuaderno y después, dijo:

-Ahora veamos cómo está el recuerdo táctil.

Fue llevado de nuevo al girasol, en donde demostró una extraña sutileza manual, porque hizo girar la flor mecánica por espacio de media hora, sin interrupción. Después le ordenaron pasar sus manos suavemente sobre una superficie áspera, que lo hizo retirarlas de inmediato y marcar un gesto de fastidio en su rostro, demostrando así que sus manos ya habían conseguido la sensibilidad exigida por las normas para ser contador de historias, según se desprendía de la anotación hecha por el guardián de conciencia en la historia académica de Kilovatio, en donde escribió, a manera de conclusión: “La primera parte del proceso de urbanización del sujeto ha concluido con éxito”

El guardián de conciencia y Kilovatio se miraron con simpatía.

-Voy a dejar estos resultados en la Secretaría Académica - dijo él, levantando el folder que llevaba en la mano – para que empiecen a preparar tu ingreso en las disciplinas del tronco.

Kilovatio volvió a mover la cadera como lo hizo cuando éste mencionó la palabra por vez primera, y ambos sonrieron.

Cuando el guardián emprendió camino hacia las oficinas del Centro, kilovatio empezó a escuchar versos de una canción que solían cantar los viejos de su familia cuando se sentaban por las tardes a recordar el tiempo ido:

“Todo lo que quise yo/ tuve que dejarlo lejos/siempre tengo que escaparme/ y abandonar lo que quiero…”

Y se sintió confundido porque no se sentía bien con la conciencia.

8

Cuando estuvo a solas, después del examen, Kilovatio empezó a experimentar ligeros sobresaltos de conciencia, porque, aunque tenía idea de la existencia del fraude, nunca lo había puesto en práctica para su beneficio personal. Había hecho un gran esfuerzo gestual para no ser sorprendido, al poner cara de duda, cuando escuchó el lenguaje de aquellos animales, que jamás olvidaría porque había compartido con ellos un cuarto de siglo. Por un momento se sintió como una especie de Pedro negando a Cristo, pero decidió no darle muchas vueltas morales al asunto después de aceptar, en un atisbo de novedosa forma de raciocinio, que su nueva vida sería irremediablemente así, debido a su decisión de cuidar la comodidad que le estaban ofreciendo.

Entre su modo de pensar cuando vivía en el pueblo y el que se estaba asomando a su vida a raíz de su permanencia en el Centro de Formación Profesional de Contadores de Historias comenzaba a notarse la diferencia entre lo espontáneo y lo intencional. Algo interno le dijo que las palabras no eran brotes inocentes, carentes de consecuencias, y que por eso debían medirse antes de dejarlas salir para decir algo.

Kilovatio estaba haciendo conciencia de estos cambios, que de alguna manera lo obligaban a hacer comparaciones con su vida pasada, y por eso se preguntó, alarmado:

-¿Qué me está sucediendo?

Caminando sin destino, pero con libertad por los pasillos del Centro, cavilaba sobre sus dudas, y sólo desviaba su pensamiento cuando algo nuevo se cruzaba en el camino reclamando atención. Por momentos hacía a un lado sus dudas para intentar adivinar la actividad que se desarrollaba en cada una de esas habitaciones alineadas en los pasillos, en cuyo interior se desarrollaba una parte del proceso de formación profesional de contadores de historias, y se imaginaba así mismo, con ilusión, saliendo de cada una de ellas, transformado.

Este vaivén de la esperanza mantenía en entredicho su tranquilidad de conciencia, porque lo llevaba a compartir el temor de cortar su raíz si olvidaba todo

cuanto había dejado atrás, y perder la posibilidad de una nueva vida si seguía alimentando la indecisión.

Cuando observaba sobre la parte superior de una puerta en donde se leía, conciencia global, y se preguntaba qué tipo de ejercicio se haría adentro, ésta se abrió, y el espacio vació fue ocupado por la figura de un hombre de contextura gruesa, alto, de cejas pobladas y arqueadas, rubicundo y de ceño fruncido, y quien a pesar de un cierto aire de displicencia se dirigió a él en tono amable:

-Entra – lo invitó a pasar.

Kilovatio se sintió como si hubiese sido sorprendido, fisgoneando, y trató de excusarse:

-¡No!, sólo miraba el letrero de la puerta.

-¡Vaya, hombre!, mirar no tiene nada de malo. Te invito a pasar porque tú ya estás en el nivel en que se permite a los alumnos deambular por el Centro sin ser vigilados.

Kilovatio recordó que de muchas maneras durante los últimos días le habían recordado su cada vez mayor pertenencia al Centro, y recobró la confianza, y se atrevió a hablar:

–Qué hace usted, aquí? –le preguntó al hombre, que permanecía en la puerta con el gesto manual de invitación, congelado, y que Kilovatio se detuvo a mirar porque le pareció que así debería moverse una mano cuando se estaba contando una historia en la que se hablase del cauce tranquilo de un río.

-Soy un guardián de conciencia global. ¿Sabes qué significa?

-Sí, hace poco estuve hablando con uno de ustedes.

-No, espera – advirtió el hombre – no es lo mismo una cosa que otra porque cambia el radio de acción.

-Radio de acción… -murmuró Kilovatio.

-Me refiero a las funciones de cada uno…, a su responsabilidad.

Kilovatio se quedó en silencio y dejó que el otro siguiera hablando.

-Con quien has hablado hace poco se ocupa de cuidar la conciencia individual, y yo la global. A él le llaman guardián de conciencia, a secas, y a mí, guardián de conciencia global.

-Global – repitió Kilovatio

-Algo así como total -.explicó el hombre.

-¡Sí!

-O cómo hacer que algo marche a un mismo ritmo.

-¡Ah!

-Para conseguir la armonía.

El hombre descongeló el gesto de la mano y repitió la invitación a Kilovatio a ingresar en el salón destinado a asuntos de conciencia global y a medida que éste se adentraba en el recinto se apoderó de él una sensación de bienestar que lo aisló de sus cavilaciones. Algo aromatizaba el ambiente, y al ser respirado provocaba un estado de tranquilidad. De igual manera el decorado de las paredes, hechos con formas que iban de la definición a la indefinición, pintadas con colores que trascendían del fuerte al débil, casi hasta la inexistencia, le produjeron a Kilovatio un estado de optimismo porque le sugirieron la idea de infinito.

-Ya estarás aquí, realizando una prueba –le dijo el guardián de conciencia global –pero esta va casi al final del curso, y no es común que ya en este punto se devuelva a la gente. Terminó de explicar el hombre. ¿Te gustaría saber cómo funciona?

Por las dudas, Kilovatio decidió ser prudente al responder, y se limitó a emitir un gesto de ligero asentimiento. El guardián de conciencia global siempre definía este gesto de sus alumnos como un deseo reprimido de curiosidad, que no se atrevían a expresar, porque a esas alturas del curso ya habían aprendido a responder con prudencia, para “no caer en la vulgaridad de la emoción” como

aconsejaba en un aparte el libro titulado El Contador de Historias es más que un hombre, y asumiendo que ese era el caso de Kilovatio, le dijo:

-Ya verás cómo funciona esto. Siéntate aquí.

Kilovatio se sentó sobre una poltrona en cuyos descansa brazos había, en la parte anterior de cada uno, una serie de cinco orificios, con un diámetro suficiente para albergar cada uno de los dedos de las manos, y comenzó a mirar con discreción hacia ellos, y a preguntarse lo que el guardián de conciencia global pareció adivinar, porque dijo:

-Es un dígito sensor cuyo trabajo es capturar el estado mental de quien ocupa la poltrona".

-¿Porque la mano?- preguntó Kilovatio.

-La mano es el reflejo del cerebro - respondió el guardián de conciencia global.

Aunque había oído hablar de la mano desde diferentes perspectivas, como fundamento en la formación y profesionalización del contador de historias, Kilovatio aún conservaba la idea remota de que la principal función de ésta es agarrar cosas; pero la definición no dejó de maravillarlo, y de aumentar su curiosidad.

El guardián de conciencia global vio en el rostro de su visitante lo que tenía que verse, es decir, curiosidad infinita por saber cómo funcionaba dicho mecanismo, y le pidió que introdujera los dedos de cada mano en los correspondientes orificios, advirtiéndole:

-No está bien que haga esto, porque, como ya te dije, esta prueba se hace en la fase final, pero me tomo la libertad de hacerlo, aunque el resultado no tendrá nada que ver en tu proceso evaluativo, porque algo me dice que tú has dado un salto cualitativo grande en el desarrollo del curso, y quiero ser el primero en descubrirlo.

-¿Sí?

-¡Claro! –continuó el guardián de conciencia global. Estoy ansioso por estudiar tu mente, por averiguar cuánta propensión global hay en ella.

-¡Aja!

-Te ofrezco excusas, si me notas obsesivo, pero es consecuencia de mi ilimitada devoción por lo global. En ocasiones ésta devora mi razón y me lleva a perder la temperancia.

Kilovatio seguía en silencio, y su mirada viajaba entre los orificios de los descansabrazos de la poltrona y el rosto del guardián de conciencia global.

-Te estarás preguntando, porqué contigo. Lo se, lo se. Estás un poco atiborrado de timidez, y es culpa de mi vehemencia. Tú no lo sabes, pero ahora que ya eres de los nuestros lo sabrás, porque te lo digo yo (mira cómo me estoy anticipando a decir cosas que te dirán más adelante), aquí nada pasa sin nuestro conocimiento. Desde cuando ingresa en el Centro, cada alumno es vigilado segundo a segundo, porque no se nos puede escapar un solo detalle en el vaciado de su conciencia. A ti te hemos vigilado como a ninguno, porque eres uno de nuestros más grandes hallazgos, y por eso estoy seguro de que en esta prueba que te voy a hacer ahora, y que, te recuerdo, no tiene carácter oficial, vas a salir airoso.

-Entonces, empecemos- dijo Kilovatio, ansioso.

-¡Espera! –habló el guardián de conciencia global en tono admonitorio – debes controlar la ansiedad, porque la mayor de tus metas en materia espiritual debe ser llegar al estado de ataraxia.

-¿Ataraxia? – murmuró, dubitativo, Kilovatio, y el guardián de conciencia global, le aclaró:

-Quiero, decir, que nada perturbe tu mente.

9

Cuando su cuerpo se descargó por completo sobre la mullida poltrona, Kilovatio tuvo una impresión de absoluta ingravidez, y empezó a imaginar que cabalgaba sobre una nube, impulsado por un deseo irresistible de movimiento continuo, sin preocuparse por asuntos relacionados con el límite, la velocidad, el volumen y el porqué y el paraqué de la existencia.

Su cerebro fue ocupado poco a poco por la idea de indiferencia del entorno.

Fue una experiencia asombrosa, según él mismo registró en otro diario que inició, y que mantuvo oculto para evitar que corriera la misma suerte del primero, y del cual me sirvo para tejer parte de esta historia.

Mientras disfrutaba de la liviandad de la ingravidez el guardián de conciencia global lo sometió a un interrogatorio cuyo objetivo era averiguar si ya era capaz de unificar pensamiento y sentimiento, porque era en ese recinto donde se estudiaban los avances de la capacidad de quienes aspiraban a convertirse en contadores profesionales de historias, de homogenizar sentimiento y pensamiento, como prerrequisito para contar una historia sin caer en las redes del primero.

De acuerdo con los preceptos del Centro, quien aspiraba a convertirse en un contador de historias profesional debía aprender a manipular su conciencia y después hacer lo mismo con la de los demás. Sobre este punto se puede leer en el capítulo denominado “corazón y cerebro no juegan limpio”, del libro titulado, “El contador de historias es más que un hombre”, lo siguiente: “quien desee contar historias en forma profesional debe mirar a sus semejantes como parte del material empleado para hacer su trabajo, es decir, debe convertir al público en un apéndice de sus relatos. Para lograr esto, el contador de historias no debe confundir sus pensamientos y sentimientos con los del público, porque al mezclarse con él pierde el atributo de supremacía escénica, que es como se denomina al poder que logra quien sube al escenario. El contador de historias debe aparentar ser como los demás, pero sentirse siempre por encima de todos… al contador de historias sólo le deben preocupar los resultados, como entretener, porque los deseos de viejo altruismo que caracterizaron a las artes escénicas, como el de cambiar el mundo, están fuera de época.”

-¿Estás en condiciones de definir lo qué está sucediendo contigo en este momento? – le preguntó el guardián de conciencia global.

-Es algo así como una satisfacción suprema.

-Explícate.

-Es como cuando no necesitamos pensar en nada, ni planear nada, porque tenemos la impresión de que todo a nuestro alrededor está resuelto.

-¿No te preocupa tu entorno, entonces?

-En cierta forma sí, en cierta forma no.

-O sea, no te sientes responsable de cuanto suceda en tu entorno.

-Pues…no- se resolvió a decir Kilovatio. Pero ese no, tan distante de la primera parte de su respuesta despertó dudas en el guardián.

-¿Recuerdas tu entorno?

-Y, ¿cómo voy a recordar algo que no he abandonado- reclamó Kilovatio.

-No entiendo –dijo el guardián para hacerlo hablar más y averiguar si en sus pensamientos había rezagos del pasado.

- Pues es que este es mi entorno – dijo Kilovatio – y estoy en él y no entiendo cómo voy a recordar algo que no he abandonado aún.

-¡Eso es!- exclamó, satisfecho el guardián a media voz, pero fue escuchado por Kilovatio, cuyo oído estaba muy sensible debido a la repentina vocación de escucha que le había despertado la música ambiental, diseñada para esos momentos en que los alumnos se sentaban en la mullida poltrona y empezaban a divagar.

-¡Eso es! –repitió con el mismo énfasis de admiración que le había puesto el guardián, con el ánimo de hacer avanzar la conversación, porque se estaban despertando sus curiosidades, pues a esas alturas del curso Kilovatio también estaba aprendiendo que en el Centro las preguntas iban más allá de la intención de un examen convencional. Como todo allí, cada una llevaba un mensaje oculto.

-Sí, ya te dije que para mí has dado saltos muy largos dentro de tu proceso de instrucción. Estoy sorprendido –reconoció el guardián.

-¿por qué? –preguntó Kilovatio con un dejo de vanidad, advertido por el guardián.

-Porque hasta ahora, en la historia del Centro no habíamos tenido un alumno tan dispuesto a la adaptación, y que hubiese tardado tan poco tiempo preparándose para un acto de comprobación global.

-¿Comprobación global? – preguntó Kilovatio.

-Es lo que hacemos en este momento- dijo el guardián.

-Y, ¿en qué consiste?

-En averiguar el tiempo que tarda el alumno en entrar en contacto con la sensación de indiferencia de entorno, después de haber ocupado el dígito sensor de pensamiento.

-Y, ¿a qué se debe esto?

-¿Qué?

-Lo de que yo he tardado menos tiempo en tener esa sensación.

-A que ya te has adaptado.

10

Las habilidades de Kilovatio fueron difundidas en el Centro y provocaron la convocatoria a un cónclave, por orden del director, a quien le pareció extraño el acelerado avance de éste en el proceso de aprendizaje y su pronta adaptación a las políticas del Centro, pues sostenía en su libro, que ya he citado otras veces, “El contador de historias es más que un hombre”, lo siguiente: “Se habla mucho de la transformación del hombre en contador de historias, a través del reemplazo de su conciencia, pero existen raíces porfiadas que libran una intensa lucha por permanecer”

Había en el Centro, quienes sostenían, en voz muy baja por cierto, que al director vivía perturbado por la facilidad de Kilovatio para contar historias y llegar a la gente, y que por eso se empeñaba en ponerle trabas para neutralizarlo y detener su ascenso, porque temía ser desplazado. Estas infidencias las obtuve de personas que tuvieron alguna relación con el Centro y de instructores que mantenían un desacuerdo permanente con el director, porque mientras ellos aconsejaban el cuidado de los contenidos para evitar el automatismo absoluto de los alumnos, el director fomentaba la idea de fortalecer el principio de las formas, aunque se contradecía porque había escrito que un contador de historias debe ser uno solo e irrepetible, y pugnaba porque quienes se formaban en el Centro terminaran imitándolo.

El cónclave se desarrolló abocando el estudio de los temas sugeridos por el director, no obstante las observaciones de los demás miembros de la reunión acerca de la utilidad de darle un mayor debate a la selección de éstos. Después de una prolongada discusión se convino, a regañadientes, analizar la conducta de Kilovatio partiendo de las siguientes preguntas: ¿está fingiendo Kilovatio?; si la respuesta anterior es positiva, ¿lo hace en beneficio personal o por la voluntad de prepararse para convertirse en una imagen favorable del Centro?, y a pesar de los cambios observados en él, ¿puede afirmarse que su conciencia agraria haya dado un salto considerable hacia la urbana y en consecuencia se halle en tránsito hacia la global?

No voy a transcribir lo discutido durante el cónclave, aunque poseo copia completa del acta levantada en la sesión, pero sí quiero decir que la mayoría de

quienes allí se encontraban opinaron que a Kilovatio debían seguirle haciendo las pruebas externamente, para establecer la vulnerabilidad o invulnerabilidad de su conciencia global, y no internamente, como exigía el director, porque consideraban su permanencia en el Centro un riesgo para la comprobación permanente de su recién consolidada conciencia global, porque no había en el Centro objetos de deseo suficientes para ponerlo a prueba.

En vista de que el cónclave amenazaba con prolongarse indefinidamente y aumentar las controversias hasta llegar a niveles de agresión, el sensato guardián de conciencia global decidió trazar el límite:

-Estas preguntas sólo pueden responderlas el tiempo y la distancia. Aquí no vamos a resolver nada. Es mejor dar por terminada la sesión.

-¡Explícate! – pidió el director del Centro, con acento grave.

-A este hombre debemos darle largas, por un tiempo, para hacer un estudio de sus actos fuera del centro – respondió el guardián de conciencia global.

El director no estaba de acuerdo con esta medida, cuya discusión había causado discordias durante el cónclave, pero empezó a ceder

-Es más o menos lo que hacen en los centros de formación de sacerdotes- dijo el guardián de conciencia global.

-Sí, les permiten volver a su entorno, antes de tonsurarlos, para que luchen con sus viejas pasiones y los sueños aplazados y se hagan un auto examen de conciencia y pongan a prueba su voluntad.

-¡Cuidado! – alertó alguien. Ese asunto de la conciencia es diferente en nuestro caso –dijo refiriéndose a lo que hacen con los sacerdotes. .

-¿Por qué? -.preguntó el director cuya actitud se había reducido a mirar a quien tomaba la palabra.

-Porque nosotros inducimos la conciencia – respondió quien había hecho la advertencia.

-Y, ¿quién, que se ponga al frente de alguien, alentando por la idea de trasmitir algo deja de lado la intención de manipular su conciencia? –preguntó alguien.

-Esta pregunta, con síntomas de afirmación es un axioma – aseguró otro de los participantes en el cónclave.

-Esperen – pidió el director, dirigiendo su mirada a quien había hablado de axioma - ¿por qué lo afirmas con tanta seguridad?

-¿No es ese, pues, según lo que hemos aprendido aquí, el objetivo del ser humano?

-¿Cuál?

-La manipulación recíproca?

El director guardó silencio, porque ese era un tema que podía desatar discusiones, similares a las que siempre tuvo con quienes terminaron en la calle por haberlo acusado de exceder los límites de la manipulación.

-Nos estamos saliendo del tema – dijo, para desviar el curso de la discusión.

-No soy de la misma opinión – intervino el guardián de conciencia global.

-¿No nos estamos saliendo del tema? – preguntó el director.

-¡No, señor! – exclamó – no nos estamos saliendo del tema; estamos justo en el tema que siempre ha eludido usted.

El director se vio en apuros, porque después de lo dicho por el guardián de conciencia global, las miradas inquisidoras de todos convergieron en su rostro.

-Este es un tema delicado – señores – dijo el director – y exige nuestra unión.

-¡Qué tal si le ponemos a esa expresión su verdadero nombre – dijo el guardián de conciencia global.

-Sí, pongámosle, por ejemplo, complicidad –propuso otro.

- En tal caso la frase quedaría así: este es un tema delicado, señores, y exige nuestra complicidad- dijo, con sarcasmo otro de los participantes.

El director tragó entero porque quien había hablado lo amenazaba con frecuencia con desenmascararlo. Ambos habían iniciado el Centro, y se conocían mutuamente.

-Dejemos las bromas a un lado y resolvamos este asunto de Kilovatio –dijo, muy serio, mientras le daba a su socio de siempre un leve puntapié por debajo de la mesa y le mostraba por encima un sobre cerrado que agitaba discretamente en su mano derecha, levantada. ¿Qué les parece si definimos bajo qué condiciones le vamos a permitir salir del Centro para la prueba externa? – dijo por último.

-Me parece bien – dijo, condescendiente su viejo socio, mirando ansioso hacia el sobre, usado en esos momentos por el director como un abanico, aunque no hacía calor, mientras sonreía irónico.

Bueno, pues ya que estamos de acuerdo, ¿les parece bien si transcribimos ahora mismo los mandamientos del Centro, que él deberá guardar durante su ausencia, para que los lea y no los viole amparado en la excusa de su desconocimiento? – propuso el director.

-Pues a mí me parece muy bien – dijo, todavía más complaciente su viejo socio, cuyo cargo en el Centro era el de guardián de conciencia mayor. Empecemos ya – propuso con aire festivo, haciéndole un guiño al director.

Tres horas tardó el cónclave. En el recinto sólo quedaron el director y el guardián de conciencia mayor de nombre Alejandro Trevi, jugando a los gestos y a las miradas, porque mientras Trevi arrojaba ansiosas miradas al sobre, el director lo seguía batiendo en el aire, mientras caminaba hacia atrás y reía, irónico.

11

Kilovatio recibió sin entusiasmo la licencia para “ir por ahí a recoger experiencias y ver la vida que había sucedido afuera, durante su permanencia en el Centro”, tal como decía parte de la justificación inserta al comienzo de la nota.

-Este no es un buen momento para exponerme – le dijo a quien le alargó la nota, después de abrirla y leerla, y en vista de su silencio empezó a hacerle preguntas para explicarse la razón de ser de una licencia no solicitad por él, y como el emisario continuaba en silencio, Kilovatio supuso que se trataba de un error, y, mientras hacía movimientos de cadera le preguntó:

-Y, las sesiones del tronco, ¿no empezaban pronto?

-En el movimiento del tronco, destinado a ejercitar el equilibrio, el garbo, y la elegancia, es decir, el que te da identidad como contador de historias, sólo se forma a quien ha demostrado absoluta disposición de atender a los preceptos del Centro y de convertirse en su eterno promotor –respondió el emisario.

-Pero yo lo he demostrado – reclamó Kilovatio.

-Eso creen todos después de la prueba global, porque están obnubilados y piensan y sienten más de lo que llevan en el cerebro y el corazón.

-¡No puede ser! – dijo Kilovatio, con asombro.

-Pues así es – afirmó el emisario – tú aún estás bajo los efectos de la ingravidez.

-¿Dura tanto?

-Si te habitúas dura hasta la muerte.

-¡No puede ser!

-Sí puede ser. Como también existen quienes jamás abandonan su estado de gravidez.

-Y, ¿cuáles son esos?

-Regularmente quienes tienen la idea, o mejor, el deseo de salvar algo, o a alguien, y a veces el mundo.

-Me gustaría salvar el mundo – dijo Kilovatio, de repente, dándole al emisario la sensación de que estaba diciendo tonterías.

-¿Tú?, y ¿cómo lo tienes planeado.

-Es solo una idea.

-¿Sabes?, ahora sí creo que este lugar te ha hecho efecto.

-¿Por qué?

-Porque la mayor parte de quienes llegan aquí terminan convencidos de que al final del curso van a ser la panacea de todos los males de la gente.

-¡No me diga!

-Pero a medida que avanzan los cursos muchos descubren nuevas habilidades y terminan desechando la idea de convertirse en contadores de historias y encaminan su vida hacia otras actividades.

-Por ejemplo.

-Se de uno que terminó convencido del poder curativo de sus manos, porque cuando las batía parecía que se desprendían de sus muñecas y volaban, y terminó predicando. Hoy en día es un pastor exitoso.

-¿Alguien más? – preguntó Kilovatio, muy interesado en conocer las variables del Centro.

-Claro, se de otro que se volvió famoso en el juego de cartas porque movía las manos muy rápido y nadie conseguía seguir sus movimientos, y hoy en día es un hombre muy rico.

-¡Vaya, vaya! – exclamó Kilovatio, rascándose la cabeza – ¿entonces aquí no sólo llega gente que quiere salvar el mundo contando historias?

-Claro que no; aquí se forma a mucha gente que quiere salvar el mundo de muchas maneras. Vienen aquí, por ejemplo, sacerdotes deseosos de darles a sus manos un aspecto más volátil, para dibujar mejor las bendiciones, nóveles políticos ansiosos de aprender cómo se debe empuñar la mano, y hasta dónde se debe alzar el brazo para despertar el entusiasmo de las masas, mujeres decididas a participar en eventos de belleza o empeñadas en lograr una conquista, porque aquí también se enseña a mover el cuerpo de manera insinuante, aprendices de adivinos interesados en el tema de los gestos visuales para impactar a su clientela desde el primer momento; bueno, la lista es interminable, y además en ella debemos incluir a quienes bajo el pretexto de aprender algo para ayudar al mundo ingresan en el Centro y toman clases, por ejemplo, sobre el manejo de la mano, para convertirse luego en temibles carteristas.

-¡Vaya, vaya! – exclamó de nuevo Kilovatio, sonriendo y mirando al emisario, pensando que éste le estaba haciendo una broma.

-Es absolutamente cierto cuanto te he dicho – afirmó el emisario, porfiando con la sonrisa de Kilovatio que no parecía ceder. Tú no sabes ni la mitad de cuanto ocurre en este Centro.

- Y, ¿llegaré a saberlo?

-Depende.

-¿De qué?

-De que des muestras de entrega total al Centro. Por eso quieren probarte, porque estás en el limbo, es decir, entre el Centro y la calle. Ahora tú decidirás cuál de estos lugares escoges.

-¡Vaya, vaya! – volvió a exclamar Kilovatio.

-El Centro tiene derecho de cuidar sus intereses –dijo el emisario. Algunos alumnos han traicionado su confianza, hablando mal del director, catalogando su forma de pensar de difusa, y sus escritos de enrevesados.

Kilovatio mostró cara de preocupado.

El emisario se quedó mirándolo y le preguntó:

-¿Qué te ocurre?

-Tengo miedo.

-¿De qué?

-De caer en tentaciones.

-¡Ah!, te da miedo la calle.

-No puedo negarlo.

-Hace un momento me asegurabas que ya habías demostrado incondicionalidad al Centro. ¿Qué pasó con tu seguridad?

-Tiene razón – concedió Kilovatio – usamos poco la cabeza.

-¡Te lo dije!: todos juran amor eterno después de salir de la prueba global.

-Tal parece.

-Y el deseo del Centro (bueno, de todos en el Centro, a excepción del director) es enviar a la calle, por un tiempo a los alumnos avanzados, después de la prueba global, a confrontar su vocación y a probar su voluntad con el despertar de viejas alianzas y emociones. ¿Será fácil para ti?

-No lo se.

Kilovatio se quedó pensativo y entretanto el emisario sacó de un sobre dos cuartillas dobladas por la mitad y se las entregó diciéndole:

-Estos son los mandamientos del Centro, que deberás guardar con celo durante la licencia. Se fuerte si quieres volver a entrar por la puerta ancha.

-¿y es que hay una puerta pequeña? –preguntó Kilovatio.

-En este mundo siempre habrá pequeñas puertas a través de las cuales podremos entrar a hurtadillas en algo –sentenció el emisario, y se marchó.

En el camino a su cuarto, adonde se dirigía a preparar un ligero equipaje, porque deseaba una ausencia breve, Kilovatio se cruzó con un revisor de voluntad, un funcionario cuya misión consistía en calificar la capacidad de control volitivo de quien iba a ser puesto a prueba a través de una licencia, para tasar las posibilidades de regreso del mismo, al Centro,

-Aún no puedes partir – le dijo – debemos hacer una última prueba para determinar si tienes fortaleza de espíritu, y establecer si eres capaz de mantener la calma cuando sientas la proximidad de una situación que ponga en riesgo tu perseverancia, tu voluntad, y tu disposición para volver al Centro.

-Me agrada escuchar eso, porque me gustaría descubrir si tengo temores – le respondió Kilovatio.

-El temor es parte de la existencia humana – afirmó el revisor de voluntad con aire de suficiencia, como si hubiese inventando la frase. No te alarmes. Todos tenemos temores; inclusive el Centro teme el abandono de sus alumnos después de una licencia.

-¿No es el director quien lo teme? – preguntó Kilovatio con la intención de llevar la conversación a un asunto sobre el cual sentía mucha curiosidad.

-Sí, el director es quien realmente alberga los temores.

-Y, ¿por qué implican al Centro cuando hablan de algo que sólo compete al director?

-Puede resultar desagradable decirlo, pero director y Centro son una misma cosa.

-¡Vaya, vaya! – repitió Kilovatio esta palabra, aprendida en el Centro, porque encontraba algo cautivante en ella. Le parecía una expresión de gente culta, muy distinta a las de grueso calibre que siempre utilizó para demostrar su admiración por algo o por alguien, cuando aún vivía en su pueblo.

-Bueno, pero hablemos de nuestro asunto, porque perdemos tiempo y además nos desviamos del objetivo – pidió el revisor de voluntad, para no ahondar en detalles que pudieran desviar el objetivo de la entrevista.

-Y, ¿en qué consiste esa prueba? – preguntó Kilovatio, aceptando la terminación repentina del diálogo.

-¿Has oído hablar del eneagrama?

-¡Jamás!

-El Eneagrama opera sobre las nueve líneas básicas de toda estructura sicológica. Es algo así como nueve “tipos básicos” de personalidades o “eneatipos”, incluidas sus luces y sus sombras. La práctica del eneagrama conduce al autodescubrimiento de las fortalezas espirituales del individuo.

-¡Ajá!

-Las fortalezas espirituales de un individuo son diferentes a las de otro, como resulta lógico afirmar, porque cada ser humano es un mundo: pero existen nueve tipos de fortalezas básicas, consideradas aptas para sortear con éxito las tentaciones del mundo exterior al Centro.

-¡Uf! –exclamó Kilovatio, como si regresara sin éxito de un estado de raciocinio. Después, se preguntó: ¿Cómo harán para inventar tantas palabras?

-Por la cara que pones me da la impresión de que subestimas mis palabras.

-No, no es eso – se excusó. Me ha tomado por sorpresa. De repente he sentido el temor de no retener todo en la memoria.

El revisor de voluntad guardó silencio. Kilovatio continuó:

-Cada día me agobia el temor de olvidar alguna regla fundamental.

-Ese es un temor bueno, porque denota responsabilidad moral de tu parte hacia el Centro – dijo el revisor.

-Usted entenderá que todas estas las palabras son nuevas para mí.

-Lo entiendo.

-Y comprenderá también que lo nuevo toma tiempo en ajustarse.

-Así es. Pero no debes olvidar que todo es cuestión de práctica.

-¿Cómo así?

-Cuando empieces los ejercicios para fortalecer la memoria te darás cuenta de cómo, a través de la repetición sistemática, volverás mecánico todo cuanto aprendas para nunca olvidarlo.

-¿Mecánico es como automático, o autómata?

El revisor de voluntad miró a Kilovatio con curiosidad, y le preguntó:

-¿Qué sabes de automático o de autómata?

Kilovatio le refirió parte de una discusión entre estudiantes de filosofía, de la que había sido testigo y durante la cual uno de ellos trataba de demostrarle al otro que el desarrollo de la humanidad es automático y que el impulso es la fuerza motriz de dicho desarrollo, y el revisor de voluntad, después de cavilar, dijo:

-Estas son verdades que nadie quiere aceptar; pero, es cierto, el mundo es un mecanismo en el que cada vez gobierna más el impulso. Pero… ¿Caray!, tú eres un mago para desviar la atención de la gente. Me has vuelto a sacar del objetivo. ¡Vamos!, volvamos a nuestro asunto.

-Estoy listo – dijo Kilovatio batiendo el sobre que llevaba en su mano derecha, en cuyo interior se hallaban alguna recomendaciones para leer antes de partir.

-Pero, ¿no está adentro de este sobre todo cuanto debo tener en cuenta mientras esté por fuera del Centro? –preguntó.

-Adentro de ese sobre están los mandamientos del Centro… y, no se la razón por la cual no te fueron enseñados antes, cuando hacías los ejercicios de la mano.

-¿Cómo es eso?

-Se estila que, mientras haces un ejercicio físico te hacen repetir o cantar consignas para que vayan penetrando sin esfuerzo en tu cabeza.

-Nunca me hicieron hacer eso.

-¡Mala cosa! –sentenció el revisor de voluntad. Durante mucho tiempo habrá sobre ti un rescoldo de duda. Ha sido un error, porque lo primero en toda institución

debe ser el fomento de su doctrina, para garantizar su perpetuidad. Pero, bueno, ya enmendaremos el error. Entretanto debes ser muy cuidadoso con tus opiniones porque pueden ser mal interpretadas – le recomendó el revisor de voluntad.

-¿Tiene el Centro una doctrina? – preguntó Kilovatio.

-¡Claro que la tiene! Toda Institución respetable y respetada posee una doctrina.

-Y, ¿cómo es la de aquí?

-Ya lo sabrás, cuando leas el contenido del sobre. Pero, volvamos a nuestro asunto. Ven.

Entraron en un cuarto identificado sobre su puerta de color blanco con el letrero: Revisoría de Voluntad, en donde había dos jóvenes mujeres vestidas de negro. Esto parece un tanatorio – pensó Kilovatio, al primer golpe de vista, pero una vez observó detenidamente a las mujeres se dio cuenta de que hacían movimientos insinuantes. Recordó la conversación que había sostenido con el emisario acerca de la variedad de cursos que ofrecía el Centro, y supuso que aquellas mujeres estaban tomando alguno de ellos.

. ¿Estudian movimientos de insinuación? – le preguntó al revisor y éste le pidió guardar silencio usando el antiguo gesto de poner el índice derecho sobre los labios. Después, con voz suave, le dijo:

-Párate en el centro.

Kilovatio quedó debajo de una lámpara que derramaba una luz intensa sobre su cabeza y se esparcía después en sombras a los lados. ¿Qué es esto? – se preguntó, entre confundido y curioso.

-La sombra nos permite conocer la proyección de nuestras pasiones y fijaciones – explicó el revisor como si hubiese adivinado la pregunta de Kilovatio.

-¿Puede explicarse un poco?

-Cada persona posee una fuerza transpersonal.

-¿y?

-La acción de ésta determina el volumen de la sombra.

-Aún no consigo comprender.

El revisor se sintió desconcertado por la falta de entendimiento de Kilovatio, pero su obligación era hacerle comprender el meollo del examen. Es como la llama de una vela – empezó a explicar – en relación con la fuerza del viento.

-Sigo sin entender.

-Hombre, hagamos de cuenta que el viento es tu pasión, o tu fijación.

-¿Sí?

-Si puedes controlar tus pasiones y fijaciones, unas y otras se expresarán como una brisa y acaso moverán la llama, y la sombra será débil; pero si son extremas, surgirán de tu interior como un huracán, y la llama se expandirá, quizás hasta extinguirse, y entretanto la sombra oscilará indefinidamente.

-Pero aquí no tenemos una vela para hacer el experimento- reclamó Kilovatio.

-Es un ejemplo, hombre. La luz que se derrama sobre tu cuerpo proyectará una sombra estable mientas tu interior sea armónico; pero a la menor alteración esta empezará a expandirse y a contraerse, según sea la fluctuación de tus emociones.

Kilovatio se sintió intimidado. Hizo un esfuerzo para cerrar todas las entradas de su cuerpo, a través de las cuales pudiesen ingresar estímulos y consiguió aislarse de los provocadores movimientos que ejecutaron las chicas hasta terminar desnudas.

El revisor de voluntad quedó asombrado, porque nunca nadie había conseguido mantenerse imperturbable durante dicha prueba.

12

Por fin Kilovatio pudo concentrarse en la preparación de su equipaje, ahora un poco abultado, porque le habían surgido dudas acerca del tiempo que permanecería afuera, pues los procedimientos aplicados sobre él para definir su salida del Centro habían comenzado a controvertir su lógica, porque no comprendía la razón de ser de muchos de ellos. Una vez comprobó lo introducido dentro de la maleta se sentó en una silla mecedora, abrió el sobre y extrajo de él diez cuartillas en donde estaban escritos los diez mandamientos del Centro con sus correspondientes explicaciones.

Kilovatio no tenía deseos de leer en ese momento, o para decirlo mejor, se sentía timado por los procedimientos a que lo habían sometido para autorizar su salida definitiva, y estaba desestimulado; pero como presentía que a la puerta principal del Centro se encontraría con alguien haciéndole preguntas sobre los mandamientos, decidió enterarse del contenido para construir respuestas por anticipado.

No cometeré el abuso de transcribir las diez cuartillas, porque cada día son menos las personas dispuestas a leer, y el número de estás disminuye considerablemente cuando el escrito es sobre preceptiva, y por eso voy a hacer un esfuerzo de síntesis para darle al lector la mayor claridad posible sobre el contenido del sobre. Pero como reconozco la existencia de personas adictas a la profundización del conocimiento, y como se también de su costumbre de hacer comparaciones entre unas cosas y otras, a éstas les digo que pueden contar conmigo para obtener copia del material completo, si lo desean.

Amar al Centro por encima de los demás lugares adonde se forman contadores de historias, es el primer mandamiento, justificado con el argumento de que esa es la casa de El Maestro. La parte explicativa de este mandamiento termina afirmando: Quien se resista a reconocer la existencia de un ser supremo sufrirá para siempre el desasosiego de la duda.

No mencionar en vano el nombre del director, y cuando sea necesario hacerlo, honrar a éste refiriéndose del mismo como “El Maestro”, es el segundo mandamiento, explicado, en resumen, así: No debe mancillarse el nombre del director mencionándolo ante personas cuyo entendimiento en materia del arte de

contar historias sea escaso, y menos en ambientes donde se encuentren personas proclives al rumor y a la maledicencia, porque se convierte en una oportunidad para éstas de proferir opiniones perversas en su contra.

Recordar la existencia del Centro, y hablar de su importancia aprovechando todas las oportunidades, es el tercer mandamiento, cuya explicación, en síntesis, es la siguiente: El prestigio de la institución es el prestigio del egresado y por eso este último debe medir muy bien sus palabras cuando vaya a hablar del Centro, procurando imponer la idea de que éste es el mejor lugar para la formación de contadores de historias. El alumno del Centro debe estar presto a controvertir todo cuanto sea dicho en contra del mismo, y si es del caso, a atacar a otras instituciones, porque esta es una tradicional, idónea y aceptada forma de defenderse.

No matar las ideas fomentadas por el Centro, es el cuarto mandamiento, cuya explicación es como sigue: Aunque tengas dudas acerca de la veracidad de las ideas aprendidas en el Centro, acógelas, porque es un símbolo de fe, que engrandece la unión entre tú y el Centro. Debes recordar que fe es creer en lo que no vemos porque el Centro nos lo ha revelado.

No contar historias contadas por otros egresados, sin previa autorización del Centro, es el quinto mandamiento, sobre cuya observancia se comenta: Existen contadores de historias que cabalgan sobre una misma historia y con la cual han construido su prestigio. El Centro necesita la permanencia de éstos, porque son lo que promueven su fama institucional y por eso es indispensable protegerlos.

No controvertir las historias de otros egresados del Centro y mejor emplear esa energía para desprestigiar a los diplomados de otras instituciones de formación de contadores de historias, es el sexto mandamiento, cuya explicación reconoce el derecho de un contador de historias de disentir de la forma de contar de los egresados de otras instituciones, y de expresarlo con el noble fin de defender la institución que lo formó.

No hacer demostraciones innecesarias de locuacidad, a las que son muy propensos quienes creen que contar historias y hablar sin cesar son una misma

cosa, ordena el séptimo mandamiento, explicando: El silencio es más elocuente que la palabra, y quien lo practica con cálculo adquiere una aureola de enigma que lo convierte en un deseo social de emulación. El contador de historias debe convertirse en un deseo social.

No desear las historias de los demás, es el octavo mandamiento, complemento del quinto. Sobre éste hago el siguiente resumen de la explicación: El problema no es desear las historias ajenas, sino volver visible el deseo. Si el contador de historias no cumple este mandamiento, podrá enmendar su falta haciendo versiones de las historias deseadas, hasta cuando pueda contarlas sintiéndolas como propias. Pero, si es sorprendido alterando las historias deseadas, el contador de historias debe usar el método de la reiteración, es decir, repetir que esa historia es suya, hasta generar una duda incontrovertible. En todo caso, el contador de historias debe terminar convencido, también, de que esa historia es suya, pues, de lo contrario, la indecisión lo delatará cuando la esté contando.

El noveno mandamiento ordena actuar con finas maneras y dar la razón a tiempo a quien con cuyos argumentos pueda evidenciar las deficiencias de tu formación, y demostrar que de contador de historias sólo tienes el nombre. Este mandamiento tiene como objetivo enseñarle al novicio la necesidad de captar a tiempo cuándo debe cesar la reiteración, y alejarse oportunamente de las personas difíciles de convencer, para no exponerse.

Tener plena conciencia de la conciencia plena que debe observar quien cuenta, frente al acto de contar, cuya conciencia plena debe estar garantizada por un plan trazado a conciencia, es el décimo mandamiento del Centro. Este, considerado en el mismo análisis explicativo como el más difícil de guardar, debido a la excesiva exigencia de conciencia y a cierta dificultad para su interpretación, está catalogado por el Centro como el mandamiento cuya plena observancia es potestad de contadores de historias de calidad suprema.

-¿Podré cumplir con estos mandamientos? – se preguntó Kilovatio, agotado por las varias lecturas que debió hacer al último, hasta comprender a medias su objetivo, porque seguía convencido de que a la puerta principal del Centro habría

alguien esperándolo para hacerle el examen final, cuyo tema, sin lugar a dudas sería su estado de conciencia actual.

Al momento de entregarle a un guarda de seguridad su maleta para la revisión de rigor, su rostro fue golpeado por la mirada de un hombre vestido de riguroso negro, a quien el portero presentó como revisor de preceptos. El intercambio de miradas entre Kilovatio y él fue un símbolo de mutua simpatía. El hombre sonrió, mientras le hacía la pregunta:

-¿Cómo vamos de conciencia?

-¡Plena, muy plena! –exclamó Kilovatio, haciendo esfuerzos por parecer natural, mientras el hombre ampliaba la sonrisa al momento de entregarle un sobre y de hacerle un gesto indicativo de que no fuese a preguntar por su contenido.

Kilovatio tomó su equipaje y antes de traspasar la puerta principal sacó un pañuelo para capturar algunas lágrimas que se le habían escapado mientras daba una última mirada al interior del Centro. Entretanto, desde su oficina, escondido detrás de los visillos de una pequeña ventana, el director espiaba su partida. Cuando vio a Kilovatio enjugar sus lágrimas, se dijo:

-¡Mal presagio!; quien llora, olvida pronto.

13

Kilovatio había dejado huella en el Centro. Muchos admiraban su forma natural de contar, y lo catalogaban como un caso excepcional en la vida de la institución. Esta afirmación incomodaba al director, quien siempre fruncía el ceño cuando la escuchaba. Desde hacía tiempo pujaba para no malograr la elocuencia de su silencio, pues se sentía cada día menos capaz de mantener la prudencia, porque los comentarios a favor de Kilovatio habían debilitado su férrea voluntad, y disminuido el respeto y las reverencias hacia él.

Cuando vio la muestra de mutua complacencia entre el revisor de preceptos y Kilovatio, hecho que calificó como el comienzo de la pérdida de investidura del Centro como el mejor lugar para formar contadores de historias, se encendieron las alarmas de su autoridad.

-Los gestos de complacencia, de afecto y de amabilidad no deben ser cualidades de un revisor de preceptos –dijo para sí.

Cuando se cerró la puerta principal y desapareció por completo Kilovatio, al director se le aposentó en la cabeza la idea de peligro, y mientras la digería se dirigió al teléfono, marcó tres dígitos de una extensión y le ordenó a la voz femenina que respondió al otro lado:

-Dígale a Trevi que necesito hablar con él, de inmediato.

Trevi no atendió tan pronto como acostumbraba hacerlo cuando recibía una llamada de la dirección, y esto descompuso al director, quien empujado por las contrariedades del día, lo recriminó:

-¡Qué!, ¿jugando al desacato?

Trevi recordó el sobre con el cual el director lo estuvo intimidando, cuando se celebró el cónclave para hablar acerca de Kilovatio, y, por las dudas, utilizó un tono conciliador:

-Excusa, maestro, esta tardanza sucedió contra mi voluntad.

Trevi jamás le había dicho a Rodolfo Sueva, maestro, pues siempre se habían llamado por sus propios nombres, y por eso éste tomó el saludo como una ironía:

-Te burlas de mí, ¿eh?

-¡Nada de eso, Rodolfo – dijo Trevi, con prontitud. Creo que aquí debería infundirse la idea de que todos te llamen de esa manera, inclusive los más cercanos, cuando estemos frente a extraños, para mantener claras las jerarquías.

-Justamente para hablar sobre algo parecido te he llamado – dijo el director. Como bien sabes, hace un momento salió de licencia el famoso Kilovatio (hizo un mohín de desprecio), y no sabes lo que he visto.

-¿Qué has visto?

-Nada más que al señor Merlo intercambiando con él una mirada cómplice. Hizo énfasis en la expresión “señor”, mientras enarcaba las cejas, levantaba los brazos y movía las manos como si las fuera a echar a volar.

-¿Ricardo Merlo?; ¿te refieres al revisor de preceptos?

-Sí, a ése.

-Y, ¿qué te inquieta?

-Hombre, que un revisor de preceptos no debe excederse en confianza con quien está siendo objeto de su examen.

-¿Crees que es tan perjudicial?

-¡Pues claro, hombre! No sabes acaso que tal actitud le resta prestigio al Centro, entre sus alumnos.

Trevi, conocedor como ninguno de la afición de Sueva por el rumor y la maledicencia vio una oportunidad de banalizar la conversación, mientras captaba la razón por la cual había sido llamado por éste, porque eso le daría ventajas y se protegería de uno de los consabidos operativos de Sueva, quien tanto estimaba sorprender a los demás con discursos que no venían al caso, sólo para averiguar

qué tenía el interpelado en la cabeza al momento de hacerle una pregunta. Entonces, lanzó el anzuelo:

-¿Será que hay algo secreto entre ellos?

-¿Sabes?, he pensado que sí, porque de otra manera no se explica que exista tal condescendencia entre personas que supuestamente se encuentran por vez primera.

-Eso es cierto; jamás he visto a Kilovatio con Merlo- afirmó Trevi, para alimentar el morbo del director.

-Pero es que aquí se vienen presentando situaciones irregulares desde que ingresó este hombre – aseguró Sueva.

-¿Quién?...¿Merlo?

-No, hombre, ese tal Kilovatio.

-Tú terminaste aceptándolo.

-¡Claro!, por la insistencia de quienes lo descubrieron.

-Pero la decisión final fue tuya –dijo Trevi. Nunca se ha hecho nada dentro del Centro contrario a tus des….

-¡Anda, dilo, no te detengas! – se atravesó el director.

-Bueno, tú terminaste aceptándolo – repitió Trevi, con humildad, para desactivar el tono de controversia que quería darle Sueva a la conversación.

-¿Sí, claro! –respondió Sueva, molesto por la provocadora actitud de Trevi. Me pareció una buena inversión para el Centro, porque desde que lo vi supe que no era mucho cuanto había que hacer para formarlo, porque posee el ingrediente principal, como es el manejo de la palabra.

-Jamás te había oído hablar así, Rodolfo.

-¿Cómo?

- ¿Me equivoco si digo que dijiste que el ingrediente principal de un contador de historias es la palabra.

-No, no te equivocas, porque siempre lo he creído así.

-Y, ¿por qué insistes tanto en hablar de la tarea del Centro como la fundamental.

-Tú pareces tonto, ¿no? ¿No sabes acaso que esto es un negocio?

-Claro – dijo Trevi.

-Me temo que con ése hemos perdido tiempo y dinero - aseguró el director.

-¿No crees en él?

-No creo en su regreso- dijo el director. Lo vi enjugar algunas lágrimas cuando miró por última vez hacia el interior del Centro.

-Y, ¿eso qué tiene que ver con el regreso?

-Quien llora en las despedidas olvida pronto, Alejandro.

La mención de su nombre por parte del director le indicó a Trevi que el ambiente se estaba descongestionando, y sin embargo se atrevió a controvertirlo para averiguar cuánto.

-¡Bah!, no creo ese argumento. Ese hombre ha tenido en esta casa comodidades que nunca había disfrutado en su vida, y la comodidad produce apego.

-Puede conseguir un sustituto de la misma en otra parte.

-¿Cómo?

-No te olvides que es un contador de historias.

-Pero le falta aún formación.

-¿Cuál?

-No se hizo con él una sola sesión del tronco.

-Te sigues comportando como un tonto –dijo el director. ¿Acaso crees todo cuanto decimos aquí? ¿Crees que todo cuanto hacemos y decimos es verdad, o sirve para algo?

-¡Humm!

-¿Lo crees, de verdad?

-Pues…

-¡Pues nada, hombre!; la naturaleza fabrica a cada quien con un distintivo, y el del contador de historias es su propensión a la palabra.

-Insisto en que jamás te había oído hablar de esa manera – le dijo Trevi, en tono confidente.

-Porque no se había presentado la ocasión, hombre.

Trevi hubiera querido decirle que con él nunca había existido una ocasión de diálogo, porque impedía controvertir cualquiera de sus opiniones, pero tenía en el filo del pensamiento el contenido del sobre y prefirió seguir manejando la situación con suavidad y por eso dijo:

-Se me hace que has cambiado de opinión, y que tal cosa está ocurriendo por la influencia que ha ejercido Kilovatio en todos nosotros.

-No, estás equivocado; siempre he pensado de esta manera –respondió, contrariado por la comparación.

-¡Ah, sí!

-Solo que para poder sobrevivir debemos inventarnos un discurso, y hacerlo creíble.

Trevi pensó que debía apurar el momento de tocar el asunto del sobre, porque la conversación se estaba diluyendo, y se lanzó de bruces al tema:

-El día que convocaste el cónclave para hablar de Kilovatio mantuviste siempre en la mano derecha un sobre; ¿tiene éste algo que ver con el llamado que me has hecho?

Sueva se sorprendió. Había olvidado el sobre, y nunca se preocupó de armar una respuesta. Sintió rabia, porque Trevi le estaba haciendo una pregunta, cuya respuesta no podía eludir, y porque de esa manera le desviaba el sentido a su conversación. Para ganar tiempo intentó trasmitirle a Trevi parte de su rabia, preguntándole, con intención:

-Contigo, ¿quieres decir?

-No, con Kilovatio – respondió Trevi escondiendo su asombro con un giro de cabeza.

-¿Tú qué crees?

-No se me ocurre nada. Tú me llamaste, ¿no? – dijo Trevi, fastidiado por el tono inquisidor del director, levantando la voz.

-Pero en cambio sí tienes mucho para contarme – afirmó Sueva con cierto aire de ironía.

-¿Dudas de mí? –preguntó Trevi. Por la forma en que me hablas me da esa impresión.

-¿Tú qué crees?

Trevi enrojeció. Levantarse de la silla, correr y llegar al cuello del director fue un solo movimiento.

-¡Te está consumiendo la envidia! – le gritó. Después, dándole un manotón lo hizo a un lado y abrió la gaveta central del escritorio frente al cual estaba sentado éste y sacó el sobre.

-Ya veremos qué embustes guardas aquí – dijo, rompiendo la parte superior de éste.

El director estaba lívido. Jamás había hecho tránsito por su cabeza la idea de que alguien del Centro llegara a agredirlo, porque se consideraba un experto en mantener a quienes lo rodeaban dentro de un clima de reverencia y respeto, incluidos sus iguales.

-¡Eres un embaucador de mierda – le gritó Trevi, mostrándole el interior vacío del sobre. Aquí no hay nada. Intimidas a la gente con mentiras. ¡Claro, eres un comerciante!

Le arrojó el sobre a la cara y salió dando un portazo.

14

La disensión se había puesto por fin en evidencia, y aunque llevaba mucho tiempo fraguándose, el director estuvo ignorante de su evolución, porque vivía convencido de que todo permanecería en perfecto orden, por obra y gracia de su deseo, porque su deseo era ley en el Centro.

Los primeros signos de ésta se produjeron cuando fue descubierto Kilovatio, quien se convirtió en una especie de hallazgo del eslabón perdido de lo que entonces se denominaba con mucha ampulosidad cultura popular, a cuyo rescate se habían dedicado aspirantes a convertirse en intelectuales, resueltos a iniciar las más audaces transformaciones sociales, que andaban por toda la geografía olvidada del país, desafiando obstáculos cuya condición urbana les impedía imaginar, portando grabadoras, cámaras fotográficas y de video, buscando a quienes por analogía denominaban cuenteros populares, para instruirlos en estrategias diseñadas por instituciones de formación de contadores de historias, que empezaban a proliferar, y por algunas universidades dispuestas a ampliar su oferta educativa, con el pretexto de salvaguardar la identidad cultural.

El director, aturdido aún por el portazo dado por Trevi al despedirse, recordó con amargura la tarde que los alborotados estudiantes del primer curso del Centro llegaron con Kilovatio, asegurando:

-Traemos algo que le va a cambiar la vida al Centro.

Sueva, quien tenía por costumbre evaluar a quienes solicitaban su ingreso en el Centro, desde su oficina, a puerta cerrada, observando a través de una mirilla, para evitar que el aspirante adivinara de entrada los rígidos controles de la institución, recorrió el cuerpo de Kilovatio con una mirada rápida, pues se enteró de inmediato que ese hombre era una buena adquisición, y al mismo tiempo tuvo el presentimiento de que iba a cambiar la vida del Centro y la suya.

Cuando Kilovatio dio su primer paso dentro del Centro, Sueva advirtió una cierta alteración en el clima interno de convivencia, pero le restó importancia porque no era la primera vez que en el Centro había revuelo con la llegada de un novicio cuyas características provocaban curiosidad. Tenía muy claro que los contadores de

historias son proclives a averiguar cómo cuentan los demás, son adictos a las comparaciones y calman la curiosidad por los demás muy pronto, porque finalmente cada uno de ellos termina creyéndose único en su género. Convencido entonces de la temporalidad de las reacciones generadas por el ingreso de Kilovatio, hizo caso omiso de algunas modificaciones ocurridas dentro del Centro a partir de ese momento, como la disminución de reportes de evaluación por parte de los instructores, y de la rendición de informes confidenciales de personas que justificaban su permanecía en el Centro realizando tareas poco relevantes, porque su misión era detectar los sucesos menudos escapados al control de la gran vigilancia, como saber quién hablaba mal del director, entre quienes existían relaciones peligrosas para la estabilidad institucional, con qué personas del exterior hablaban unos y otros, cuáles eran los temas tratados por los empleados cuando se reunían en los momentos de asueto, cuáles eran las aspiraciones de uno y otro, con quién concertaban citas clandestinas, etc.

Ninguno de estos cambios había alcanzado a perturbar la vida del director porque él se consideraba más allá del bien y del mal, y desestimaba los obstáculos que los demás pudieran poner a su vida, y fue justo por ese exceso de confianza que no prestó atención a las recomendaciones de Obdulio Guzmán, un hombre encargado del servicio de limpieza de la institución, y quien daba disimuladas miradas, y en ocasiones lograba hacer detenidas lecturas a los documentos que movía de un lugar a otro sobre los escritorios cuyo polvo limpiaba a diario, cuando le dijo: -Maestro, hay desorden en casa. Así supo Sueva que entre Merlo y Kilovatio se inició una relación afectuosa cuando se vieron por vez primera, que Trevi se colaba en la habitación de Kilovatio para escuchar sus historias, y que le propuso abrir un Centro de formación de contadores de historias en donde ésta no fuese tan exigente y le concedieran al alumno la posibilidad de despertar sus facultades y no de condicionarlas, que quien formaba en el movimiento de las manos había mentido cuando dio el visto bueno al final del curso, y que en una reunión secreta, en la cual habían participado Merlo y Trevi, habían acordado iniciar un proceso en contravía de lo dispuesto por el director, porque dudaban seriamente de que tanta mentira tuviese sostenibilidad en el tiempo, que el encargado de hacer el examen con el Himawari había manipulado el software para permitirle a Kilovatio pasar la prueba, porque de

lo contrario su estado de ánimo no se lo hubiese permitido, y que los falsos resultados de dicha prueba fueron bastante difundidas como una estrategia para poner en tela de juicio las jerarquías dentro del Centro.

Todas estas cosas se las contó Guzmán al director cuando después del portazo de Trevi éste lo llamó, porque recordó que alguna vez le había hecho mención del desorden en casa.

-¿Qué ha fallado? – se preguntó Sueva mientras Guzmán le contaba sus confidencias, y como si lo hubiese escuchado, le dijo:

-Maestro, son demasiadas sorpresas al tiempo. ¿No es así?

El director se sentía cercado y tenía una urgencia visceral de compartir opiniones con alguien, y por eso, siguiendo la inercia de sus anhelos respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza. Entonces, Guzmán entusiasmado con su nuevo papel de confidente del director, agarró una silla, se sentó y continuó su discurso:

-A decir verdad, mi querido amigo… y se detuvo porque el director lo miró con reproche, y lo apuró:

-Diga pronto lo que va a decir, señor Guzmán – le dijo, recalcando con ironía el señor -, porque estoy agotado. El director había reaccionado y después de un apresurado estudio de la situación consideró que debía restablecer la jerarquía.

-Sólo quería decirle que desde que llegó ese hombre al que llaman Kilovatio la vida en el Centro ha cambiado.

-¿Y? – preguntó el director, manifestando con un gesto del rostro su molestia.

-Lo sabe todo el mundo…menos usted, - dijo Guzmán, con altivez para demostrarle al maestro que no había sentido los dardos de reproche e ironía.

El director se quedó en silencio.

Guzmán analizó la situación y se dio cuenta de que el viento estaba a su favor. Se levantó de la silla y amagó marcharse, pero el director lo detuvo:

-Guzmán; usted sabe algo más. ¿No es así?

Guzmán sintió placer, cuando escuchó la pregunta con acento de ruego. Miró fijo a los ojos del director y descubrió en ellos indicios de desconcierto, inseguridad, y soledad. Se sentó de nuevo, avanzó su cabeza por encima del escritorio, para acercar su rostro al del director, y en un tono de perversa confidencia, le dijo:

-No sólo se algo más, señor; perdón, maestro, sino más de lo que tú imaginas.

El salto rápido de señor al tú desorientó a Sueva, porque no atinó a definir si se trataba de un lapsus o de una demostración de soberbia de quien sabe algo que otro debe saber porque de eso depende su vida, pero soportó la presión de ese tú con calculado estoicismo, para hacerle creer a Guzmán que la igualdad entre los dos se iba a sellar en ese momento a través de la confidencia.

-¡Cuenta, cuenta! – rogó, desesperado, el director.

Guzmán, acercando aún más su cara hacia la del director y dándole al momento un aire de misterio le dijo, en voz muy baja:

-Ya vuelvo.

Se levantó, despacio, caminó en puntillas hasta la puerta, abrió la puerta con cuidado, para no hacer ruido y cuando salió hizo lo mismo al cerrar.

El director se quedó ardiendo de rabia contra sí mismo, porque empezó a hacer el cálculo de hasta dónde había descendido su jerarquía, y experimentó la desagradable sensación de estar despojado de autoridad.

15

Por la cabeza del director pasaron ideas pesimistas. Por jugar, intentó imaginar cómo sería su vida alejado de la dirección del Centro, pero el ejercicio de este pensamiento no tuvo al principio mucho éxito, porque Sueva no se explicaba la vida de manera distinta a como siempre la había llevado, y porque no estaba habituado a los pensamientos y reflexiones orientados a calificar su conducta, porque siempre daba por sentada su infalibilidad.

Sin embargo, mientras esperaba el regreso de Guzmán, la imagen tentada por el juego cobró forma y Sueva tuvo la necesidad de pensar en cómo actuar para evitar un mal desenlace.

Se sintió dentro de un cerco que empezaba a contraerse y pensó, esta vez en serio, en su estabilidad como director del Centro. Se lamentó de no haber detenido a Guzmán hasta el final de su relato. Miró hacia el teléfono, pensando en él, pero cuando estaba a punto de echarle mano al auricular canceló su intento, preguntándose:

-¿Si es conveniente que sea yo quien llame?

No obstante la mano terminó su descenso hacia el teléfono, porque en ese momento sonó el timbre, y Sueva, suponiendo que se trataba de Guzmán, quien tal vez llamaba para explicar su tardanza, tomó el auricular de un manotón y se lo llevó al oído.

-¿Aún estás ahí? – preguntó alguien al otro lado de la línea, y el director, respondió, ansioso:

-¡Sí, sí, sí!

-Bueno, pues sigue ahí –dijo la misma voz, que finalmente no reconoció, y luego se escuchó que colgaban.

-Alguien viene – supuso Sueva, tomando el llamado como una solicitud de espera. ¿Quién será? – se preguntó, curioso.

Pero siguió pasando el tiempo y nadie apareció.

-No quieren que salga – pensó. Su deseo de saber qué sucedía afuera, creció.

Introdujo su mano derecha por debajo del escritorio, y accionó un botón con el cual se encendía el sistema de micrófonos ocultos, cuya red cubría todo el Centro, inclusive lugares tan privados como los aseos, pero solo se escuchó silencio. Entonces, empezó a rondar por el cuarto, para mirar a través de los visillos, que le ofrecían múltiples ángulos de observación, porque cuando la oficina había sido construida, él había ordenado hacerlos, para vigilar desde allí los movimientos de quienes permanecían en el Centro y de sus visitantes, pero tampoco vio a nadie.

Después de hacer sobresaltados análisis, perturbados por la ansiedad y la incertidumbre, calificó la ausencia de Guzmán como parte de un complot urdido en su contra. Quizás vino a entretenerme mientras otros hacían lo suyo en el Centro. Pensó. Se acercó al escritorio, tomó de nuevo el auricular del teléfono y marcó los tres dígitos de la extensión de su secretaria. A los cuatro timbres descolgaron, pero nadie respondió. Sueva comenzó a gritar: ¡aló, aló, aló!, y cuando estaba en los linderos de la histeria, colgaron.

-¡Sí, es un complot! –dijo, mientras corría la silla para sentarse. Abrió la gaveta central, sacó una hoja de papel, agarró un lapicero y escribió, a manera de título: Estrategia para afrontar la amenaza: Recorte de nómina, disolver la sociedad con Trevi y cambiar de actitud con los estudiantes, para tenerlos del lado de la dirección en situaciones como la presente.

El teléfono sonó de nuevo. En el fondo Sueva abrigaba la ilusión de que todo cuanto ocurría era consecuencia de una de esas ideas aprensivas que se instalaba en el cerebro cuando amanecía con dudas acerca de su existencia, y tomó aquella llamada como un restablecimiento de la normalidad. Soltó el lapicero y aventó su mano hacia el auricular, para agarrarlo, pero ésta tropezó con éste y lo hizo saltar y producir con el golpe sobre el escritorio un sonido fuerte y seco. Cuando lo recuperó, lo llevó a su oído, y en ese momento oyó a alguien decir:

-Parece que se está dando contra las paredes.

-¡Eh, hijos de p…! –quizás alcanzó a escuchar quien habló al otro lado, porque el …utas golpeó inútilmente al final de la línea, pues, habían colgado.

Sueva, quizás quiso haber quedado, como dicen en las novelas que quedan las personas cuando reciben grandes sorpresas, es decir, paralizado, para no salir de la oficina, en veloz carrera llevándose por delante todo cuanto hallaba a su paso, y arriesgando su integridad física, porque cuando llegó al pasillo que conducía al salón principal, donde había una grada, tropezó y comenzó a dar saltos de marioneta para evitar la caída.

Cuando se repuso del susto advirtió un inusual silencio. Recorrió el Centro, llamando a todas las puertas, sin obtener respuesta. A su paso por los pasillos se enteró de la ausencia de las estatuas que representaban los diferentes movimientos del tronco y de las manos de un contador de historias en acción.

-¡Malditos! – exclamó – me han abandonado, y se han llevado los símbolos.

-¡Ah miserable de Trevi!- protestó. Recordó una ocasión durante la cual él y Trevi habían especulado sobre una hipotética ruptura, y habían jugado a decir qué se llevaría cada uno y Trevi había tomado partido por las estatuas.

Pasó por la oficina de Trevi y la encontró abierta y vacía, y lo mismo sucedió con la de Merlo, en donde sólo habían dejado un portarretratos con una foto de Kilovatio contando historias en un escenario desconocido para el director.

-¡Esto viene de tiempo atrás! – se dijo con amargura, mientras observaba la fotografía, tratando de identificar el escenario.

Sueva no consiguió explicarse en ese momento cómo había ocurrido tanto sin ser enterado de manera oportuna, y sin haber sido detectado por los estrictos controles de vigilancia emplazados en el Centro, pues desde cuando se creó éste su mayor empeño consistió en el adecuado montaje de mecanismos de control y vigilancia, porque consideraba estas ayudas, fundamentales en cualquier organización, para mantener un adecuado control de las personas. Recordó que la red de micrófonos ocultos se había instalado a raíz del descubrimiento de un conato de conspiración, incoado por un nuevo alumno, a quien luego identificaron como un disociador, enviado por el director de otra institución de formación de contadores de

historias y leyendas, con el objeto de crear desilusión entre los alumnos del Centro, hablándoles de enormes dietas que, según él, les pagaban otras instituciones a los contadores de historias mientras permanecían estudiando. Por eso, bajo el más estricto secreto, había ordenado la instalación de micrófonos en las habitaciones de Trevi, de Merlo, y de algunos revisores de conciencia, cuando se enteró de que en éstas hacían reuniones clandestinas con la participación de alumnos del primer nivel.

Siguió recorriendo el Centro, preguntándose siempre lo mismo, y llegó a la conclusión de que los problemas habían empezado con la llegada de Kilovatio.

–¡Maldita sea!, no es la primera vez que nos mandan a un disociador. Recordó otros episodios, descubiertos por él, y se dijo:

-Siempre he sido hábil para percibir a tiempo el peligro. ¿Qué me pasó? ¿Acaso existe alguien superior a mí? ¡Ni pensarlo!; ésta debe ser una prueba del destino.

Cuando llegó al salón de reuniones encontró las sillas volcadas, menos la suya, porque habían puesto encima una pizarra en la cual dibujaron una caricatura suya, acompañada del siguiente texto: “aquí yace el rey de la farsa”.

En el ánimo de Sueva irrumpió el deseo de poner el mundo patas arriba. Lanzó ternos contra sus antiguos colabores de institución y luego contra todo lo relacionado con contadores de historias. Cuando salía del salón de sesiones preguntando a voz en cuello por “el miserable de Trevi, para ajustarle las cuentas” cuatro loqueros lo esperaban. Lo metieron en una camisa de fuerza y lo subieron en una ambulancia. Sueva supo después que alguien, cuya identidad omitió había llamado al siquiátrico a decir que el director del Centro de formación de contadores de historias está sufriendo uno de sus habituales estados de locura y está a punto de acabar con todo.

16

Kilovatio conocía muy bien al hombre que le entregó el sobre antes de salir, y a quien el portero presentó con mucha ceremonia, como el revisor de preceptos, porque fue con él con quien cruzó las primeras palabras cuando llegó al Centro, con quien tuvo la primera experiencia de empatía en dicho lugar, con quien se había entrevistado muchas veces, y con quien en algún momento compartió el sueño de armar nuevos proyectos para hacer del contador de historias un profesional sin parangón en la historia de las artes, y por eso, para no despertar suspicacias lo saludó, delante del portero, como si fuera la segunda que lo veía.

Cuando cerraron el gran portal del Centro detrás suyo no supo adónde ir, pero se le ocurrió que la respuesta a este interrogante estaba dentro del sobre. Avanzó dos cuadras, en busca de un bar adonde se reunían gentes de la escena, la música, la literatura, y demás intelectuales, y del cual había oído hablar mucho a Trevi y a Merlo, con la intención de sentarse a tomar un café mientras leía el contenido del sobre, y conocía su nuevo camino.

Cuando entró se sintió tocado por la mirada de quienes compartían en el interior y buscó un lugar apartado, desde donde pudiera ver sin ser visto. Esperó que vinieran a ofrecerle servicio, pero nadie llegó. Pasó por su mesa alguien cuyo aspecto le dio la impresión a Kilovatio de que se trataba de un camarero, y a quien llamó la atención para preguntarle si podía traerle un café, y el hombre, ofendido, volvió la mirada hacia el lugar donde había surgido la petición, y en tono altanero, protestó:

-Oye, ¿qué te crees? Pero casi al mismo tiempo, llamado por un recuerdo de asociación, levantó la mirada hasta la parte media de la pared que había detrás de Kilovatio, la llevó después al rostro de éste y con gesto de rectificación, dijo:

-¿Quieres, de verdad, un café? Pues yo no soy camarero, y aquí cada quien se sirve, pero será para mí un gran honor servirte.

-¿Qué ha sucedido? – se preguntó, Kilovatio, atolondrado, incapaz de comprender el cambio de actitud del hombre.

Las pocas experiencias vividas por Kilovatio fuera de su pueblo habían ocurrido en el Centro, y por eso sus conocimientos sobre el comportamiento de las personas se basaban en referencias escuchadas a sus instructores, para quienes los intelectuales son gente que cambia de parecer de un momento a otro, y trataba de explicarse esa forma de ser tan especial de los intelectuales, cuando llegó el hombre con el café, lo puso sobre la mesa, se sentó frente a él, y con gesto muy amable le dio la bienvenida:

-Bienvenido a Utopía.

Kilovatio se limitó a agradecer, porque no sabía qué más decir.

-Me gustaría oírte hablar de ti mismo – dijo el hombre.

-¿De mí?

-Sí, eso he dicho – respondió éste, con voz tan amable que parecía amanerada.

-Pues…

-¿Vamos, hombre, no seas tan modesto!

Ahora entendía menos. Miró a los ojos del hombre para averiguar sus intenciones, pero recordó que se hallaba en un bar de intelectuales, en donde la prolongación de una mirada podía tener múltiples interpretaciones, pues había aprendido en el Centro que uno de los juegos más practicados por los intelectuales es el de las interpretaciones, y por eso decidió bajarla.

El hombre interpretó esto como un gesto de humildad:

-Entiendo que no quieras hablar de ti, por modestia; pero, como dicen algunos, no está bien desaprovechar la oportunidad de hablar bien de nosotros mismos – recomendó.

Kilovatio había tomado atenta nota de la expresión “por modestia”, y en vez de preguntarle al hombre el significado de dicha palabra, jamás escuchada por él en el Centro, simplemente repitió, en tono vocativo:

-¡Ah!, ¿Modestia?

Y como el hombre era un intelectual, intuyó el deseo de Kilovatio de una aclaración, y salió pronto en su auxilio:

-Es no ser engreído. .

Kilovatio repitió la estrategia que usaba en el Centro cuando no sabía el significado de una palabra, y empezó a repetir:

-¡Engreido, engreído.

-Vanidoso - explicó el hombre.

-¡Ah!

-Eres modesto – dijo el hombre, para animar a Kilovatio a continuar el diálogo.

-¿De qué tengo que hacer alarde, si apenas soy un hombre en formación? – se preguntó Kilovatio, mirando, en silencio, al hombre.

Este se levantó, y dijo:

-Ya regreso.

Para Kilovatio hubiese sido mejor escuchar un adiós, porque no conseguía armar un tema con ese hombre que seguramente lo estaba confundiendo con alguien, y por eso esperaba no volverlo a ver. Tomó el primer sorbo de café, agarró la mochila en cuyo interior llevaba su equipaje, la puso sobre sus piernas, la abrió, introdujo su mano derecha y sacó el sobre que le había entregado Merlo antes de salir del Centro, lo puso a un lado de la mesa, ató nuevamente las cuerdas para cerrar la mochila, y luego la puso sobre un asiento de al lado. Tomó otro sorbo de café mientras sopesaba con la mano libre el sobre como si intentara definir la importancia del mismo de acuerdo con su peso. Puso el pocillo sobre la mesa e iba a abrir el sobre cuando reapareció el hombre, en compañía de otro:

-Quiere conocerte – dijo, señalando con el pulgar derecho a su acompañante – ha oído hablar mucho de ti

Ahora sí comprendía menos Kilovatio. ¿Será éste un lugar en donde se hacen burlas a la gente? – se preguntó, intimidado, pero cuando el hombre le tendió la mano para pedir estrechar la suya y vio en su rostro gestos de complaciente sumisión, sobre los cuales él conocía bastante, porque en el Centro se practicaban mucho, cambió de opinión.

-Pero, ¿qué tengo de especial para que la gente quiera conocerme? - se preguntó.

El recién llegado alabó el silencio de Kilovatio, y afirmó:

-En realidad, eres modesto. Miró a la parte media de la pared a la cual daba la espalda Kilovatio y luego al rostro de éste y con un gesto de seguridad plena, recalcó:

-Sí, en realidad eres un exceso de modestia. Hizo una ligera inclinación de tronco hacia adelante, y haciendo el saludo de quien se descubre la cabeza frente a un ser superior, recitó:

- Me quito el sombrero ante ti.

-¡Cómo! Esto sí le supo a burla a Kilovatio, porque ese hombre no llevaba sombrero. ¿Qué quería decir con eso? Mostrando disgusto se levantó, convencido de que lo que acababa de hacer el hombre era una burla y enfrentando a quien le había traído el café, preguntó

-¿No tienen más de quien burlarse?

-Estás equivocado – respondió éste. Nadie se está burlando de nadie.

-Este señor ha dicho que se quita el sombrero ante mí – alegó Kilovatio, enfadado, señalando con el índice derecho a quien lo había dicho. Este señor no lleva sombrero.

Los dos hombres se miraron, sorprendidos, evitando una sonrisa casi imposible de esconder. Luego, quien había llegado primero, le explicó:

-Hombre, Kilovatio, esa es una forma de decir de una persona cuando le quiere expresar su admiración a otra.

La mención de su nombre le despertó curiosidad, porque estaba seguro de no conocer a ninguno de los dos. ¿De qué me conocen? – se preguntó. Pero como era una pregunta cuya respuesta sólo podría obtener si la hacía en voz alta y dirigida a quien había mencionado su nombre, Kilovatio le preguntó:

-¿Me conoce, acaso?

-Hombre, ¿quién no te conoce? Te conoce medio mundo.

Su confusión aumentó. Ahora comprendía menos.

-¿Cómo medio mundo?, si salí de mi pueblo hace dos años y no he dejado en todo ese tiempo el…

-Centro – le cortó quien había pronunciado su nombre – donde te estuviste formando como contador de historias.

-Sí, sí, y ¿qué más? -preguntó, ansioso, para averiguar cuánto sabía ese hombre de él y porqué lo sabía, y a lo cual éste por toda respuesta señaló la parte media de la pared a la cual estaba dando la espalda Kilovatio.

Kilovatio siguió la dirección del dedo del hombre dando vuelta a su cabeza y luego miró hacia arriba, y cuál no fue su sorpresa cuando descubrió un cartel con su foto, en cuya parte inferior se leía un texto que decía: Kilovatio, la revelación del contador de historias.

Kilovatio no podía creerlo.

-No recuerdo haber estado contando en ningún lugar –dijo.

Bueno, pues ahí está la evidencia – dijo el hombre que le había traído el café. Eres muy conocido.

-Pero, ¿cómo saben ustedes que yo cuento historias?

-Porque nos lo han dicho.

-¿Quién?

-Alejandro Trevi y Ricardo Merlo.

-¿Los que trabajan en el Centro?

-Eso es.

-Pero, ustedes nunca me han visto contar, porque sencillamente yo aún no he contado para el público, porque “El Maestro” dice que aún no estoy preparado para hacerlo.

-¡Ah, “El Maestro”! – exclamó con sorna uno de ellos. Lo han sacado hace un momento del Centro cuatro loqueros – explicó.

-¡Cuatro loqueros! – dijo, Kilovatio, con acento vocativo. ¿Por qué? – preguntó un momento después

-Porque cuando se siente sin poder, enloquece –explicó uno de los hombres.

-Ya decía yo que este hombre no era normal – pensó Kilovatio, recordando la actitud enigmática del director.

-Y el Centro, ¿quién quedará al frente del Centro? Preguntó Kilovatio.

-El Centro se acaba – respondió el que había llegado después. Parece que Trevi y Merlo quieren montar otro.

Kilovatio empezó a comprender de dónde venía esa gran simpatía que Trevi y Merlo le habían expresado durante los últimos meses, y porqué habían adoptado con él cierto aire de intimidad hasta el punto de involucrarlo en la discusión de temas reservados a los alumnos avanzados como el futuro del contador de historias.

Kilovatio sospechó que su vida había dado saltos sin su consentimiento, y empezó a aceptar éstos y a no controvertir a quienes aseguraban haberlo visto contando historias.

17

Por la mesa de Kilovatio desfilaron los clientes del bar, cuando se enteraron de su presencia, porque era una costumbre de quienes regentaban este sitio hacer una especie de ceremonia para enaltecer a quien se quería honrar, armando una romería cuando llegaba al bar alguien con nombradía.

Kilovatio soportó una agobiante sesión de registro fotográfico, porque nadie quiso quedarse excluido de la perpetuación grafica de ese momento, y además de una extenuante jornada de preguntas acerca de su vida pasada, y sobre cómo había llegado a convertirse en el mejor, y en cuyas respuestas fue muy parco, valga decirlo, porque en ese momento no tenía claro cómo debía responder a preguntas de esta naturaleza una persona que había dado un salto tan largo, en tan corto tiempo, como él, creando entre sus aduladores la idea de que su modestia era ilimitada.

Kilovatio anduvo por el bar, satisfaciendo los deseos de todos de compartir con él su mesa. Cuando regresó a la suya se detuvo a mirar la fotografía y le pareció demasiado grande e irreal, pero se abstuvo de pensar en esa irrealidad, porque se atravesó una sensación de grandeza, de omnipotencia y de plenitud. En la foto, su cuerpo, enorme, parecía levitar. La pierna derecha, cuya rodilla estaba ligeramente doblada apuntaba al frente. La pierna izquierda, tensa, totalmente estirada hacia atrás terminaba con el pie en posición oblicua. El tronco, un poco arqueado, la cabeza levantada, la mirada hacia arriba, los brazos elevados y las manos abiertas como si fueran a recibir el cielo. Llevaba un traje de un color negro brillante, que no recordaba haber lucido nunca. Observó despacio el rostro de la fotografía, se dio cuenta de que el color de los ojos era distinto al de los suyos, pero no se contrarió por eso, porque notó en ellos mucha vida.

Kilovatio aprobó la fotografía, sin pensarlo mucho, aunque no recordaba haber estado en dicha posición, puesta en práctica por quienes ya habían hecho el curso completo sobre el manejo del tronco. También observó los cambios hechos en su cabello, ahora con unos rizos que le daban a su rostro un aspecto ingenuo. Los labios de la foto eran gruesos y brillantes, y ostentaban una sensualidad atrayente.

La foto representaba el prototipo del contador de historias con que lo habían hecho soñar en el Centro. La contempló largo rato hasta acordar con ella que ese era él.

Después de observar la foto no resistió la tentación de mirarse al espejo, porque comenzó a olvidar su aspecto real. Se coló en el baño de las mujeres, adonde esperaba hallar espejos más grandes que en el de los hombres, y encontró cerca de la entrada uno de cuerpo entero, frente al cual se paró y comenzó a ensayar poses hasta conseguir la de la foto.

-Ese soy yo – se dijo, admirando su nueva figura. Sólo le faltaba el traje negro, pero no tuvo ninguna dificultad para imaginarse embutido dentro de él.

En su atención se atravesaron las palabras de una mujer que caminaba en dirección a él. Kilovatio abandonó la postura, rápido, como deshaciendo una acción ridícula, pero la mujer lo tranquilizó:

-Lo haces muy bien.

-¿Me espías? – preguntó, mientras miraba el rostro de la mujer, también reflejado en el espejo.

-Sí.

-¿Por qué.

-No debemos quedarnos a hablar aquí –explicó ella.

-¿Por qué?

Agarró a Kilovatio de la mano izquierda y lo condujo hasta el fondo en donde se ocultó con él detrás de un muro, justo cuando la puerta principal se abría y entraban dos mujeres cuyos pasos terminaron en el lavabo.

- Te enteraste de lo de Sueva? – habló una, abriendo una pequeña caja cuyo interior contenía rubor y frotando sobre éste una espumilla.

Kilovatio aguzó el oído y guardó al pie de la letra el silencio que le había pedido guardar la mujer haciéndole el gesto tradicional de poner verticalmente el índice derecho sobre los labios.

- No, ¡cuenta, cuenta! – dijo la otra, ansiosa por la curiosidad.

- Dizque lo sacaron a la fuerza del Centro. – respondió la que había hecho la pregunta mientras recorría sus mejillas con la espumilla.

- Y, ¿por qué?

- Dicen que está loco.

- ¿Ah!, eso quiere decir que Merlo y Trevi se salieron con la suya –opinó la otra, abriendo un bolso y sacando de su interior un lápiz labial de color rojo encendido.

- ¿Cuál?

- Quedarse con el Centro – afirmó la del lápiz labial, después de acercar su rostro al espejo y apretar los labios para emparejar el color que ya se había aplicado varias veces.

- No, fíjate; ese Centro lo van a cerrar –dijo la otra deteniendo la aplicación del rubor en la mejilla izquierda y volviendo la mirada hacia su interlocutora, para enfatizar lo dicho.

- Y, ¿se van a dedicar a una actividad diferente? –preguntó la otra, apartando con la uña del meñique derecho algunos pedazos de labial que habían quedado por fuera de las comisuras de los labios.

- No, ellos tienen planes de abrir otro Centro –respondió la que se aplicaba rubor.

- Para eso no necesitaban sacar a Sueva- dijo la otra, introduciendo después el lápiz labial en su estuche y luego éste dentro del bolso, de cuyo interior, después de revolver mucho extrajo un lápiz de punta negra con el que luego delineó sus cejas casi inexistentes por la depilación constante.

- Tú sabes que el prestigio de unos siempre cabalga sobre el desprestigio de otros – afirmó la otra introduciendo la espumilla dentro de la cajita de rubor, que después cerró y guardo en su bolso.

- Pero el prestigio de Trevi y de merlo está en entredicho – dijo la del delineador de cejas moviendo la cabeza de un lado a otro para revisar su maquillaje. Después guardó el lápiz negro, mientras escuchaba decir a su acompañante:

- Es cierto, además están señalados porque provienen del mismo lugar, pero ya tienen su estrategia para limpiar su pasado.

- ¿Qué han pensado?

- ¿Qué han pensado?, ¡no!, ¿Qué tienen ya planeado?

- ¿Qué plan tienen, pues?

- Abrirán un nuevo Centro cuya dirección estará a cargo de Kilovatio.

- ¿Lo conoces?

- ¿A quién?

- A Kilovatio, digo.

- Jamás lo he visto pero he oído hablar mucho de él.

- Dicen que es una revelación.

- Sí, eso dicen.

- Dicen que ese hombre dizque fue quien deschavetó a Sueva.

- Eso dicen, sí.

- No lo soportaba.

- ¿Por qué?

- Quienes conocen la historia aseguran que Rodolfo Sueva desde el primer día de su ingreso en el Centro lo consideró un riesgo.

- ¿Y Sueva no vivía diciendo, pues, que era el mejor y que nadie nunca podría superarlo?

- ¡Ah, sí!; hay gente que se pasa la vida creyéndose lo mejor, y como encuentran quien les ayude a mantener esa convicción, ahí se quedan.

- ¡Pobre hombre!

- ¡Qué va!; estaríamos diciendo ahora ¡pobre Kilovatio!, si éste no hubiese salido antes del Centro!

- ¡Ay!, estos intelectuales son gente muy caprichosa –dijeron las dos a dúo, esbozando una sonrisa.

Kilovatio había seguido la conversación sin perder detalle y observó que a su compañera ocasional no la había complacido cuanto había oído.

-Bueno, ya veremos qué resulta de todo esto – dijo la mujer que se había echado rubor en las mejillas No es el primer Centro de formación de contadores de historias que cierran – terminó diciendo.

-Ni será el último – agregó la otra. Cada día aparece uno, porque a todo el mundo le dio por volverse contador de historias –dijo en tono cada vez menos audible, a la puerta del del cuarto de baños.

La compañera de Kilovatio asomó la cabeza por el filo del muro y comprobó que no había nadie. Tomó a éste de una mano como si llevara a un niño, y le dijo:

-Vamos; debemos hablar.

Kilovatio se dejó llevar, convencido de la favorabilidad del azar y del aumento de su suerte.

-¡De modo que seré el director del nuevo Centro! –exclamó para sí, dando gracias mentalmente al azar, en el que empezaba a creer como el orientador de todo.

Cuando pasaron por su mesa recogió la mochila y notó que el sobre ya no estaba en donde lo había dejado. Estuvo a punto de mencionar el asunto, pero como se sabía a merced del azar prefirió esperar que este se lo devolviera.

18

Quien llevaba casi a rastras a Kilovatio era Ana María Besugo, una veterana del teatro, que había terminado contando historias para no cambiar radicalmente de oficio, debido a la crisis sufrida por este arte como consecuencia de los obstáculos impuestos por los inventores de una forma peculiar de movilizar la voluntad de la gente, muy en boga entonces, conocida como globalización, y cuyos diseñadores de ideología recomendaron ponerle talanqueras, si insistía en salvar al mundo.

Ana María, después de un breve examen de conciencia había tomado la decisión de apartarse oportunamente del gremio de quienes querían salvar al mundo y se introdujo, muy pronto, en el de quienes querían divertirlo y por eso acopió todo su saber en técnicas de teatro, y tal como habían hecho ya otros colegas suyos, les cambió de denominación y creó su propia versión de una nueva actividad a la cual le puso el sugestivo nombre de “palabra escénica”, con la cual pretendía mantener su prestigio y algunos privilegios alcanzados durante su última etapa en el teatro, debido a su empeño de sustraerlo de la idea de salvar al mundo y convertirlo en un espectáculo para el entendimiento liviano.

Mientras llevó de la mano a Kilovatio hasta la parte trasera del bar le exigió guardar silencio, porque éste estaba obsesionado por saber cuáles eran sus intenciones, y hacia dónde quería conducirlo.

-Todo a su debido tiempo, mi amigo – dijo ella. Debemos salir pronto de aquí.

Aquella expresión le sugirió a Kilovatio una situación de peligro y por eso insistió en las preguntas; pero a cada una de ellas Ana María respondió apurando el paso y tirando cada vez más fuerte de él hasta introducirlo en el almacén de depósito de licores del bar.

Antes de salir, Kilovatio alcanzó a dar una mirada hacia el interior del bar a través de una pequeña ventana que comunicaba a éste con el almacén de depósito de licores, y vio, parados a un lado de la puerta principal a Trevi y a Merlo en actitud de búsqueda. Parecían policías de película, de esos que le aplican hipérbole a la mirada para hacer más enfática su acción, pues Kilovatio los vio a cada uno al mismo tiempo haciendo un rodeo visual apurado, rotando la cabeza de izquierda a

derecha y viceversa, varias veces. Convencido de que era a él a quien buscaban, para formalizar su designación como director del nuevo Centro de formación de contadores de historias, intentó zafarse de la mano de su captora, pero ésta le dio un último tirón y lo sacó a la calle por la puerta del almacén, al frente de la cual tenía estacionado su auto, y se dio a la fuga con su presa.

Para no forzar las circunstancias Kilovatio cedió a éstas después de razonar y decidir que esa era una buena oportunidad para poner a prueba el destino y averiguar cuanta fuerza tenía. Si el destino me tiene reservado el cargo de director del Centro que tienen planeado abrir Trevi y Merlo, puede interponerse lo que sea y ese cargo será mío – pensó. Ya veremos cuanta fuerza tiene el destino.

Decidido hacerle el juego al azar mientras se producía el veredicto del destino, se acomodó en su asiento y empezó a observar todo cuanto dejaban atrás y, de vez en cuando, a mirar de soslayo a su raptora.

Antes de que el auto diera un giro total a la izquierda Kilovatio miró hacia atrás y vio a Trevi y a Merlo, mirando, como locos, de un lado a otro. Le produjo placer descubrir cuanto interés había hacia él, y éste placer intervino en su orgullo hasta hacerlo sentirse dueño de la situación. Volvió sobre las preguntas a las cuales Ana María había respondido con tirones, seguro de que en esta oportunidad sí tendrían respuestas.

-¿Puedo saber adónde me llevas? – preguntó, mirando de soslayo a su acompañante, en cuyo rostro había disminuido la tensión.

- ¡A la gloria! – dijo ésta, mostrando cara de satisfacción

- ¿A la gloria? – preguntó Kilovatio volviendo la mirada y encontrándose con la de Ana María, de frente. ¿Es algún lugar?

- No, una posición.

- ¿Cómo una posición?

- Una posición a la cual llegan pocos – dijo ella, dando a entender que la conocía.

- Y ¿por qué yo? – quiso saber Kilovatio.

- Porque tú y yo estamos destinados a viajar juntos a la gloria – respondió Ana María en un tono que a Kilovatio le sonó a broma, y que compartió con una sonrisa. Y como la conversación amagaba estancarse, agregó:

- He visto videos tuyos.

- ¿Síiiii?

- Sí.

- Y, ¿cómo te han parecido?

- Eres una profesional.

- ¡Sin lugar a dudas! – exclamó Ana, respirando profundo. Vengo del teatro – agregó.

- ¿A estas horas?

- ¿Cómo?

- Me has dicho que vienes del teatro; pero a estas horas no hay salas abiertas.

- No, hombre, es un decir; soy actriz de teatro.

- Y, ¿lo dejaste?

- Nos han hecho dejarlo.

- ¿Quiénes?

- Las circunstancias.

-¿Cuáles?

- Ahora no permiten fatigar el pensamiento.

- ¿Cómo así?

- Es decir, no hacer representaciones que dejen pensando a la gente.

- No entiendo.

- Sí, hombre; no abordar esos temas que nos llevan a hacernos preguntas.

- Y ¿es que se ha vuelto prohibido preguntar? – averiguó Kilovatio. Yo pregunto mucho.

A Ana María le pareció jocoso el apunte y se lo hizo saber:

- Tienes talento para el humor.

-¿Siii?

- Podrías ser un buen contador de historias jocosas.

Kilovatio recordó por un momento cuando contaba las historias en su pueblo, haciendo reír a todos por la forma como relataba las anécdotas de los personajes locales, pero no quiso referirse a esto porque le pareció intrascendente, y mejor, para no terminar la conversación allí, dijo

- En el Centro existe una clase dedicada al humor.

- Querrás decir, al chiste – apuntó Ana maría, irónica.

- ¿Acaso no son lo mismo? – preguntó Kilovatio.

- De ninguna manera, señor. Humor es una cosa y chiste es otra. ¿Estuviste en alguna de esas sesiones?

-¿Sesiones?

- Es decir, en una clase de chiste, o de humor como tú llamas.

- Nunca.

-Menos mal – dijo Ana María, satisfecha. A mi lado aprenderás a hacer verdadero humor –agregó, aparcando el auto frente a una ferretería adonde entró, y de la cual salió pocos minutos después, trayendo en su mano derecha un llavero con varias piezas.

- Debí cambiar las cerraduras del Instituto – dijo, cuando entró de nuevo en su auto, ante la mirada curiosa de Kilovatio, y luego, agregó:

- Pensé que ibas a escapar.

Kilovatio la miró, curioso, porque en esa expresión no había emoción, ni intención sino impulso de hablar, y le respondió:

- Y, ¿Por qué habría de huir?

- Porque ya te ofrecieron la dirección de un Centro.

Ante el silencio de Kilovatio Ana María lo miró, y dijo:

- Aún inexistente, claro está.

- Pero va a existir – dijo éste, con la intención de tirar de la lengua a Ana María, porque intuía que entre ella y la gente del Centro había diferencias.

- Bueno, aunque me parece mejor recibir la oferta de dirigir algo ya existente – aclaró ella.

- ¿Quieres explicarte?

- Te gustaría dirigir mi Instituto?

- ¿También tienes un Centro? – quiso saber Kilovatio.

- No, señor; un Centro, no; un Instituto.

- Estaba convencido de que todos los sitios donde forman contadores de historias se llaman Centros.

- Si no marcas la diferencia no existes.

- No entiendo.

- Pululan los lugares en donde te prometen formarte como contador de historias.

-¿Y?

- Si te llamas como los demás no sugieres algo novedoso.

- Más allá del nombre no veo otra diferencia entre Centro e Instituto – afirmó Kilovatio.

- Porque desconoces el concepto ideológico del término – explicó Ana María encendiendo el auto y continuando la marcha, despacio. Kilovatio manifestó con la mirada su incapacidad para comprender la expresión “concepto ideológico del término”, y ella siguió hablando:

- La palabra Centro tiene una connotación religiosa, y la palabra Institutito una connotación técnica.

Kilovatio volvía la mirada de cuando en cuando a su interlocutora y ésta, convencida de estar abriendo la gran puerta del conocimiento a un neófito, continuó su explicación, ahora recalcando cada palabra tanto con la entonación de su voz como con gestos digitales, porque destacaba con frecuencia el índice derecho para definir la certeza de algo que acababa de decir. Elevando éste, y dándole mucha rigidez, dijo una vez más:

-Todo cuanto se hace en un “Ceeeeentro” (pronunció la palabra con ironía) carece de filosofía, porque la intencionalidad de quienes allí operan es crear doctrina.

- Y, ¿es eso malo?

- No me gusta emplear los términos bueno y malo, porque eso es maniqueísmo – explicó Ana María. Suelo decir, mejor, conveniente o inconveniente. En este caso mi calificación es inconveniente.

- Maniqueísmo – repitió Kilovatio como solía hacer cuando no comprendía algo, y como Ana María, aparte de su veteranía en el mundo de la intelectualidad, también era miembro de un grupo de personas dotadas de capacidad para adivinar quien entiende, o no, lo dicho por ellos, le explicó:

- El maniqueísmo acepta sólo dos posibilidades, dos interpretaciones, dos vías, etc, definidas como una buena y otra mala. Para mí existen, como mínimo, dos posibilidades, y de allí en adelante surgen las que el ser humano es capaz de crear.

-¡Ajá! – exclamó Kilovatio empleando un término muy de su entorno familiar y que traducido quiere decir: ¡entendí!. Y lo dijo con tal énfasis que Ana María también comprendió su significado. Convencida ahora de la capacidad de entendimiento de Kilovatio y su rapidez para comprender se entusiasmó más con él y le repitió la propuesta:

-¿Te gustaría dirigir mi Instituto?

Kilovatio se quedó mirándola, y ella por su afán de descubrir la respuesta en la mirada de éste, pues también se atribuía la virtud de leer en los ojos la intención y el pensamiento, descuidó el frente y le dio un golpe a la parte trasera de un auto que estaba en esos momentos parado atendiendo la luz roja del semáforo.

19

Cansados de dar vueltas y de mirar a uno y otro lado Trevi y Merlo volvieron al interior del bar con la intención de hacer preguntas para establecer el paradero de Kilovatio.

- No puede haberse ido por sus propios medios – opinó Merlo. No conoce esta ciudad. Alguien debió sonsacarlo – y luego, preocupado, preguntó:

-¿Había alguna instrucción en el sobre acerca de adonde debía ir?

-¿Cómo?

- Pregunto, si habrá leído alguna instrucción contenida en el sobre acerca de algún lugar específico donde debía esperarnos.

- ¿Cuál sobre? – preguntó Trevi.

- ¡Cómo cuál sobre! – exclamó Merlo, contrariado por el despiste de Trevi. Pues el que me enviaste para entregarle al momento de salir del Centro.

- ¡Ah, tonterías! – dijo Trevi, restándole importancia al asunto.

- O no sabes hacia dónde vas, o estás jugando con las circunstancias – le replicó Merlo.

- Deja la ansiedad, Ricardo – pidió Trevi. Las cosas no son como las estás viendo. Si sigues viendo así vas a tener que cambiar de mirada –dijo, entre irónico y serio.

- ¡No entiendo nada! – exclamó, alterado, Merlo. ¿Quieres explicarte mejor?

- Das la impresión de no haber estado jamás en el Centro.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque haces preguntas ingenuas. ¿Acaso terminaste creyendo el cuento de los preceptos y de todo cuanto se discutía y planeaba ahí?

Merlo se calmó, miró a Trevi de frente, y luego, en tono bajo y con acento de humildad, le dijo:

-Me tienes confundido. Solo he mencionado mi preocupación porque Kilovatio hubiese leído el contenido del sobre, y mira adónde vamos con esta discusión.

- Ese sobre no llevaba nada en su interior- dijo Trevi.

-¡Cómo!

- Así como lo oyes.

- Y, ¿por qué no me lo dijiste antes?

- Porque toda intriga tiene su curso, y entre menos gente la conozca mejores resultados produce.

- Me estás haciendo recordar a Rodolfo Sueva.

- Me parece bien, porque así recuerdas sus marrullerías y aprendes lo necesario para sobrevivir en este oficio.

- ¿el de director?

- Sí, señor, el de director de Centros de formación de contadores de historias.

- ¿No basta con saber dirigir? – preguntó Merlo.

- ¡No!; además de eso debes convertirte en un experto cancerbero si quieres estar protegido de intrigas internas y externas.

- Como lo hizo siempre Sueva – sugirió Merlo, dando la impresión con su gesto de que ignoraba algunos detalles de la conducta de éste.

- No; Sueva terminó bajando la guardia, y eso tú lo sabes muy bien–aclaró Trevi, escrutando los ojos de su interlocutor. Estaba convencido de su infalibilidad y eso lo perdió – concluyó Trevi, y luego cortó la conversación en dos trozos dispares, cuyos extremos no pudo unir Merlo, a pesar de haberlo intentado, cuando dijo con humildad: -Tienes que enseñarme más -, pues Trevi se trepó sobre su ruego, diciéndole:

- Estamos perdiendo tiempo, mi querido amigo. A Kilovatio alguien se lo ha llevado. Debemos actuar con celeridad si queremos recuperarlo.

Dicho lo anterior, circundó el salón con una mirada rápida y la detuvo en una mesa a la cual se hallaban sentados tres jóvenes que habían tenido alguna relación con el Centro, porque en su búsqueda de pretextos para convertirse en intelectuales habían ido a probar su gusto por la narración oral. Después, dio media vuelta, se paró frente a Merlo, quien en ese momento dirigía su mirada hacia la misma mesa, y levantando su mano derecha, le dijo:

-¿Crees que ya saben lo de Sueva?

Hizo la pregunta, con la intención de discutir con Merlo por anticipado la supuesta reacción de éstos frente al hecho, para saber cómo actuar, pues quienes ingresaban al Centro experimentaban una especie de devoción hacia “El Maestro”, a quien era casi imposible llegar a ver, originada en la magia que lleva implícita lo oculto, y permanecían en un estado de interinidad de juicio mientras llegaba ese gran encuentro. Por esa razón muchos abandonaban el Centro sin haberse hecho una opinión acerca de “El Maestro”, y conservaban esa actitud, aún afuera de él, porque seguían abrigando la esperanza de cumplir su sueño de verlo en cualquier momento. Por eso no había sido fácil crear concierto para conspirar en su contra.

- Y, si lo saben, ¿qué? – preguntó Merlo con desenfado, con la mirada estancada en el rostro de uno de los contertulios de la mesa, a quien recordaba con particular contrariedad, porque era un ex alumno del Centro, difícil de olvidar.

- Pueden callar, si están contrariados por lo que le ha pasado al director.

- Ahora soy yo quien te pregunta si eres tonto.

- ¿Por qué?

- ¿Crees que le van a jurar admiración eterna a quien ha caído en desgracia?

Trevi no respondió de inmediato. Preparaba la respuesta, pero Merlo no le dio tiempo de decirla:

- Estos muchachos juegan a convertirse en intelectuales y sus matrimonios ideológicos son efímeros. Abandonan pronto una idea para abrazar otra, sin haber sorbido totalmente el jugo de la anterior.

Trevi estaba ya dispuesto a pronunciar la primera de las palabras para manifestar su opinión, y Merlo continuó:

-Ahora no me vas a preguntar por qué hablo de muchachos, pues se adónde nos dirigimos ahora.

Trevi intentó decir algo, pero Merlo ignoró su petición y continuó su discurso:

-El oficio de estos intelectuales es sumarse a las ideas, no crearlas.

Trevi dio media vuelta y siguió caminando y entretanto Merlo redondeó su idea:

-No te fíes de los mesías.

-¿Por qué mezclas las cosas? - pudo al fin hablar Trevi, volviéndose de nuevo y deteniéndose.

-¿Cómo así?, no estoy mezclando nada.

- ¡Claro!; ¿Qué relación hay entre intelectual y mesías?

- Que se creen únicos y salvadores de la humanidad.

- ¿Será posible?

- Dímelo a mí, que soy un experto en preceptos.

Trevi tenía fundados temores en llevar a cabo una discusión con Merlo, porque se gastaba en ella mucho tiempo y no se concluía, y ese no era un momento apropiado para malgastarlo, y por eso siguió su camino y mantuvo un silencio consecuente. Sin embargo, Merlo quiso insistir en el debate, para condicionar el ánimo de su compañero, porque temía por las marrullerías del ex alumno, una de las cuales era su maestría en el arte de la lisonja, que combinaba con la mayor de las veleidades de Trevi cual era su permanente disposición para recibir elogios:

-No te fíes de los mesías….- dejó la frase a mitad de camino, porque estaban a muy escasa distancia de la mesa.

Cuando finalmente llegaron a ésta, quien ostentaba el título de veteranía en su relación con el Centro, el mismo ex alumno sobre cuyo rostro se había detenido la mirada de Merlo, se levantó rápido y dirigiéndose a Trevi, le dijo, con gran ceremonia:

-¡Bienvenido. Después caminó hacia la mesa contigua, agarró dos asientos y los arrastró hasta la suya. Tomen asiento, maestros – dijo finalmente, ofreciéndole una mirada de disculpa a Merlo por no haberlo incluido en el saludo de bienvenida. Pensando en la necesidad de mejorar el cumplido para disminuir las aprensiones de éste, pues recordaba que con él sus relaciones dentro del Centro no habían sido buenas, porque se había negado siempre a cumplir los mandamientos y hasta había llegado a afirmar que allí no se instruía sino que se adoctrinaba, preguntó:

- ¿Qué hay del maestro Sueva?

En forma telepática Trevi y Merlo decidieron quien tomaba la responsabilidad de responder.

- Pasa por un mal momento – dijo, Trevi, sin pensarlo mucho, mirando con temor a Merlo, pues ya había descubierto su aversión hacia el muchacho.

La respuesta no provocó la reacción que ambos habían temido, porque éste, tomando la respuesta con naturalidad, preguntó:

-¿Le ha pasado algo?

-Más que eso – apuntó Merlo, analizando con cuidado las emociones de los jóvenes y por lo que consideró oportuno intervenir, cuando vio en sus rostros el entusiasmo.

- Bueno, pero ¡cuenten, cuenten! – pidió uno de los ocupantes de la mesa, sin levantar la mirada porque estaba haciendo un trazo sobre una servilleta. Después, levantando la cabeza y arrojando la mirada a la cara de Trevi, le dijo:

- Al fin y al cabo ustedes son cuenteros.

-Perdona; somos narradores orales escénicos – aclaró Merlo, irguiéndose.

- Y ¿eso no es lo mismo? – preguntó con ánimo de molestar la paciencia de los recién llegados.

- ¡Pues, no!; porque ese que tú llamas cuentero es un simple hablador; alguien que no ha recibido formación y que por ello no es consciente de su oficio.

El joven, con manifiesto deseo de fastidiar, atizó el fuego, y ¡de qué manera!:

-¡Ah!, entonces lo que ustedes practican es una ciencia.

-¿Una ciencia?, ¿quién ha hablado de ciencia aquí? – intervino Trevi con moderación.

-Ustedes.

-Yo no he dicho nada parecido – aclaró éste en tono aún más moderado.

Pero ustedes piensan así - intervino el otro integrante de la mesa mientras hacía y deshacía dobleces a una hoja de papel en la cual había estado tomando apuntes.

La intervención de este joven agarró desprevenidos a Trevi y a Merlo y por eso no consiguieron responder oportunamente, y éste, convencido de la necesidad de intensificar su ataque, para desatar su lengua, siguió diciendo:

-Esa cantidad de monerías que ustedes les imponen a quienes entran al Centro, ¿no es contra natura y distorsiona la realidad?

Trevi y Merlo seguían en silencio, quizás por su falta de solidez conceptual para enfrentar el debate, pues en el Centro las reglas las imponía sueva, y ellos eran simples trasmisores y promotores de las mismas, o tal vez por cuidar la economía emocional, y desarmar los ánimos controversiales del joven, cada vez más envalentonado por la sumisión a la cual consideraba que sometía a los dos hombres, a quienes cuando había estado haciendo un curso en el Centro había sorprendido varias veces con posiciones de altanería intelectual.

- Todo lo de ustedes es un invento para hacer negocio y…- empezó a decir el joven, pero se atravesaron en sus palabras las de quien había dado la bienvenida,

quien intervino, para evitar que su compañero, caracterizado por una locuacidad emocional y brusca dijera algo irremediable:

-Calma, calma, no nos salgamos del tema. Cuéntanos, qué ha pasado con el maestro Sueva – preguntó, dirigiéndose a Merlo.

- Es triste – comenzó a decir Merlo con fingida congoja – a “El Maestro” lo han llevado al nosocomio.

-¿No será mejor decir al manicomio? – preguntó, quien dibujaba en la servilleta.

Trevi lo miró con aparente condescendencia, y explicó:

-Es una expresión dura y por eso no queríamos emplearla.

-Se había demorado en llegar allí – dijo quien les había dado la bienvenida, provocando una mirada de “te lo dije” de Merlo a Trevi, con la cual pareció recordarle que hacía un momento le había preguntado algo así como: -¿conoces a algún intelectual que haya terminado casándose con una sola idea?, pues este ex alumno, a pesar de su apariencia contestataria, tenía debilidad por el poder, y era por eso cuidadoso con el tono de las opiniones cuando éstas se referían a quien lo poseía.

- Y el Centro, ¿qué va a pasar con el Centro – quiso saber quien hacía y deshacía dobleces a la hoja de papel, utilizada para tomar apuntes, porque era un escritor en ciernes.

- Nosotros mismos no sabemos – mintió Merlo. “El maestro” ha repetido cuando lo sacaban: Este es mi Centro y no voy a permitir suplantaciones de nadie.

- Es decir, no acepta un reemplazo – dijo el dibujante.

- Ni por un minuto – confirmó Trevi.

- Me parece muy bien -afirmó éste, dejando el dibujo un momento para levantar la cabeza y mirar a Trevi. Luego, bajando de nuevo la mirada para devolvérsela a la servilleta, agregó:

- Nadie puede descuidarse porque hasta las ideas se las roban.

Trevi consideró necesario evitar una discusión con este joven, reconocido como uno de los más incondicionales ex alumnos del Centro, dedicado a la creación y propagación de rumores contra otros sitios de formación de contadores de historias, para congraciarse con Rodolfo Sueva, y prefirió ignorarlo mirando hacia quien le había dado la bienvenida. Considerando que el ambiente no era el apropiado para averiguar por Kilovatio, porque había un desequilibrio afectivo hacia ellos, miró a Merlo y movió a un lado la cabeza, diciéndole con el gesto, ¡vamos!

-¡Qué!, ¿se van? – preguntó, irónico, quien hacía y deshacía dobleces en el papel escrito a medias.

- Sí, sólo queríamos saludarlos – mintió Trevi.

- ¿No será que andan cazando a alguien? – preguntó, irónico, el que hacía dibujitos en la servilleta.

Trevi quiso demostrarle a éste que el viaje de su dardo había terminado sin punzarlo, y para demostrárselo se dirigió con naturalidad a su antiguo alumno y le preguntó:

- A propósito, ¿has visto a Kilovatio por estos lados?

-Sí – respondió éste, sin ninguna intención de secundar el hostigamiento de su compañero dibujante, quien fastidiado por la indiferencia de Trevi se atravesó en la respuesta:

-¡Ya les salió competencia!, ¿no?

- ¿Cómo así? – preguntó Trevi, mirando involuntariamente hacia éste, acto del cual se arrepintió de inmediato y regresó la mirada hacia su ex alumno, quien tomó para sí la pregunta, y respondió, señalando a su compañero de mesa:

- Este debe estarse refiriendo a Ana María Besugo.

- ¡Uy, lo de siempre! – exclamó Merlo. Esta mujer…

- Y, ¿por qué a Ana María Besugo? – preguntó Trevi cortando el discurso de Merlo, cuyo final se imaginaba: “esta mujer siempre se está atravesando en nuestro

camino”, porque consideró imprudente expresar opiniones sin ningún control en ese momento.

- Debe ser porque ella se llevó a Kilovatio.

- ¿Se llevó a Kilovatio, o él se fue con ella? – quiso saber Merlo.

- Se lo llevó, ja, ja, – confirmó, burlón, el del dibujo en la servilleta.

Trevi y Merlo se miraron confundidos. Ana María Besugo sabía mucho del Centro, porque aunque ahora le importaba poco el destino de Sueva, había compartido con él muchos proyectos, antes de que Trevi entrara en sociedad con él, y por eso se convertía en una amenaza para la instalación del nuevo Centro.

20

El carácter de Ana María Besugo era un asunto de historia patria presente en toda conversación, debido a cierta costumbre suya de actuar dependiendo de las circunstancias. Era fogosa, autoritaria, apresurada e implacable para emitir juicios sobre el trabajo de sus colegas, con posturas muy propias de cierta intelectualidad femenina como vestir en forma desgarbada y varonil. Denigraba del maquillaje, fumaba y bebía a los ojos del mundo en compañía de sus amigos, a quienes unas veces trataba como amantes y otras como extraños, ridiculizaba los gestos románticos, pronunciaba opiniones políticas inflexibles, maltrataba de palabra a sus opositores y utilizaba un lenguaje procaz para ejercer la autoridad, cuando se hallaba frente a personas a las cuales consideraba por debajo de su nivel; pero al mismo tiempo era capaz de transformarse en una persona apacible, hablar con moderación y elegancia femeninas, observar las más exigentes normas de urbanidad, vestir con estilo, usar perfume y maquillaje, ser comprensiva con las opiniones políticas ajenas e indulgente con la obra de los demás, y entregarse a gestos afectivos y románticos ilimitados, y a demostraciones de incondicionalidad, si se hallaba frente a quienes consideraba superiores, porque apoyaban sus caprichos, como uno que ella denominaba su proyecto de vida y que consistía en un festival variopinto teñido de argumentos artísticos con los cuales se empeñaba en justificar su condición multicultural, porque recibía en él a teatreros, cantantes, cantores, cantaores, danzantes, bailarines, bailaores, recitadores, trapecistas, contorsionistas, malabaristas, equilibristas, cuenteros, cuentacuentos, narradores orales escénicos, contadores de historias, improvisadores, boxeadores, practicantes de lucha libre, zanqueros, saltimbanquis, prestidigitadores, titiriteros, comediantes, magos, clowns, payasos, contadores de chistes, humoristas, ventrílocuos, etc, porque sentía una verdadera pasión por abarcar, y se había jurado así misma convertirse en la impulsora y promotora de todas las expresiones artísticas de su época.

Su éxito alcanzado, y el consecuente temor de todos a contradecirla debido al poder que éste le daba, creó en ella una conciencia de superioridad e infalibilidad que elevó su ego hasta alturas insospechadas y empezó a ejecutar actos que terminaron convocando en su contra toda suerte de especies entre las que reinaba la de su intolerancia. Su última relación, de muy corto aliento, mezcla de trabajo y

sexo, había sido con Mauricio Pastarini, un actor que había llevado al extremo el arte de lo divertido y con quien el azar la había unido, cuando se conocieron en el bando de quienes habían decidido hacer a un lado su obsesión de salvar al mundo a través del teatro y habían optado mejor por divertirlo. La alianza de estos dos talentos, que por cierto poseían características de comportamiento social similares, catapultó la compañía artística, creada por Pastarini, y luego engalanada con la participación de Ana María, conocida con el nombre de “la ruta de la risa”, y como sus ambiciones iban en la misma dirección, llegó un momento en que la una quiso sacarle ventaja al otro, y viceversa, y en vista de que dicha actitud se convirtió en un tira y encoge sin fin, Ana María planteó la disolución de la unión de cuerpos, y, sin perder tiempo, la de la sociedad.

Cuando se produjo la colisión, Ana María se dirigía a las instalaciones del Instituto, “la ruta de la risa”, a cerrar sus puertas, para impedir el ingreso de Pastarini, quien había hablado de sacar su parte, es decir, los bienes aportados por él, y sobre los cuales había hecho una capitulación ante notario cuando decidió formar pareja con ella, y hacer después la partición legal de los bienes conseguidos durante la unión, pues ella alegaba el derecho a unos gananciales, como pago por el tiempo de cama que le había dedicado a él. Tenía urgencia de llegar al instituto, porque Pastarini había amenazado con ir esa misma mañana a sacar lo suyo, y por consiguiente iba obnubilada con este pensamiento, del cual escapaba a ratos debido a cierta expectativa de compensación y promesa de futuro que le sugería la compañía de Kilovatio, a quien ya había decidido convertir en amante para atarlo a su nuevo proyecto, al cual pensaba denominar “la nueva ruta de la risa”.

Saltando de inmediato desde lo alto de sus pensamientos aprensivos acerca del poco tiempo que tenía para llegar al Instituto, cuando sintió el golpe, bajó a la realidad y miró al frente, cuando el conductor del auto golpeado observaba la parte anterior de éste.

Salió apresurada de su auto, y sin mediar palabra con el hombre le aventó a la cara su altanería completa, y dijo palabras que la decencia nos aconseja no reproducir, y que en resumen significaban más o menos lo siguiente:

-¡Oye, imbécil!, ¿por qué te interpones en mi camino?

Y si el hombre no era imbécil, después del largo insulto de Ana María pareció serlo, porque se quedó en silencio, mirando a todos lados como si hubiese perdido la razón y la estuviese buscando.

Ella, pensando que aún no le había dicho todo cuanto debía decirle, para resarcir su dignidad de mujer, su prestigio y su intelectualidad ofendidos, quiso poner a éste en evidencia, diciéndole:

-¡Claro, seguramente estás de su lado.

Ana María dijo lo anterior, convencida de la participación de Pastarini en este accidente, pues cuando rompía una relación, le quedaba la idea de que su antiguo socio-amante la perseguía con la ayuda de otras personas, y tramaba acciones en su contra, para vengarse.

El hombre seguía alelado, sin comprender, y no se atrevía a soltar palabra por temor a que aquella enfurecida mujer pasara del dicho al hecho, pues cuando logró hacer uso de un poco de raciocinio para evaluar frente a quién se hallaba, vio a esta con los puños cerrados y advirtió un su cuerpo un temblor, cuyo incentivo parecía ser su respuesta muda.

-Te envió él para chocarme y retrasar mi llegada; ¿no es cierto? – le preguntó, y el hombre comenzó a cambiar de colores, con lo cual ella confirmó sus sospechas.

Del interior de la furgoneta golpeada salió una mujer equipada con un temperamento muy fuerte, y entró en acción envolviendo en un fuerte grito sus palabras:

-¿Qué-le-pa-sa-a-la- SEÑORA? – preguntó, enfatizando cada sílaba, y elevando más la voz cuando entró en la palabra señora, y mirando alternativamente a Ana María y a quien sin lugar a dudas era su marido.

-No se – respondió éste, con mansedumbre, conservando la palidez.

-¿Por qué discute, si usted tuvo la culpa? - dijo la mujer, tajante, dirigiendo su mirada decidida contra la desafiante de Ana María.

-Ninguna culpa he tenido yo – respondió, abriendo las piernas y poniendo los brazos en jarra para enfatizar su desafío. Ustedes la tienen, porque por hacer de cómplices se han cruzado en mi camino para retrasar mi llegada– concluyó.

-Su llegada, ¿adónde? - preguntó la mujer, ahora más turbada que su marido, quien había optado por darle a ella el manejo de la discusión, a ver si comprendía algo.

-Ahora dirán que no saben a qué me estoy refiriendo – dijo Ana María, más enojada, porque interpretó el silencio de éstos como un reconocimiento de culpa. ¡Ustedes me persiguen! – exclamó. Y lo hacen porque están de su lado.

– ¿Del lado de quién, señora? – preguntó la mujer en tono moderado porque advirtió algo extraño en la conducta de su interlocutora.

- ¿Saben quién soy yo? preguntó Ana María, mirando al hombre y a la mujer una y otra vez.

- No – dijeron, casi en coro.

- Soy Ana María Besugo… para que lo sepan.

Hombre y mujer se miraron con acento interrogativo, frunciendo la boca y luego repitiendo, como quien busca un recuerdo resistente al llamado:

-¿Ana María Besugo, Ana María Besugo!

–¡Cómo es posible! – se lamentó ella, y carente como era de preparación emocional para digerir la indiferencia de los demás, gritó a voz en cuello:

-¡A mí nadie me ignora! Empezó a mesarse los cabellos, mientras se arrodillaba para luego sentarse en los talones.

Hubo un breve silencio durante el cual la pareja de la furgoneta observó a Ana María como si estuviesen viendo los restos de una catástrofe. Se integró más gente a la rueda de curiosos, y por último arribó la policía, cuando ya nadie la esperaba, porque se la había estado llamando desde hacía mucho rato y no daba muestras de aparecer.

Ana María se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor del círculo de curiosos, señalando a cada uno con el índice derecho y preguntándole: - ¿sabes quién es Ana María Besugo?, y en vista de que nadie respondía, ni con palabras ni con gestos, dio media vuelta, caminó hasta el centro del círculo y volviendo a su posición anterior y mirando al cielo, exclamó:

¡Oh!, ¡cómo son de injustos conmigo! ¡Cómo es posible que olviden a quien los ha divertido tanto! – se lamentó. Volvió a levantarse y muy despacio se abrió camino por entre el círculo y llegó a su auto.

Cuando todos los curiosos daban por terminado el espectáculo, porque ya no había articulación aparente entre quienes discutían, éste tuvo un renacimiento impetuoso, porque Ana maría lanzó un grito de desesperación cuando a través del parabrisas vio que en el interior del auto no estaba Kilovatio.

-¡Oh!, ¿qué será de mi vida ahora? – se preguntó, rompiendo en llanto y regresando al centro del círculo en donde se sentó en cuclillas y comenzó a girar sobre sus talones y a dirigirles miradas de misericordia a los presentes.

Todos los ahí reunidos, sin conversarlo, tuvieron la certeza de que se hallaban frente a un típico caso de demencia, aunque hubo pocas personas que, recordando alguna representación cómica que habían visto en la ruta de la risa, pensaron que Ana María había trasladado su compañía a la calle porque tal vez había caído en desgracia.

Un policía se acercó a ella y le preguntó:

-Señora, ¿se siente bien?

Esta expresión, con acento moderado y casi comprensivo, saliendo de la boca de un policía le devolvió a Ana María la fe perdida, porque si ese policía le hablaba con tal suavidad era porque la había reconocido, y aunque no le gustaban los policías, porque estos eran parte de sus fobias, tomó ambas manos de éste, para sostenerse y se levantó.

- Tú si me recuerdas, ¿no es cierto? – le preguntó al policía, mientras éste reculaba para sostener el peso de ella, y sin esperar su respuesta, siguió hablando:

- Ellos –señaló hacia la perpleja pareja que todavía no tenía ni indicios de explicación de cuanto sucedía allí – ellos se han cruzado en mi camino, porque están de parte de él, que quiere quedarse con todo.

El policía hizo un gesto de no entender nada, y Ana María siguió hablando, mientras apretaba las manos de éste, que aún mantenía agarradas:

-¿No es cierto que tú sí sabes quién soy yo? – preguntó, y el policía por toda respuesta liberó su mano derecha soltando la izquierda de Ana María, sacó un teléfono móvil del bolsillo derecho de su camisa y estableció una comunicación.

Unos minutos más tarde arribó al lugar una ambulancia, y detrás de ésta una grúa. De la primera salieron cuatro hombres vestidos de blanco y mientras uno de ellos sacaba de un botiquín una jeringa, los otros tres se preparaban para someter a Ana María en caso de resistencia.

De la grúa bajó el conductor, introdujo un dispositivo amarrado a una cadena por debajo de la parte posterior del auto de Ana María, lo levantó y se lo llevó.

21

Trevi y Merlo decidieron no insistir con aquellos jóvenes, porque no advertían en ellos disposición de aportarles información, si acaso la tenían, y por eso se despidieron y luego se dirigieron a la barra a probar suerte con el dependiente.

En el trayecto se cruzó con ellos un hombre de edad mediana, recién llegado al bar, y a quien quienes vieron entrar debieron descubrirle su ansiosa mirada viajando por el salón, en busca de alguien. Se trataba de un antiguo trabajador del Centro, que se había desempañado en oficios varios, y por extensión, de cuando en cuando en lo que allí denominaban inteligencia, cuya misión era hacer de pared con oídos, para averiguar quién o quiénes hablaban mal del Centro o de sus directivos, y quien a pesar de no haber cometido una sola falta fue relegado del cargo por las políticas laborales del momento, cuya esencia era impedir la jubilación de los trabajadores. Este hombre arrastraba la frustración de no haberse convertido en un contador de historias, y aún conservaba la esperanza de cumplir su sueño y por eso había trocado el rencor, que para muchos debía sentir contra las directivas del Centro, en insistencia a través de gestos, muchos de los cuales rayaban en el servilismo, como seguir trasmitiéndoles los comentarios externos urdidos en su contra.

-Maestros, tengo algo para ustedes –les dijo el hombre con aire festivo cuando se encontró cara a cara con ellos.

Trevi y Merlo no vivían muy dispuestos a entablar diálogo con personas consideradas por ellos de poco relieve, porque llamaban a esto perder el tiempo, y en las condiciones actuales, con mayor razón debían aplicar su criterio si querían avanzar en la búsqueda de su eslabón perdido. Sin embargo, Merlo, quien se envanecía de llegar a la conciencia de la gente con solo observar los gestos del rostro, tuvo una corazonada y con una mirada le hizo deshacer a Trevi la de molestia que había empezado a proyectar sobre el hombre, y cambiarla pronto por una de complacencia, lo cual resultó para él muy fácil debido a que había empezado a hacer cursos para amansar las contrariedades, porque consideraba la posibilidad de incursionar en la política si la crisis con los contadores de historias se intensificaba.

Asumiendo entonces un tono amable, del cual él mismo se asombró por su eficiencia, saludó al hombre:

-¿Cómo vas con los cuentos? Me imagino que ya estás contando. Trevi, consideró oportuno despertar al antiguo empleado del Centro, tirándolo de sus sueños.

Me falta, me falta; pero ahí voy -contestó el hombre, emocionado por el reconocimiento de fondo que sugería la pregunta.

Merlo tasó la ansiedad de éste y descubrió su urgencia y su deseo de ser útil. Le hizo un guiño a Trevi con el cual le dio a entender la necesidad de seguirse volcando sobre éste con amabilidad suprema, porque temía uno de esos desbordes de intolerancia que se apoderaba de él cuando olfateaba la proximidad de un fracaso.

-Vamos a tomar una copa, porque este encuentro debemos celebrarlo -propuso Trevi, cuando comprendió el mensaje de Merlo.

Ocuparon una mesa cerca a la barra, y cuando se sentaron, Merlo recordó que allí era autoservicio y lo mencionó diciendo que iba a ordenar, pero el hombre, decidido a celebrar a su manera ese encuentro, cuya importancia tenía previsto anotar en su diario imaginario, se ofreció para ir por la consumición.

- Nos avergüenzas – dijo Merlo con fingida modestia. Pero ya que te ofreces tráeme un brandy.

- A mí una cerveza – dijo Trevi, también con voz meliflua.

Cuando el hombre se hubo marchado Merlo le dijo a Trevi:

-Hoy en día no se puede despreciar la palabra de nadie, por insignificante que sea, porque la información anda por ahí a los ojos de cualquiera y al alcance de todo el mundo.

-Lo mismo creo yo – ratificó Trevi. Pero, ¿qué te hace pensar que debemos gastarle tiempo a éste?

- Veo en su mirada que tiene para nosotros buenas noticias.

- ¿Sobre Kilovatio?

- Sobre Kilovatio, sí señor.

- Y, ¿por qué lo crees?

- Porque el tema actual es su fuga.

- ¿Fuga?, ¿No fue acaso un rapto?

- Fuga, hombre, fuga; a ese lo ha engolosinado esa furcia de Ana maría Besugo.

- No conocemos los detalles acerca de cómo sucedieron los hechos y por eso no debemos anticiparnos a hacer juicios.

-¿Estás defendiendo a esa gata caliente?

Trevi no esperaba una expresión de esas por parte de Merlo, y prefirió dejar allí el tema, porque cuando se ponían a hablar de Ana María terminaban en pelea. Esa mujer era el amor eterno e imposible de Trevi, y de la cual no había conseguido ningún favor a pesar de todo cuanto había hecho él para fomentar su imagen en el mundo de las artes escénicas. Merlo se mantenía iracundo, no por consideración a Trevi sino por solidaridad de género, un tema del cual se hacían palabras interminables cuando en una conversación surgía de repente el nombre de esta mujer, y por eso no despreciaba oportunidad de darle calificativos denigrantes, como el de furcia. Deshizo el tema de conversación antes de acercarse a la mesa del encargado de cultura de la ciudad, a quien querían ofrecer un inevitable saludo, porque del presupuesto de la oficina de cultura este hombre derivaba una importante suma para garantizar el funcionamiento del Centro. Después de los saludos de rigor, el encargado de cultura ayudó a la desviación del tema impuesto por Merlo acerca de Ana María, preguntando por Sueva, sobre cuya situación se estaban tejiendo comentarios muy incómodos, entre los que prevalecía su conducción forzosa al manicomio.

-Ya saben ustedes cuanta consideración hay en el alto gobierno por este hombre - les recordó el encargado de cultura dando a entender que era parte de su responsabilidad ocuparse del tema.

Trevi abrió la boca para dar una explicación, pero en ese momento regresó el hombre con el pedido y al percatarse de la presencia del director de cultura, se metió en la conversación para preguntarle a éste:

-¿Tomará usted también una copa, señor director de cultura?

Éste, que tenía por norma, o por vicio, o por lo que fuera acudir al bar a esas horas a tomar varias copas, respondió, sin mirar al hombre:

-Sí, lo de siempre.

Lo de siempre era una expresión que el encargado de cultura solía largar acodado en la barra del bar, dirigiéndose al dependiente. El hombre desconocía los gustos etílicos del encargado de cultura, y por timidez, prudencia o vergüenza no hizo evidente su ignorancia haciendo preguntas cuyas respuestas bien podía hallar en otro lugar, y evitar de paso generarle una contrariedad al señor encargado de cultura, cuyo temperamento era igual de explosivo al de la mayor parte de la clientela del bar, compuesta por escritores, poetas, pintores, teatreros y demás personas dedicadas al arte y a la construcción de su propia intelectualidad, y se dirigió a la barra y le preguntó al dependiente acerca de los gustos del encargado de cultura, y éste, mientras secaba con un paño copas, vasos, platos y por último la cubierta del mostrador, respondió en tono sardónico:

-¿El gusto de ése?, ¡ese bebe lo que le pongas!

- Bueno, pues entonces pongamos una botella de aguardiente; ¿te parece?

- Me parece - dijo el dependiente, sonriente, y luego agregó:

- Con eso, si ustedes tienen algo de qué hablar podrán hacerlo tranquilos porque éste, una vez tenga la botella en las manos no pensará en cosa distinta a bebérsela.

Cuando el hombre volvió a la mesa y puso la botella encima vio el brillo en los ojos del encargado de cultura, quien parecía decir, con seguridad plena:

-Esta es para mí.

Merlo y Trevi se miraron como preguntándose, “¿y ahora cómo haremos para deshacernos de éste?, pero dicha preocupación se disipó al momento, porque el encargado de cultura agarró la botella y se dirigió a otra mesa adonde estaban sentados un escritor, un poeta y un pintor.

-Ya regreso – dijo-, debo conversar algo con estos señores.

Merlo, que no perdía detalle de cuanto pasaba a su alrededor siguió a éste con la mirada y vio que cuando puso la botella sobre la mesa, el escritor, con mucha propiedad hizo sonar las palmas y levantando la voz le pidió al dependiente cuatro copas, y como ya se sabe que ahí no se le servía a nadie, el pintor saltó de su silla y fue hasta la barra a tomarlas de manos del dependiente quien ya las tenía preparadas y había avanzado con medio cuerpo por encima de la barra.

- Y, bueno, algo nos ibas a decir – dijo Merlo con la mirada puesta de nuevo en el antiguo empleado del Centro, para entrar en materia.

- Pero también a dar, maestros – aclaró éste, mientras sacaba de uno de sus bolsillos el sobre que le había sido entregado a Kilovatio por merlo.

Merlo estiró la mano para recibirlo, pero Trevi se lo arrebató al hombre y empezó a romperlo hasta convertirlo en trozos diminutos, sin dejar de mirar a sus contertulios.

Merlo le dijo a Trevi con una fría mirada, que hasta allí llegaba su sociedad; pero Trevi le respondió de inmediato, y a través del mismo medio, que ese sobre no podía ser abierto en presencia del antiguo empleado del Centro.

Merlo no le creyó, y continuó el intercambio de miradas de reproche con Trevi, mientras el hombre observaba, silencioso.

Como si no hubiese ocurrido nada, el mismo Trevi, mirando al hombre con amabilidad fingida, le preguntó:

- ¿Conociste el contenido del sobre?

-No.

-¿Miserable!, ¿cuál contenido? –preguntó Merlo mentalmente, seguro de que en el interior de ese sobre sí había un contenido y que él lo había destruido para borrar todo indicio.

-¿Dónde lo hallaste – le preguntó Trevi al hombre, haciendo caso omiso del desconcierto de Merlo.

El hombre miró a uno y a otro mientras se preguntaba cómo debía responder a esa pregunta, y como vio el rencor del uno en forcejeo con el del otro, decidió encerrarse en un silencio, después de descubrir que la disolución de la sociedad Merlo – Trevi aumentaba el valor de su información, y podía someterla a una especie de subasta, y conseguir por fin su anhelado certificado de contador de historias profesional.

22

El mutismo del ex empleado del Centro movilizó las emociones de contrariedad de Trevi. Recordó que éste les había entregado el sobre, y que por eso debía saber dónde se hallaba Kilovatio. Él necesitaba a Kilovatio para darle imagen al nuevo Centro y para estimular el ingreso de aspirantes a convertirse en contadores de historias profesionales. Por eso, cuando vio al ex empleado con actitud indiferente y su mirada puesta en la mesa donde estaba sentado el encargado de cultura, sintió en riesgo su idea y perdió la paciencia. Se levantó de la silla agarró al hombre de un brazo y le dio un puñetazo con el cual lo derribó y lo hizo caer cerca de la mesa en la que departía el encargado de cultura.

En el salón, todos empezaron a tomar posición. El escritor aprovechó la coyuntura, y acusó a los Centro de robar historias a las cuales después de hacerles ligeras modificaciones las registraban como propias. Se paró de la silla, caminó hacia ellos, y les dijo:

-Tras de ladrones bufones, ¿eh?

El poeta, convencido de su obligación moral de solidarizarse con el ex empleado, les gritó desde su silla:

-¿A punta de puñetazos es que piden ustedes la información?

El pintor también dijo su poco:

-Ya veo porqué se deshicieron de Sueva.

Desde el fondo del bar se impuso una voz entrenada para hacer discursos:

-¿Hasta cuándo vamos a soportar la pedantería de los del Centro?

- No creo que por mucho tiempo, porque eso ya se acabó – contestó una mujer, con una voz oriunda de la oratoria, y quien también había acudido en épocas pasadas al Centro a formarse como contadora de historias y había descubierto que lo suyo era recitar.

Merlo y Trevi se miraron, asombrados, como preguntándose hasta dónde podía llegar aquello.

De un momento a otro se escuchó, desde la puerta del bar, la voz de Pastarini:

-A estos hay que cobrársela, porque tienen jodidas a las Artes Escénicas.

Trevi, cada vez más ofuscado, perdió la conciencia de sus intereses y comenzó a hacer, lo que Merlo, con miradas rápidas y admonitorias desaprobaba, y fue entrar en una discusión inoportuna, haciendo caso omiso de su creciente impopularidad. Avanzó hacia Pastarini, quien a su vez caminaba también hacia él, y señalándolo con un índice de insistencia acusadora, le preguntó:

-¿Dices tú que nosotros tenemos jodidas a las Artes escénicas?

-¡Sí!,

-Pues casi nada han hecho algunos de ustedes para joderlas, ¿no? – aseguró Trevi con altanería.

Pastarini le dijo a Trevi con la mirada:

- No te hagas el tonto. No te equivoques conmigo, si no quieres una sorpresa.

En ese momento se atravesó otra protesta:

- ¿Cuándo van a dejar de embaucar a la gente?

El reclamo iba dirigido a Trevi y esto hizo que el diálogo visual con Pastarini se rompiera. Después, la intervención de un músico que había acompañado a Sueva en algunos episodios de su carrera desvió la discusión, cuando afirmó:

-Ustedes le robaron la razón a Rodolfo Sueva para quedarse con su tradición.

-¿Qué tradición tenía Sueva? – saltó Merlo, incapaz de continuar en silencio ante una acusación que lo implicaba a él.

- Ni más ni menos que haber sido el inventor de la narración oral – respondió el músico.

- ¿Ah!, ¿es tan viejo ése como la misma humanidad? – preguntó, Merlo, irónico

- ¿Quieres eludir el tema? - preguntó el músico.

- No, sólo quiero concretarlo, porque eso que dices es falso.

El músico no replicó y Merlo siguió hablando:

-Para ser más claros, aquí nadie ha inventado nada.

Al cabo de algunos minutos se había formado un pequeño tumulto dentro del cual todos sus integrantes expresaban su opinión al mismo tiempo, impidiendo con ello el predominio de una sola, y en vista de lo cual se formaron duetos, tríos y cuartetos de discusión, dejando fuera de contexto a Trevi y a Merlo como objetivo de los debates, porque lo dicho por unos y otros había abierto heridas que sangraban sin cesar.

23

Kilovatio volvió a las cercanías del bar en compañía del ex empleado del Centro a quien Trevi había golpeado. Este lo había convidado a seguirlo cuando se produjo la confusión por el accidente ocasionado por Ana María Besugo, mientras sustraía del bolso de ella el sobre que Kilovatio jamás volvió a ver, y acerca del cual nunca preguntó, porque le había dejado al azar la tarea de trazar su destino.

Mientras iba al bar en busca de Merlo y de Trevi, el hombre lo había dejado en un apartamento, al cuidado de una mujer de arraigada vida cotidiana, en quien confiaba, porque estaba seguro de la mansedumbre de sus ambiciones, y a la cual le recomendó con insistencia impedir cualquier contacto de Kilovatio con persona distinta a ella, para no malograr la grata sorpresa que esperaba darles a un par de amigos.

Kilovatio salió del lugar, sin intención de huir, mientras la mujer evocaba recuerdos activados por dos historias que él le contó. Sin pensarlo, tomó el rumbo del bar, y a pocos metros de la puerta escuchó las primeras voces en disputa.

-Hay gresca – se dijo, con la curiosidad aguzada, y con cierto aire de complacencia, porque lo divertían mucho las disputas entre los contadores de historias. Le parecían divertidas. Era abundante el número de discusiones de las cuales había sido testigo en el Centro, y siempre le pareció curioso, aunque indigno, para su forma de ver las cosas, la fácil restauración de las relaciones entre quienes se decían palabras ofensivas, como si no hubiese ocurrido nada. Caminó por el exterior del bar, entró por la misma puerta a través de la cual lo había sacado a rastras Ana María, y una vez estuvo en el depósito de mercancías se instaló en un sitio que le permitiera oír y observar los sucesos en el interior del bar.

En ese momento, el ex empleado del Centro estaba rodando como consecuencia del puñetazo que le había propinado Trevi, y aunque kilovatio no alcanzó a ver la secuencia completa supuso el origen de éste, porque Trevi aún tenía cerrado el puño de su mano derecha.

-¡Cómo es posible! – exclamó entre dientes, recordando las expresiones delicadas, empleadas por éste cuando le hablaba de su sueño de abrir un instituto

de formación de contadores de historias, cuya conducción, según supo por comentarios ajenos, estaría a cargo suyo.

-¡Cómo parece de difícil convivir con esta gente! – se dijo, buscando acomodo para ver mejor los movimientos, porque en ese momento la gente había comenzado a caminar hacia el centro del bar y empezaban a formar un círculo.

A medida que pasaban los minutos los ánimos se alteraban, las voces subían de tono y el lenguaje se volvía procaz. No había posibilidad de entendimiento porque las discusiones habían descendido al terreno de la ofensa personal.

Cuando Kilovatio escuchó la pregunta ¿hasta cuándo vamos a soportar la pedantería de los del Centro?, pensó en Rodolfo Sueva; pero una vez se enteró de que ésta había sido dirigida a Merlo y a Trevi, comprendió que éstos se hallaban en dificultades.

La conversación que escuchó después entre Merlo y Trevi le dio la razón. Éstos habían ocupado una mesa cercana a la puerta de acceso a la bodega, detrás de la cual se encontraba él.

-Estoy que mato y como del muerto – le dijo Trevi a Merlo.

Kilovatio aguzó el oído, con la esperanza de que éstos hablaran del ex empleado del Centro, porque quería saber cómo se habían desencadenado los hechos.

-Creo que te has dejado llevar por el impulso – opinó Merlo, y aprovechando que Trevi seguía pensando, acotó:

-Pudiste haber empleado con Miranda el método de la paciencia.

-¿Miranda?

- Hombre, pues el ex empleado del Centro. Sin lugar a dudas venía a contarnos algo que resolvería nuestros problemas.

-¡Qué va, hombre!, Ése venía a hacer negocio…tal vez a vendernos información – manifestó Trevi.

-Y, ¿cuál es el problema? ¿No nos hemos pasado todo el tiempo en el Centro haciendo negocios y comprando información sobre lo que están haciendo los otros? – preguntó Merlo.

-Sí.

-¿Entonces?

-Quizás nos perdió el desacuerdo entre nosotros – dijo Trevi. No debimos hacerlo evidente ante él.

Merlo se quedó en silencio, y Trevi, remató:

En cierta forma tú has tenido la culpa.

-¿Yo?; ¿por qué?

Bueno; acusarnos mutuamente no va a resolver nada – opinó Trevi. Nuestro problema está en encontrar a este hombre.

-¿A quién?

-Pues a Kilovatio.

-Podríamos reemplazarlo – sugirió Merlo.

-En él ya hemos invertido mucho dinero – objetó Trevi.

-Es cierto - afirmó Merlo con tono desganado, como si aceptara algo sin remedio. Luego, con la intención de hacer cuentas, preguntó:

-¿Cuánto cobró quien hizo el cartel?

¿Cuánto? ¡Hummmm!

-Sí, ¿cuánto?

-¡Oooooh!, la sola mención de la cifra me produce vértigo.

-¿Cuánto? – insistió Merlo. No olvides que el riesgo es mutuo.

-Conténtate con saber que esta gente cobra en moneda dura.

-Moneda dura -musitó Merlo para acompañar el silencio.

-Son los mismos que preparan a los políticos para hacerlos convincentes y atractivos. ¿Comprendes?

-¡Uyyyy, pues, entonces, no me digas más! –exclamó Merlo, llevándose las manos a la cabeza. Luego, agregó:

-Con eso basta para desbordar la imaginación de las cifras.

Kilovatio estaba anonadado. Comprendió porqué lo conocía todo el mundo. De mil amores (palabra que solía utilizar en su vida pasada para expresar vehemencia) se hubiese marchado de ese lugar, de inmediato, sinembargo decidió esperar en su escondite, porque ya estaba preso por el deseo de saber hasta dónde pueden llegar las personas para sostener sus mentiras.

24

La conversación entre Merlo y Trevi se detuvo cuando iban a tratar el tema de cómo resarcirse de las pérdidas si no encontraban a Kilovatio. Trevi había palidecido y miraba hacia la puerta de entrada del bar.

-¡Qué desgracia! – exclamó volviendo la cabeza hacia Merlo, para compartir con él su emoción.

Merlo tenía la mirada estancada en una mesa adonde estaban comentando un álbum de fotografías dos mujeres jóvenes, que aspiraban a convertirse en actrices, y que iban al bar de vez en cuando a hacer amistades con la esperanza de que algún día alguien las condujera a la realización de su sueño.

-¿Me has escuchado? – le preguntó Trevi, con enojo.

Merlo, convencido de que la situación no estaba para altercados, en tono moderado le dijo a su compañero:

-Sí, hombre, claro que te he escuchado. ¿Qué te parece una desgracia? ¿Ah?

-¿Es que no has visto?

-¿Qué?

-¿Sabes?

-¿Qué?

-Que ahora sí estoy convencido de que tú tienes mucha culpa en lo que nos pasa.

-¿yo?; ¿por qué?

-Porque tú no le prestas la atención necesaria a los problemas

-Calma, hombre. ¿Qué te parece una desgracia? Dime de una vez. Pidió Merlo en tono más suave para restarle fuerza al enojo de Trevi.

-¿Y es que no te has dado cuenta aún? – le reprochó éste, con altanería, señalando con la boca, estirando los labios hacia la puerta de entrada, al lado de la cual estaba parado Rodolfo Sueva.

-Y, ¿no estaba, pues, éste en el manicomio?

-Estaba – respondió Trevi, con un leve temblor en los labios.

Sueva hizo su entrada con paso suave y provocador, sonreía con holgura y miraba a todos de frente. Se dirigió a la mesa en donde se encontraba el encargado de cultura, quien cuando lo vio se puso de pie, le dio un abrazo y le expresó palabras de complacencia y lo invitó a sentarse a la mesa con una reverencia que incomodó a Trevi y aumentó su pesimismo.

-Ya lo viste, ¿no? – le dijo a Merlo.

-¿A sueva?, sí.

-No, me refiero al servilismo del encargado de cultura.

-¡Ah!, sí; eso es de esperarse.

-Pues… -empezó a decir Trevi, y luego calló.

Cuando Sueva terminó de recorrer con la mirada el interior del bar y los descubrió les hizo una ligera inclinación de cabeza, acompañada de una sonrisa irónica.

-¡Te burlas de nosotros, miserable! – pronunció Trevi a media voz.

Kilovatio aguzó el oído y consiguió escuchar algo de lo que respondió Merlo, por medio de lo cual se enteró de la llegada de Sueva al bar.

-Estoy que reviento – le dijo Trevi a Merlo y éste le sugirió ser paciente si querían ser testigos del desenlace de ese nuevo episodio.

-Es muy importante para nosotros saber qué va a suceder ahora – enfatizó Merlo.

-¿Si?

-Claro; la presencia de Sueva va a cambiar el ritmo de los acontecimientos y debemos estar vigilantes.

Decidieron aparentar que se hallaban enfrascados en una conversación, pero Sueva, experto en apariencias y disimulos, captó su estrategia, y para mantener activa la aprensión de Trevi, miraba de vez en cuando hacia la mesa donde se hallaban sentados.

Muy pronto, a la mesa donde estaba sentado Sueva comenzaron a llegar, por grupos, los clientes del bar a tributarle solidaridad y saludo de bienvenida.

-Ya lo ves, ¿no?; dentro de poco todos le besarán los pies a “El Maestro” – le dijo Trevi a Merlo.

- Sí, prolifera la zalamería en estos medios, mi querido amigo – aseguró Merlo. Cuando estás frente a un símbolo de poder ésta aumenta - concluyó.

- Y allí, ¿quién es el símbolo de poder? –preguntó Trevi.

-Pues, Sueva.

-¿Crees que tiene poder Rodolfo Sueva después de salir del manicomio?

-¡Claro!, si sabe combinar su situación con la tragedia, sí.

-Explícame eso.

-Quiero decir, si tiene audacia para demostrar que es un perseguido.

-¿Un perseguido?

-Síííí…, esa es una buena estrategia para desorientar las opiniones.

-¿Y éste la tiene?; ¿Qué opinas?

- No lo dudo. Ya verás cómo va a terminar el día de hoy. ¡Prepárate!

-Adonde quiera que vayas escuchas pestes sobre él; y míralos ahora, a todos, tributándole reverencias – comentó Trevi con amargura.

- Y eso empeora nuestra situación – aclaró Merlo.

-Eso creo – respondió Trevi, cada vez más descompuesto. Abría y cerraba su mano derecha, como ejercitándola y no podía evitar mirar hacia donde se había armado el tumulto del elogio.

-El encargado de cultura también ejerce la zalamería– declaró Merlo.

- No es extraño; su debilidad es posar con quienes él considera los artistas notables.

- Puede suceder también que le devuelve a Sueva atenciones, o favores – dijo Merlo.

- Estos practican la reciprocidad, porque tienen muy en cuenta el “hoy por ti, mañana por mí”. Por eso se cuidan unos y otros de no causarse mutuas heridas imposibles de restañar.

- No hubo un solo acto en el Centro en el que el encargado de Cultura, el flamante señor Eduardo Mantilla, no hubiese ocupado un lugar destacado en la mesa de invitados especiales. ¿Recuerdas?

- Sí, al señor Mantilla le gusta aparecer en todos los actos públicos, para oír decir que gracias a él se hace cultura en la sociedad.

El tumulto del elogio se disolvió. Cuando estuvieron de nuevo solos, Sueva se aproximó a Mantilla y le dijo algo al oído, y éste se paró de inmediato y fue hasta la barra adonde estaba el teléfono, hizo una llamada y volvió a la mesa, y le dijo algo a Sueva.

- A que soy capaz de adivinar qué le dijo Sueva a Mantilla al oído – le dijo Merlo a Trevi.

- Creo que yo también soy capaz de adivinarlo. ¿Qué crees tú?

-Dime tú primero.

-Debe haberle pedido que nos saque a nosotros del camino.

-No te creas, Sueva no se salta una etapa del proceso.

-Y, ¿cuál es el proceso?

-Recuperar su capacidad de intimidación y después cobrarle a cada uno las cuentas.

-Y, ¿después?

- Después hará con cada uno de nosotros lo que le venga en gana.

-Entonces, según tú, ¿qué le ha dicho a Mantilla?

-Ten paciencia; pronto lo sabrás.

25

El aspecto interior del bar había cambiado por completo por obra y gracia de la oficina de cultura, cuyos funcionarios menores habían dispuesto lo necesario para una ceremonia. Sueva había desaparecido y unos minutos más tarde volvió vestido de camisa y pantalón negros, tal como solía lucir cuando iba a ser objeto de un halago.

-¿Cómo se las habrá ingeniado éste? – se preguntó, desconcertado, Pastarini, cuando vio entrar de nuevo a Sueva, vestido de negro, reconociendo la proximidad de un acontecimiento en beneficio suyo, y sin lugar a dudas inspirado por él, porque una de las habilidades de Sueva era conseguir con personas o instituciones reconocimientos para resarcir los descensos de su popularidad. La única persona, aparte de Merlo y Trevi que no había asistido a la mesa del encargado de Cultura a rendirle tributo de admiración a Sueva había sido él. Iba a cuidarse de no pronunciar su opinión en voz alta, pero no iba a permitir que el nuevo orden jerárquico dentro del sector cultural fuese impuesto por el encargado de cultura. Se levantó de su mesa y se dirigió al baño, y cuando pasó por la mesa de Trevi y Merlo, preguntó, sin detenerse:

-¿Nos vamos a dejar meter este embuchado?

Como la disputa entre Pastarini y Trevi aún no había cerrado bien la herida del último, Trevi le preguntó a Merlo:

¿Habla con nosotros?

-Creo que sí.

- Y, ¿por qué?

-Porque necesita hacer tumulto.

-No acabamos de discutir con él, ¿pues?

-¿Tú?, sí.

-Pero te compete a ti también.

-Sí, pero cuando tienes que hacer tumulto no debes preocuparte por la calidad de quienes te ayudarán a hacerlo, porque la importancia del tumulto está en la cantidad y no en la calidad de sus componentes.

- Entonces, ¿qué piensas?

- Que abrazamos la misma causa y eso nos une.

Cuando Pastarini salió del baño, pasó despacio por la mesa de éstos, y mirando siempre al frente, preguntó:

-Entonces, ¿qué?

-Debemos hablar – dijo Merlo, rápido, mirando a Trevi, para evitar poner en evidencia el diálogo con Pastarini.

Aquella especie de alianza emergente le dio tranquilidad a Trevi, lo cual le permitió pensar con holgura en planes futuros y morigerar su talante. Empezó a descubrirle virtudes a Pastarini, hasta convencerse de que su audacia era superior a la de Sueva, y de que por esa sola razón valía la pena aliarse con él.

Desde sus respectivas mesas, Pastarini y Merlo comenzaron a intercambiar gestos y miradas de aprobación. El primero escribió una nota y luego le pidió al ex discípulo suyo que había terciado en la discusión anterior, preguntando hasta cuándo iban a soportar la petulancia de los del Centro, que se acercara a la mesa de éstos y se la entregara. El ex discípulo miró con prevención a Pastarini, pero una vez éste le dijo: “somos, lo que dictan las circunstancias”, marchó, y haciendo que se dirigía al baño, dejó rápidamente el papel sobre la mesa de éstos. Merlo leyó la nota a media voz, para que la escuchara Trevi:

“Si dejamos que esta farsa termine con éxito, estamos perdidos. ¿Qué sugieren ustedes”

Aquella nota puso a pensar con seriedad en el asunto a estos dos, y después de dar vueltas y vueltas de opinión a Trevi se le ocurrió la que consideró la mejor idea:

-Creo que es tiempo de que a Sueva lo enfrente alguien que padezca lo mismo que él.

-¿paranoia?

-No, megalomanía.

-¿Te parece?

-Claro.

-Y, ¿en quién has pensado?

- Ya verás. Escribe con tu letra bonita una nota para Pastarini en la que le planteas nuestra estrategia.

Merlo escribió una nota con su bonita letra, en bastardilla, manifestándole a Pastarini sólo una parte de la estrategia ideada por Trevi, y una vez la dobló la introdujo entre los dedos índice y corazón de la mano derecha y empezó a blandirla para hacérsela notar a éste, que miraba de reojo desde su mesa. Después se levantó, fue al baño y la dejó encima del lavabo, de donde un momento después la tomó el ex discípulo de Pastarini.

Trevi se levantó sin decirle nada a Merlo, miró con atención a todos lados y cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba abrió la puerta de la bodega y entró. Kilovatio, que había adivinado su intención cuando lo vio pararse y acercarse a la puerta, se escondió detrás de unas cajas y vio cuando salía a la calle.

-¿Se habrá terminado este asunto? – se preguntó Kilovatio, sin decidirse a marchar, porque esperaba saber qué iba a suceder. Después de volver la mirada al interior del bar para seguir el curso de los acontecimientos vio la chaqueta de Trevi en el espaldar de la silla que había ocupado, y se dijo:

-Este vuelve; la cosa aún no termina.

Pastarini y Merlo continuaron intercambiando gestos y miradas, y cuando la comprensión de éstos escaseaba, se dirigían papelitos a través del ex discípulo del primero, a quien ya se le notaba cansancio.

De un momento a otro entró una orquesta, y mientras los músicos ensayaban el himno municipal, Pastarini y Merlo se reunieron en el baño de mujeres, adonde, según el análisis de Merlo sólo entrarían las dos que estaban viendo fotografías, porque eran las únicas que había en el bar, y con las cuales no habría riesgo, porque ninguna conocía los sucesos previos, y por eso no estaban en condiciones de sospechar acerca de la conspiración que ellos fraguaban en contra de Sueva, para evitar la que ya suponían como su condecoración.

-¿Consideras confiable a Trevi? – le soltó la pregunta Pastarini a Merlo, mientras encendía un cigarrillo.

-Te veo nervioso – respondió Merlo.

-No eludas la pregunta; tengo razones para hacerla.

-¿Desconfías de Trevi? – preguntó Merlo, retrocediendo un poco para evitar el humo que había lanzado Pastarini, de frente, y por lo cual se excusó cuando vio la acción de Merlo.

- Desconfiar…desconfiar…, depende del punto de vista.

- Estás dando muchas vueltas. ¿Qué te produce desconfianza en Trevi?

- Su temperamento.

- Eso no es problema.

- En las condiciones actuales, sí – afirmó Pastarini.

- y, ¿cuáles son las condiciones actuales? – preguntó Merlo.

- Me da la impresión de que a veces te pasan rozando las cosas por la piel y no las sientes – dijo Pastarini, con aire poético para suavizar el mensaje, y ante la textura de éste, Merlo respondió con humildad:

-Hombre, sí; debo reconocer que en ocasiones me sucede.

Pastarini detectó cierto aire de decepción en Merlo, y decidió capitalizarlo para sus propósitos.

-¿Estás, acaso, decepcionado?

-A decir verdad, sí. No le veo a esto ni pies ni cabeza.

-¿Por qué lo dices?

-Porque priman las relaciones políticas y de amistad sobre la calidad del trabajo cultural.

Pastarini decidió ponerle punto final al tema, porque si avanzaba, se vería en apuros, pues era un veterano aprovechador de enlaces políticos y amistosos para conseguir prebendas. Por eso, para empezar a cambiar el rumbo de la conversación señaló hacia afuera del baño con la mano que contenía la colilla del cigarrillo, y dijo:

-Ahí, ahí lo tienes.

- ¿Sueva?

-Sueva, ¡exactamente!

-¿y, es que acaso crees que sólo hay un Sueva?

- Como éste, sí.

-No opino lo mismo que tú – controvirtió Merlo. Sueva es un resumen de lo que somos todos.

Otra vez Pastarini se sintió incomodo con la insistencia de Merlo de llevar el discurso a situaciones que podrían desencadenar discusiones morales, e insistió en el cambio de rumbo de de éste. Entonces, dijo:

-Todo cambia.

-Eso dicen – respondió Merlo, irónico. Eso dicen; pero…

Convencido de que era mejor dar un giro de trescientos sesenta grados a la conversación, Pastarini se atravesó en las palabras de Merlo y al momento de tirar la colilla en la papelera del baño, le preguntó:

-Sigue en pie la idea de ustedes de montar un instituto para la formación de contadores de historias?

Cuando Pastarini terminó de hacer la pregunta estaban saliendo del baño y Merlo se distrajo mirando hacia afuera para averiguar si alguien los observaba, y por eso no respondió.

-Sigue en pie la idea… – insistió en la pregunta Pastarini cuando llegaban a la mesa de Merlo, y éste, mientras se sentaba, respondió:

-Eso depende de lo que ocurra ahora.

-Lo que va a ocurrir ahora podemos evitarlo – aseguró Pastarini.

-Ya veremos – advirtió Merlo. Esperemos a Trevi.

26

Ana María apareció en la puerta del bar, embutida en un traje rojo, y cuando vio a Sueva vestido de negro, pronunció, con un grito desesperado la expresión “me están robando la vida”. Todos dirigieron la atención hacia ella y dejó de sonar la música de la banda que en ese momento interpretaba las primeras notas marciales del himno de la ciudad.

-¡Ah, canallas, miserables, traidores!; ahora me explico todo – dijo, entrando rápidamente en el bar y arrebatándole de las manos al maestro de ceremonia el orden del día, que leyó en silencio hasta el numeral que anunciaba “la imposición de la medalla al mérito cultural a Rodolfo Sueva, por su invaluable actividad en pro de la gestión cultural”.

-¿Quién es éste para recibir tanto honor? – preguntó, dirigiéndole al encargado de Cultura una mirada de asedio, con la cual golpeó después a cada uno de los que se hallaban parados detrás de la mesa principal, a lo largo de la cual habían dispuesto sillas para albergar a un representante de cada disciplina artística, para darle a la ceremonia una apariencia de democracia cultural, y quitarle peso a las críticas de quienes se empeñaban en afirmar que ésta, es decir, la democracia, no se practicaba en la Oficina de Cultura, porque su encargado repartía los aportes entre sus amigos.

-Yo los represento a todos – siguió diciendo Ana maría – porque lo mío es lo más grande. Se de literatura, se de pintura, se de escultura, se de arquitectura, se de música, se de cine… ¡de qué no sabré yo! ¿Y me ignoran? ¡Vaya insolencia! Cuál de ustedes ha hecho algo superior a lo mío? ¡Ninguno! –concluyó.

En el salón gobernaba el silencio. Nadie osaba contradecirla. Sueva había conseguido extender pronto el rumor de que estaba loca, y había advertido que de un momento a otro entrarían por la puerta enfermeros para llevarla de regreso al manicomio.

Muchos pensarán que estoy loca -exclamó-, y lo dicen para no reconocer mis méritos. Tú me prometiste esta condecoración –dijo, mientras señalaba al encargado de Cultura con el índice derecho, moviéndolo a manera de percutor. Dijiste que esa

condecoración era para mí –reclamó con voz temblorosa -, pero ahora tengo todo claro. Se interponen en mi camino, con tu apoyo, miserable, (dio media vuelta y señaló a Pastarini, a quien había descubierto al fondo del bar), en venganza porque ya no quiero compartir contigo la cama, porque hasta para eso eres malo.

El ambiente volvió a caldearse, y se formaron nuevos grupos de debate, para decidir de entre Sueva y Ana María, quién tenía, no la razón sino la importancia para exigir la condecoración, hasta que las discusiones fueron derivando en preguntas de por qué la oficina de cultura no había considerado la creación de condecoraciones para estimular otras disciplinas artísticas tan importantes como las Escénicas.

Los comentarios, cada vez más ácidos, convirtieron a la Oficina de Cultura, o para decirlo con más exactitud, al señor Eduardo Mantilla, en el objetivo de la disputa, pues la exacerbación llevó a muchos a lanzar en su contra acusaciones acerca del inequitativo y mal manejo de los recursos, pues, decían unos, que los usaba para hacer relaciones públicas y patrocinar las ambiciones de sus amigos, y otros, que en ocasiones cogían un destino incierto, y se perdían.

El señor Mantilla se sintió en riesgo, y para impedir la generación de testimonios que pudieran usarse más adelante en su contra, le pidió a su jefe de prensa ordenar el cierre inmediato de los micrófonos, apagar las cámaras de video y de fotografía, y asegurarse de que ninguno de los periodistas invitados tuviese encendida una grabadora.

Kilovatio estaba lelo. Observaba los sucesos del salón cuando fue descubierto por Trevi, a quien esperaba ver entrar, muy campante, por la puerta del bar, detrás de Ana María. No advirtió en su gesto la satisfacción de quien encuentra lo que busca con ansiedad, a pesar del tono festivo utilizado por éste, para decirle: ¡al fin te encuentro!, y como si se tratara de dos viejos amigos que coinciden en un lugar, Trevi lo invitó a salir y a compartir mesa con él, y con Merlo, cuyo gesto también extrañó a Kilovatio, porque no fue el de satisfacción que él esperaba.

-Buena la has hecho – le dijo Merlo a Trevi. Porque es obra tuya; ¿no es cierto?

Kilovatio pensó que estaban hablando de él, y se puso atento.

Trevi sonrió.

Cuando Pastarini vio a Trevi se levantó y fue de inmediato a su mesa y le dijo:

-Debo reconocer que me equivoqué contigo.

Trevi mantuvo una sonrisa de satisfacción.

-Porque no tengo la menor duda de que este ha sido un triunfo tuyo. ¿O me equivoco?

Kilovatio se estaba preparando para escuchar su nombre, saliendo entre signos de admiración de la boca de uno de los presentes, porque seguía convencido de que estaban hablando de él, cuando Pastarini dijo, con voz altisonante:

-Adonde entra esa fiera, todo se vuelve al revés. Ya verás, mi querido Alejandro cómo sí fue ésta una excelente idea.

Kilovatio se dio cuenta de que hablaban de Ana María Besugo, y además advirtió que su presencia le era también indiferente a Pastarini. Por no saber qué hacer de inmediato se quedó sentado, aunque su deseo fue levantarse y empezar a correr, y no volver jamás la vista atrás.

La discusión seguía en el bar y ya nadie se cuidaba de guardar apariencias, porque cada quien había empuñado su bandera, unos a favor de Sueva, otros a favor de Ana María Besugo, y todos en su conjunto en contra de las políticas exclusivistas de la Oficina de Cultura. Pastarini, Merlo y Trevi conversaban ahora con holgura y habían decidido permanecer al margen de las discusiones, porque consideraban necesario poner oídos juiciosos a todo cuanto se estaba diciendo para establecer de parte de quien se hallaban las opiniones, pues en caso de que éstas favorecieran a Sueva, buscarían cómo desprestigiarlas.

Kilovatio los escuchaba, envuelto en un silencio impuesto por el desconcierto de no entender porqué ahora nadie lo tenía en cuenta.

Pastaríni temía en ese momento las consecuencias que pudieran derivarse de la misoginia del encargado de Cultura, de la cual no se hacía mucho eco en el medio por aquello de “no me juzgues y no te juzgo”, y le hizo mención del asunto a Merlo,

quien por toda respuesta llamó con un gesto de la mano a las chicas aspirantes a actrices, quienes en ese momento habían dejado de mirar el álbum, y estaban pendientes de todo cuanto ocurría.

-¿De parte de quién están? – les preguntó Merlo, cuando éstas tomaron asiento en su mesa.

- De parte de quien gane – dijo una de ellas, sonriendo con picardía.

-¡Uy!, pero qué audaz- opinó Pastarini. Van a ser excelentes actrices – remató.

- No, mentiras; de parte de quien sea mejor – rectificó la muchacha disolviendo la sonrisa.

- Y, ¿quién crees que es mejor? – preguntó Merlo

- Creo que Ana María – opinó la que había sido llamada por Merlo.

- Estás evaluando con el deseo – dijo Trevi.

- ¿Qué quiere decir eso? – preguntó la joven.

- Que decides con el corazón – respondió Trevi.

-¡Ay, qué bonito habla usted! – dijo la muchacha, sonriente.

- Tú quieres ser actriz; ¿no es cierto? – le dijo Trevi.

-Sí.

-¡Ah, bueno!, por eso estás del lado de Ana María.

-Y, ¿por qué lo cree así?

- Porque Ana María es quien decide hoy en día, quién actúa y quién no.

Las dos chicas se miraron asombradas, como si estuviesen descubriendo un nuevo conocimiento, y entretanto, Pastarini les recomendó:

-En tal caso, tendrán que ayudar a hacer fuerza a favor de Ana María.

-Y, ¿cómo se hace esa fuerza? – preguntó una de ellas.

- Entrando en el debate.

- ¿Para decir qué?

¡Caray, quieren ser actrices, y carecen de ideas! – dijo para sí Merlo.

-Comentarios en contra de Rodolfo Sueva - les aclaró Pastarini.

-Pero es que a él no lo conocemos – dijeron, en coro.

-No importa – intervino Pastarini- no es necesario conocer a una persona para hablar mal de ella.

En poco tiempo el bar fue un caos verbal. La medalla designada para condecorar a Rodolfo Sueva había desaparecido y el ornato puesto para engalanar la ocasión había sido desordenado.

Ana María se había convertido en el epicentro de las miradas, porque casi todos los que estaban en el bar le debían un favor. A muchos les había abierto un espacio, grande o chico, dentro de su aparatoso y variopinto festival, cuya importancia para darle nombradía a la ciudad nadie se atrevía a discutir, aunque por el subsuelo fluían en contra de éste comentarios sobre la baja calidad de los espectáculos, los altos costos y el bajo impacto social.

Kilovatio caminó hacia el lugar en donde estaba Ana María rodeada de simpatizantes, se abrió paso en el tumulto y cuando llegó a la primera fila se paró frente a ella, a esperar que una vez sus miradas se encontraran saliera a su encuentro, con los brazos abiertos, gritando expresiones de admiración y triunfo.

27

Ana María logró consenso general, después de explicarles a todos su propuesta para democratizar la cultura -adelantándose con sus palabras, de manera poco decorosa, al encargado del área, quien por razones de jerarquía debía hablar del tema-, y fue condecorada.

En la mesa principal, aparte los representantes de las diferentes disciplinas artísticas que habían estado ocupando ésta cuando se produjo el conato de condecoración a Sueva, Mauricio Pastarini, a quien el encargado de Cultura le había recomendado hacer de tripas corazón y reconciliarse con Ana María, y Merlo, quien había sido llevado de la mano por Pastarini y sentado a su lado, después de advertirle:

-¿Te lo dije? El mal temperamento no es una buena práctica en estos tiempos.

-Y Trevi, ¿acaso no vamos a invitar a Trevi a la mesa principal? – preguntó Merlo.

-Ya te dije; el mal temperamento es nocivo en estos tiempos.

-Bueno, pero Trevi fue el gestor de esta estrategia que nos ha llevado a lo que tanto deseabas.

-Es cierto, pero eso sólo lo sabemos tú y yo.

-No me parece justo, excluirlo – reclamó Merlo.

-Este no es un buen momento para hacer juicios de valor – afirmó Pastarini.

Merlo se quedó en silencio, pero expresaba con gestos su disgusto. Pastarini, sin cuidar el tono de las palabras, le repitió:

-Ahora sí estoy convencido de que te atropellan las circunstancias y no las sientes.

Merlo siguió en silencio, y Pastarini preguntó:

-¿Acaso quieres acompañar a Trevi? Volvió la cabeza a su izquierda y le habló a Ana María:

-¿Aún estás enfadada?

-¿Quién te ha dicho que yo he estado enfadada? –le preguntó Ana María, dando media vuelta a su rostro y sonriendo con picardía.

-Así me ha parecido todo el tiempo – dijo Pastarini.

-¿Entonces, desconoces la eficacia de tu oficio? – le dijo ella.

-¿Qué quieres decir?

-Que el teatro sirve para algo más que distraer púbico.

-Sigo sin comprender.

-Hombre, jamás he estado enfadada.

-¡No me digas!

-Sí.

-Pues me asombra tu capacidad de simulación – le dijo Pastarini, con ironía.

-Por algo soy lo que soy; ¿no crees?

-¿Y, ¿qué pretendes?

-El poder -dijo, Ana María, en son de broma.

-¡Vaya, si eres ambiciosa!

-Y tu no, ¿eh?

-Bueno, dejemos el rodeo; ¿qué pretendes?

-He hecho todo este espectáculo porque sabía que estábamos a punto de colapsar.

-Si me lo cuentas es porque aún consideras la posibilidad de intimar conmigo.

-¿Tanto lo deseas?

-Olvidarte en eso no es fácil?

-Y, ¿dudas de que vuelva a suceder?

-Dijiste hace un momento, cuando estabas vociferando, y señalándome con encono, que ya no compartíamos la cama.

¡Ah, sí!; es parte de la estrategia, hacer como si estuviésemos enemistados. Eso nos protege, porque damos la impresión de debilidad.

-Pero me has desprestigiado sexualmente.

-Así me aseguro de que otras no te sigan – dijo, Ana María, sonriente.

Pastarini no podía creer lo que acababa de escuchar, y para tirar de su lengua, lo cual resultaba sencillo de hacer cuando a ésta se le planteaba alguna situación que le sugiriera inseguridad, le dijo:

–Cuando tienes poder ocultas fácilmente tus defectos.

-¿Eso crees? - preguntó Ana María con el ceño fruncido.

Pastarini se rascó la cabeza y apretó los labios, y Ana María, con sus ojos puestos en los de él, le dijo:

-Ya verás que cuando salgamos de aquí, todo habrá cambiado, incluidos mis defectos.

En el discurso de apertura de la ceremonia el encargado de Cultura contuvo a Sueva, a punto de sufrir una nueva crisis, prometiéndole la creación de la medalla a la constancia cultural, para premiar su perseverancia, y atemperó, con nuevas promesas, los ánimos de quienes reclamaban reconocimientos para estimular las demás disciplinas artísticas.

El tema central de los discursos fue el reconocimiento a Ana María. Todos fueron muy emotivos, incluso, Sueva, quien contó cosas tiernas de ella, como si estuviese descubriendo un gran secreto, y con las cuales les generó a muchos la pregunta, en voz baja, de si éste estaba o no en sus cabales, pues terminó su

intervención con un pedido a la Divina Providencia de guardar muchos años a ésta, y Ana María, emocionada hasta las lágrimas le ofreció disculpas por no responder a su magnanimidad, aduciendo que no tenía palabras para agradecer tanta bondad.

-Esto es una farsa –llamó la atención de Pastarini, Merlo.

-Cuida tus opiniones - le dijo Pastarini.

-Estoy diciendo la verdad –alegó Merlo en voz baja, pero firme, y en vista de que Pastarini no respondía, agregó:

-Aquí nadie cree en lo que está diciendo. ¿No es esa una verdad?

-Puede ser – dijo Pastarini – pero algunas verdades suelen ocultarse para no malograr la armonía conseguida.

-¿Cuál armonía?; ¿la armonía de la mentira?

-Como quieras llamarla, pero es armonía al fin y al cabo.

-Ya los veré despedazándose, cuando terminen de alabarse unos a otros y comience la repartición de las prebendas.

-Piensa como quieras – dijo Pastarini. Pero te recuerdo que este no es un buen momento para controvertir.

-Según veo, sólo te importa tu suerte – dijo Merlo…Creo que perdimos el tiempo.

-No hemos perdido nada – controvirtió Pastarini, mirando a Merlo con decisión. Rodolfo Sueva se había convertido en un obstáculo.

-Obstáculo, ¿para quién?

Pastarini comprendió la ironía y aclaró:

-Obstáculo ¿para qué?, dirás.

-Bueno, digamos, ¿obstáculo para qué? –preguntó Merlo, con ironía.

-Para el desarrollo cultural.

-Y eso, ¿a quién le importa?

Ana María había tomado el micrófono en ese momento, y con su imponente voz había exigido a todos su atención por lo que el diálogo entre Pastarini y Merlo se interrumpió.

--Queridos amigos –comenzó a decir -, observo que permanecen algunas tensiones, como consecuencia de los difíciles momentos recién pasados. Una de mis búsquedas es el arte sanatorio. Como prueba de mi buena voluntad los invito a realizar un ejercicio de convivencia, haciendo un círculo energético alrededor de una llama alquímica que cada uno imaginará a imagen y semejanza suya, ceremonia durante la cual haremos juntos un viaje hacia nuestra historia personal. Sigamos soñando, conquistemos el silencio, desechemos las emociones malsanas y preparemos nuestro espíritu para soportar la adversidad.

28

Los ojos de Ana María por fin se cruzaron con los de Kilovatio, gracias a los desplazamientos hechos por éste para provocar dicho encuentro, y por más que se esforzó en observar no consiguió descubrir en ellos un indicio de sorpresa o asombro. Avergonzado, o lastimado, ¡quién sabe!, bajó la cabeza, cerró los ojos y comenzó a caminar, despacio, sin saber si abandonar el bar, o esperar.

Se acercó a cada uno de los pequeños grupos de artistas y gestores culturales desparramados por el salón, cuyos miembros departían, cada uno con una copa de vino, hasta cuando se enteró de que nadie lo reconocía.

Kilovatio había saboreado con tal intensidad su breve fama, y había alimentado con la complicidad de ésta tantas ilusiones, que decidió no abandonar ese lugar sin hallar una explicación. Se cruzó en el camino del ex empleado del Centro que lo había rescatado de las garras de Ana María, quien regresaba de la barra trayendo una copa de vino para ella, llamó su atención, pero éste, tampoco lo reconoció.

Después de hacer un recorrido visual por el salón, descubrió a Trevi, solo, sentado a la mesa, arriba de la cual aún se hallaba colgado en la pared el inmenso cartel con su foto. Se acercó despacio y descubrió en la mirada de Trevi algo parecido a lo que a él le sucedía.

-¡Qué!, ¿lo han dejado solo? – le preguntó Kilovatio, con timidez, porque había empezado a perder la soltura que produce el éxito.

-Me imagino que tú también te sientes solo –le dijo Trevi y luego lo invitó a compartir la mesa.

-¿Alguna vez había experimentado el sentimiento de soledad? – le preguntó Kilovatio a Trevi.

Trevi no respondió. Se levantó de la mesa, y le pidió a Kilovatio que no se moviera de allí porque ya volvía.

-No me cuidan como antes – se dijo Kilovatio, con la mirada puesta en el cartel, para constatar si las letras con las que estaba escrito su nombre conservaban el tamaño, porque le parecía que éste disminuía.

-No te reconoces, ¿eh?, - lo sacó de su meditación, Trevi.

-No, en realidad, no – dijo Kilovatio.

-¿Y te confunde no reconocerte?

-Y, ¿a quién no?

-Sí…¿a quién no? – repitió Trevi poniendo en el centro de la mesa una botella de ron y dos pequeñas copas de vidrio.

-Vivimos situaciones en las que no nos reconocemos, y sin embargo nos resistimos a dejarlas. ¿No le parece? – preguntó Kilovatio.

-Sí, – afirmó Trevi. Porque pertenecer a algo cuenta mucho.

Trevi agarró las dos copas, las alineó y escanció en cada una licor, y le ofreció a kilovatio. Brindemos – dijo.

-¿Por qué´? – preguntó Kilovatio.

-Por lo que a cada uno se le ocurra – respondió Trevi.

Bebieron en silencio. Un rato después Kilovatio se levantó de su silla y tambaleándose se dirigió al baño.

29

Cuando Kilovatio salió del baño, Trevi ya no estaba en la mesa. Agarró la copa que quedaba encima de ésta, llena hasta el borde, y mientras bebía un sorbo lo buscó, mirando hacia donde estaba la rueda de aduladores dentro de la cual estaban Ana María, Sueva, Pastarini y el encargado de Cultura recibiendo elogios y aplausos por cada palabra que soltaban. Trevi tenía agarrada con su mano derecha la botella de ron, y en la izquierda, levantada a medio camino, la copa. Vio cuando se acercó a Merlo y éste le abrió un espacio en primera línea dentro de la rueda. Curioso por saber cómo se desenvolverían ahora los acontecimientos, caminó hacia ellos.

De un momento a otro se escuchó la voz de Ana María, pidiendo atención:

-Esperen un momento – dijo, mientras caminaba hacia donde estaban Merlo Y Trevi. Ana María le pasó a Trevi el brazo por el hombro y lo invitó a unirse al grupo de los adulados.

-Ven, cariño –le dijo Ana María – únete a la causa, y deja a un lado los rencores.

Kilovatio captó la mutua mirada de odio controlado que se dieron Trevi y Pastarini, y el gesto de resignada condescendía que apareció en el rostro de Sueva, de Merlo y del Encargado de Cultura.

Regresó a la mesa adonde había estado con Trevi, se trepó sobre un asiento, descolgó el gran cartel, lo enrolló con cuidado, como si estuviese guardando un testimonio, bebió el contenido restante de la copa y salió por la puerta de atrás.

Volvió a su pueblo. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de que era visto como un forastero, aunque se esforzó por recuperar su forma de caminar y de comportarse, pero siempre se atravesaba el recuerdo del Kilovatio que había quedado en el bar.

Después de caminar mucho rato, y de recorrer varias calles sin que lo reconocieran se acercó a saludar a un contemporáneo suyo, a quien halló sentado en una banca del parque del pueblo, con la intención de despertar algún recuerdo

revelador, pero éste tampoco dio señales de reconocerlo. Entonces apeló al que consideró como un recurso clave para disparar el recuerdo, y mencionó el apodo con el que siempre había sido conocido.

-Oye, ¿qué ha sido de la vida de Kilovatio? – preguntó el mismo Kilovatio.

-¿Lo conoció, usted, acaso? – preguntó el hombre, animado por el recuerdo.

Kilovatio, alborozado, argumentó:

-Claro, el contador de historias de aquí.

-Pero, ¿lo conoció usted? – volvió a preguntar el hombre.

-¿Cómo que si lo conocí? – preguntó, Kilovatio, alarmado - ¿acaso ha muerto?

-Es como si tal cosa hubiese ocurrido.

-¿Cómo así?

-Claro, porque aunque se le menciona de vez en cuando, es un recuerdo imposible de guardar.

-¿Por qué?

-Porque se llevó con él las historias de todos.

-¿Y si volviera? – preguntó Kilovatio.

-Ya no volverá.

-¿Por qué afirma eso? ¿Qué razones tiene para pensar así?

-Porque también se llevó con las historias, el deseo de recordar, de imaginar, de soñar, de reír y de sentir.

Kilovatio quiso excusar a Kilovatio, y dijo:

-¿Será posible que se haya llevado todo eso?

-Cuando alguien se marcha se lleva consigo lo que representa – dijo el hombre. Luego, pensando un poco, agregó:

-Yo quise reemplazarlo cuando todos comenzaron a comentar su ausencia porque no había quien contara las historias.

-Y, ¿qué pasó? – preguntó Kilovatio, ansioso, montando sus palabras encima de las de su interlocutor.

-Que la gente ya se había resignado a no escuchar historias.

Kilovatio aproximó su cara a la del hombre, y le dijo:

-Mírame, por favor, mírame. Y abrió los ojos de tal manera que el hombre se asustó y ante lo cual Kilovatio, para disminuir su asombro, le dijo:

-Mírame, yo soy Kilovatio.

El hombre saltó de la banca, todavía más sorprendido, y Kilovatio, convencido de que no lo había reconocido intentó contar una de las historias que solía contar cuando aún vivía en el pueblo, pero no le salió, y a pesar de lo cual le insistió al hombre que lo reconociera:

-Mírame, bien, yo soy Kilovatio, y he vuelto al pueblo, y voy a devolver todo lo que me he llevado.

El hombre lo miró, incrédulo, y Kilovatio intentó una vez más recordar una de las historias que contaba allí en el pueblo, para contársela, pero a pesar de las luchas que libró con la memoria no pudo hacerlo.

-No puede usted ser Kilovatio – le dijo el hombre. Kilovatio no hablaba como habla usted, ni se movía como se mueve usted.

-Y, ¿cómo hablaba Kilovatio?

–Sin pesarlo mucho – explicó el hombre.

-Y, ¿cómo se movía Kilovatio? – preguntó Kilovatio.

-Sin tanta ceremonia – dijo el hombre.

Kilovatio intentó de nuevo mover la curiosidad del hombre diciéndole que Kilovatio había llegado a ser famoso, y después de desenrollar el cartel empezó a contarle cómo había sido aquella odisea, pero éste no lo dejó terminar, porque comenzó a hacer movimientos circulares con el índice derecho, a la altura de su oído, dando a entender que ese hombre que tenía al frente, es decir, el Kilovatio que desconocía, estaba loco, y se marchó, caminando de lado, vigilante, como hace quien huye de un peligro.

Convencido de la inutilidad de su esfuerzo para hacerse reconocer, Kilovatio dio media vuelta y empezó a descontar camino hacia la salida del pueblo, decidido a marcharse para siempre.

La primera persona a la cual visitó cuando regresó a la ciudad fue la mujer en cuya casa había estado antes de volver al bar. Cuando entró en el departamento ésta daba vueltas por la sala de recibo, recitando la historia de amor que él le había contado. Cuando ella lo vio, dejó de caminar y de recitar la historia, y se arrodilló para agradecer al cielo por su regreso, confesándole que ya no podría vivir sin escuchar historias, porque desde cuando él le contó aquella historia de amor, había vuelto a sentir las emociones que creía muertas.

Kilovatio se emocionó, porque, por fin alguien le pedía una historia. Entonces le empezó a contar la historia de cuando él había sido famoso, y la mujer, decepcionada, se levantó de la silla y le pidió que se marchara.

Ahora, por donde quiera que va, Kilovatio se detiene, desenrolla el cartel con su foto y empieza a contar la historia de cuando fue famoso, y de cuando en cuando va al Centro, adonde Ana María, Sueva, Merlo, Trevi y Pastarini lo miran con misericordia, porque creen que está loco.